CUBA

Nueva política cultural

★

El caso Padilla

NUMERO 49 / MAYO 1971 / PRECIO $ 120.00

CUADERNOS DE MARCHA

Cuadernos de MARCHA es una publicación uruguaya mensual, editada por MARCHA en Tall. Gráf. 33 S. A.
Director: Carlos Quijano
Administrador: Laureano Sebé
Bartolomé Mitre 1414 - Teléf.: 8 56 60, 9 33 25 y 98 51 94
Casilla de Correos Nº 1702
Montevideo - Uruguay
Copyright Cuadernos de MARCHA de los artículos originales y de las traducciones en castellano.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.
Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay

Cuadernos de MARCHA

NUMERO 49 MAYO 1971

SUMARIO

INTRODUCCIÓN 3

CARTA ABIERTA DE ENRIQUE LIHN 5

LA AUTOCRÍTICA DE PADILLA 11

A FAVOR Y EN CONTRA: MARIO VARGAS LLOSA, HAYDÉE SANTAMARÍA, DECLARACIÓN DE LOS 61, DECLARACIÓN DE INTELECTUALES Y ARTISTAS URUGUAYOS, GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, CHARLES BETTELHEIM, RODOLFO WALSH, JOSÉ REVUELTAS 19

POLICRÍTICA EN LA HORA DE LOS CHACALES de JULIO CORTÁZAR 33

LAS PRIORIDADES DEL ESCRITOR por MARIO BENEDETTI 37

UNA NUEVA POLÍTICA CULTURAL EN CUBA por ÁNGEL RAMA 47

DECLARACIÓN DEL PRIMER CONGRESO NACIONAL DE EDUCACIÓN Y CULTURA DE CUBA 69

DISCURSO DE FIDEL CASTRO (1º DE MAYO DE 1971) 87

REUNIMOS en este Cuaderno los materiales básicos relacionados con la llamada nueva política cultural cubana, dentro de la cual se inserta el caso Padilla.

Hemos tratado de recoger aquellos textos que exponen las posiciones de ambas partes, para que el lector, una vez informado, juzgue.

Pero la perseguida objetividad no debe servir para que callemos nuestra opinión. Sería fácil y cómodo esconderse tras ella, para eludir un pronunciamiento.

El ruidoso y apasionado debate que se ha desarrollado a través del océano y a lo largo de nuestro continente, ruidoso y apasionado debate que no se compadece con la búsqueda de la verdad, la defensa de la Revolución Cubana y la auténtica lucha antimperialista, no debe hacernos olvidar algunas muy simples verdades que son las que perdurarán —esperamos— cuando el fuego de artificio se apague y el agua recupere su cauce.

1. — La Revolución Cubana es una etapa fundamental en la lucha antimperialista. Con un horizonte que no es sólo el de nuestro continente. Y las condiciones en que esa revolución se cumple —a noventa millas del enemigo: con el cerco de los gobiernos cómplices de nuestra América: después de años largos de cruentos sacrificios y de pudrición impuesta por el conquistador— le otorgan a tamaña gesta emancipadora, una dimensión heroica que obliga al respeto y a la solidaridad más viva. Estar con la Revolución Cubana, es un deber primario. Claro, como el agua clara.

2. — Estar con la Revolución Cubana no supone avalar o consentir sus inevitables errores, menos y menores que los que pudo preverse cometería. El problema es, si en todos los casos, deben denunciarse esos errores. También, si la denuncia se hace con alborozo, respondiendo al propósito de abrir brecha por donde se precipite el enemigo, o de corregir lo que ha de ser corregido: aquello que empaña la imagen y tuerce el rumbo.

Entre negarse sistemáticamente a reconocer el error y dedicarse con lupa y fruición, a buscar y señalar cualquiera, hay cierta identidad. Son formas del maniqueísmo. Todo está bien o todo está mal. La Revolución Cubana esencialmente está bien y, así fue y es, a lo largo de los trece años, tan difíciles, que pudieron hacer perder la cabeza al más pintado, de su gloriosa existencia. Que aquí o allá aparezca algún lunar no invalida su grandeza y su trascendencia. Todos los que en América, estamos en la misma trinchera, no debemos olvidarlo nunca. Nunca nos estará permitido olvidarlo.

3. — Como ya dijimos en otra ocasión, el caso Padilla es lamentable. Lamentable la importancia que se le asignó en Cuba. Lamentable la que se le atribuyó en otros ambientes. Lamentables, por regla general, la repercusión que tuvo, las hipótesis que se barajaron, las mutuas acusaciones a que dio origen. Lamentable por el nivel a que descendió la pugna.

La autocrítica de Heberto Padilla cae en la abyección. Tanto es el exceso del mea culpa, tanto el desborde de la confesión que corresponde preguntarse

si no está hecha con lucidez satánica. Los cargos que se reconocen —haber hablado con éste o con aquél, haber criticado a la revolución— son de escasa significación, frente al retumbar de los golpes de pecho y a la gimnasia arrítmica de las genuflexiones y zalemas. Tan poco no merecía tamaño desborde de humillación. De la dicha carta, que sólo puede leerse con disgusto y rechazo, más que una defensa de lo que se dice defender y aun ensalzar y aun bendecir, se desprende una condena. No estaría permitido disentimiento alguno. De cuanto hice, abjuro. Pero cuanto hice es bien poco. Suena a abjuración criptográfica. Enigmática, con oculto mensaje y clave secreta. La declaración hecha más tarde, ante la UNEAC, por su insólito tono y sus acusaciones generalizadas, que envuelven a muchos, torna más sombrío, equívoco y triste el cuadro.

4. — El discurso de Fidel Castro, por su tono y su contenido, nada agrega a los muchos y altos méritos de éste. Y si no fueran tantos y tan altos, los retacearía.

Pero la Revolución Cubana, por suerte para todos, prosigue su marcha. Gran necesidad histórica, este "accidente del camino" no le quita significación, ni amengua sus virtudes, ni empaña su heroísmo. Sigue siendo la vanguardia de nuestra revolución. Hasta en sus errores, porque a costa de ella misma, nos previene y enseña.

CARTA ABIERTA DE ENRIQUE LIHN

Enrique Lihn (Chile, 1926), poeta, narrador y crítico, ganó en 1966 el Premio Casa de las Américas con su libro Poesía de paso *y al año siguiente intervino como jurado en el mismo certamen. Uno de los mejores poetas chilenos actuales, es también hombre comprometido con su tiempo, como lo atestiguan su creación poética, sus ensayos y su participación en la cultura. En este artículo Linh se refiere a la distorsión que del caso Padilla ha hecho la prensa chilena (habría que agregar también la uruguaya), y a la situación personal del poeta cubano. Marcha considera, dada la importancia del tema y la probidad intelectual del autor, que tiene el deber de publicarla. (Esta carta fue escrita y enviada a Marcha con anterioridad a la liberación de Padilla y a la publicación de su autocrítica.)*

QUERIDO HEBERTO:

Tengo carta tuya, fechada a fines de febrero, en que me agradeces la inclusión de tus poemas y de tu artículo sobre la muerte de Iliá Ehrenburg, en el nº 2 de la revista "Nueva Atenea".

Recibí ese excelente material por mano de Mauricio Wacquez, y me alegro de haberlo publicado antes de que, con explicaciones tardías y deficientes, se me quitara la dirección de dicha revista. Ella habría podido convertirse en un buen órgano de expresión, análisis y controversia, a nivel cultural, de la actual experiencia chilena.

Al publicar tus trabajos operé con el que ha sido para mí un criterio permanente en cuanto a tu poesía, antes y después de la publicación, en La Habana, de *Fuera del juego*, el libro que te significó la inculpación de contrarrevolucionario por parte del ejército (*Verde Olivo*) y de la Unión de Escritores de Cuba (UNEAC).

Tus poemas son de lo mejor que ha producido la literatura cubana en los últimos diez años. No sólo, por cierto, desde el punto de vista formal. Sea cual fuere la situación en que te encuentres y el destino que corras, en tu país, tu nombre literario, esos textos —referidos a las contradiccions y conflictos propios de los "tiempos difíciles" que vive Cuba y el mundo dentro o fuera del socialismo— pertenecen a la Revolución Cubana, a tal punto que —si ella así se lo propusiera— haría un trabajo inútil presentándolos como letra muerta.

Otro tanto puede decirse de tus demás escritos. Así, por ejemplo, de la polémica que sostuviste con la redacción de *El Caimán Barbudo*, en 1968, a raíz de una afirmación tuya, publicada allí, sobre *La pasión de Urbino*.

Lisandro Otero, el autor de esa novela —entonces viceministro de Cultura— clausuró "el *bout*, con el quinto y último disparo", en el decir de la redacción saliente de *El Caimán Barbudo*.

Aparentemente no dio en el blanco. Tus palabras de entonces están aún cargadas de vitalidad; no importa en qué medida te fueran dictadas por la animosidad personal hacia Otero y tu lealtad a Guillermo Cabrera Infante.

"Algunos amigos —escribiste— me advierten que puedo estar haciendo la defensa de un culpable. Es posible, pero a condición de que esa culpabilidad sea probada". El propio Cabrera Infante se encargó, a poco, de probar esa culpabilidad, haciendo público su horror por la Revolución Cubana. De aquí otras palabras tuyas, decidoras, en lo que respecta a tu adhesión a ella, en una carta a Cabrera Infante en la que rompiste tu amistad con él, en nombre de principios que ahora, según se dice, habrías traicionado.

Nada más increíble desde mi punto de vista. En tu carta de febrero me hablas de un nuevo libro tuyo de poemas, titulado *Provocaciones*. En homenaje al artículo de *Verde Olivo, Las provocaciones de Heberto Padilla*. Me preguntas si recuerdo ese artículo. Por cierto que sí. Lo conservo junto con otros recortes de triste pero necesaria memoria. Fue el comentario que hizo ese órgano del Ejército Revolucionario sobre lo que, en ese entonces, se estimaban como tus "actividades contrarrevolucionarias". Lo he releído, y también algunas condenaciones del mismo tipo, firmadas en la Unión Soviética, por un tal Zhdánov. Volveré sobre esta analogía, en unas líneas más.

En cuanto a tu nuevo libro, me arriesgo a afirmar —sin haberlo leído— que, si ha de ser condenado, lo será con los parámetros de Leopoldo Ávila, tu acusador en *Verde Olivo*, quien confundía la crítica literaria con un fallo político condenatorio, sin pruebas y sin apelación.

La lectura de *Provocaciones* en la UNEAC, constituyó un éxito de público. Supe que ese recital, al que asistió, incluso, el agregado cultural de la República Popular China, fue un hito muy importante en tu trayectoria de poeta revolucionario. Me cuentas que has tomado como exergo de tu nuevo libro, la afirmación de Harnold Häuser: "Las obras de arte son provocaciones; no las escribimos para estar de acuerdo con ellas, sino para polemizar con ellas". En esto veo tu afición por una literatura peligrosa, en la medida en que incide sobre lo que llamaría Georg Lukács, "determinados conflictos de la vida socialista presente". El exergo responde también al autor de *Las provocaciones de Padilla;* vale decir, al tipo de personas que cargan de peligrosidad las expresiones, literarias o extra literarias, que no se avienen a un sectarismo desdeñoso con respecto a las circunstancias reales de un proceso de socialización. Circunstancias, a veces, verdaderamente difíciles y reacias a subsumirse en una abstracción ideológica, tipo "paraíso del proletariado".

En suma, tus poemas, escritos y cartas, más la opinión que me formé de ti, como hombre y como escritor en el trato personal durante mis dos años de estada en Cuba; ninguno de estos elementos de juicio explican o, si se quiere, justifican —en modesta opinión— la situación en que te encuentras, arrestado como rebelde de un "affaire" por actividades subversivas, que se extenderían a otros intelectuales cubanos implicados en el caso.

La noticia de tu detención ha sido, y no sólo para mí, una fuente de perplejidad, duda y malestar. Un grupo de escritores chilenos (incluso a cuatro o cinco de entre quienes te conocen personalmente) no hemos dejado —desde que recibimos esa noticia, publicada por los diarios de oposición al nuevo gobierno de Chile —de reunirnos a diario, para reflexionar sobre su significado; ver el modo de obtener, aquí y allá, una aclaración cabal sobre dicha detención, y determinar nuestra actitud ante la misma, preparándonos para las distintas alternativas que era dable conjeturar, en ausencia de una palabra oficial. El tan breve como maligno cable —de procedencia desconocida— que publicó *El Mercurio* bajo el título de *"Arrestado poeta cubano"*, nos mereció en un principio, dudas acerca de su veracidad. Publicitar el arresto de un intelectual cubano, junto a su *amiga* —en realidad tu compañera y esposa, Belkis Cuza Male— y decir que "el departamento que ocupaban ambos en una calle céntrica del distrito El Vedado, en esta capital, *ha sido cerrado con un sello"*, podía ser una mentira más de la reacción chilena. En vísperas de las elecciones municipales (éstas significaron un voto de confianza de nuestro pueblo al gobierno de Salvador Allende) la campaña del terror volvió a desencadenarse aquí, echando mano a todo lo que pudiera desprestigiar la vía chilena hacia el socialismo.

Pero en este punto erramos, forzoso es reconocerlo. La campaña del terror fracasó, tomando otros cauces, apuntando otros objetivos.

Antes, pues, de que un nuevo cable confirmara la noticia de tu detención, acudimos a la embajada de Cuba en Chile en demanda de una desmentida o de una aclaración oficial. Hablamos con Lisandro Otero. En su opinión, si se trataba de un falso rumor (uno de los tantos, que, efectivamente, propala cierta prensa para desacreditar a la Revolución Cubana) Cuba no podía rebajarse a desmentirlo. Pero, si la noticia era cierta, tu detención no podía obedecer a un problema que hubieras creado como escritor; había que pensar, en tal caso, en otros motivos. Le hicimos ver a Otero nuestra necesidad de disponer de una desmentida o de una información autorizada sobre el caso, para salir, eventualmente, al paso o de la explotación de una mentira o de la distorsión de un hecho explicable en la perspectiva de la Revolución Cubana, pero susceptible de ser instrumentalizado fuera de ella y contra ella, como ha ocurrido.

La visita terminó con nuestro propósito de aclarar, por cuenta propia, nuestras dudas, y el compromiso de que se nos informaría sobre el curso de los acontecimientos. Desde entonces, cablegrafiamos, sin éxito a la Universidad de La Habana, preguntando, a los niveles pertinentes, por la real situación en que te encuentras. La respuesta fue un nuevo cable de France Presse, también publicado en el diario *El Mercurio*. Se refiere a una charla de Fidel Castro en la Universidad de La Habana. Allí habría asumido, personalmente, la responsabilidad con respecto a tu detención "y las investigaciones que sobre actividades contrarrevolucionarias se llevan a cabo en los medios intelectuales habaneros".

Los anticubanistas que opinan latamente en la prensa reaccionaria de este país, tienen ahora un tema suculento para desfogarse. Déjame decirte que ya uno de ellos te ha convertido en un mártir del totalitarismo. Empezó hace unos meses, por acusarme de director de orquesta de una nueva "ilustración socialista" que se aprontaba a ahogar la libre expresión creadora en este país. Empleaba los términos de ese romanticismo liberal burgués, obsoleto, que insiste en pensar al artista como un iluminado solo contra el mundo, etcétera. Ello a raíz de un documento que publicamos un grupo de escritores, desoída proposición en lo que respecta a una nueva política cultural.

Hay pues defensores junto a ti que no te favorecen en nada y que sólo se interesan en desprestigiar a Fidel Castro y a la Revolución Cubana. Si lograran verte en el cárcel misma rechazarías, con indignación, los presupuestos en que basan su defensa. Para ellos, que parecen haber estudiado el marxismo en versiones de Reader's Digest, la Revolución Cubana no se diferencia para nada de lo que llaman revolución los gobiernos gorilas de este continente. Es la vieja asociación falaz entre el marxismo soviético y el marxismo que ya los norteamericanos no se atreven a esgrimir, llevada a sus extremos caricaturescos por el subdesarrollo teórico de los enemigos criollos del socialismo, a quienes desarmarías con una sola estocada.

Pero, tu caso —otro forzoso reconocimiento— nos plantea a nosotros, tus amigos y amigos de la Revolución Cubana, un problema de fondo que no podemos eludir.

La construcción del socialismo, ya lo sabemos, sería imposible sin el control relativo de ciertas libertades que el sistema democrático burgués se precia de ejercer de modo absoluto. Las desigualdades político-sociales y culturales que segrega dicho sistema, lo inmunizan, en general, contra la *crítica externa* que se ejercita dentro de él, esto es, contra la oposición al sistema, concebida como una negación global del mismo.

El modelo de un socialismo pluripartidista en que la libertad de expresión y de organización de sus propios adversarios sea el pan de cada día, no ha sido puesto, realmente, a prueba, en términos que convengan a los países subdesarrollados. En Chile, donde se le postula, apostamos por él, pero eso es todo. Aquí, en nombre de la libertad democrático-burguesa sostenida por un gobierno de proyecciones socialistas, la sedición y la oposición tienden a confundirse y ponen en peligro no sólo al gobierno constituido sino a la libertad y a la democracia que dicen defender. Ya se sabe cómo, en situaciones difíciles para él, el estado democrático burgués se resuelve en sangrientas dictaduras de derecha.

En Cuba, la libertad de expresión burguesa, o bien la crítica global a los planes revolucionarios, tienen que haber sido necesariamente restringidas. Ello mientras se trabajaba por la verdadera libertad colectiva que revolucionaría la relación entre las fuerzas productoras y las relaciones de producción. Cuba suprimió la miseria y ha tendido a configurarse como una sociedad sin clases. Para ello debió educar al pueblo poniendo, a su cabeza, a una capa dirigente que lo representara, surgida, en parte, del pueblo mismo y abocada a interpretarlo en sus *necesidades objetivas*.

Educación por prioridades, en que lo primero era resolver el problema planteado por la construcción de la base material del país, en el marco del socialismo, con la específica orientación político-ideológica que posibilitaba todo el proceso. Con razones que deben admitirse —si lo que está en cuestión es la construcción del sistema— la construcción del socialismo cubano, significó la prioridad en el tipo de educación aludido. Convertida la isla, por obra del imperialismo, en una fortaleza sitiada, "presa de sabotajes, del bloqueo económico, del espionaje, de constantes provocaciones" (y en esta historia, el 99% de Latinoamérica ha jugado un feo papel). Cuba tuvo que afrontar otro peligro interno, el que anunciara Waldo Frank, en 1960: "Sobre todo, existe el inmenso peligro de que el estado de constante defensa contra un ataque posible, que estamos imponiendo a Cuba, la endurezcan en las formas autoritarias que la defensa y la guerra exigen inevitablemente".

La elasticidad del gobierno revolucionario cubano, tantas veces celebrada, no podía eludir, sin embargo, las asperezas inherentes a la construcción del socialismo en las condiciones más difíciles. "Pero no hay ningún ejemplo —escribía Jeanette Habel, en 1965— del que tengamos noticia, de un país tan abierto, donde las discusiones son incesantes y donde deliberadamente se suscitan discusiones. Pero esto no puede significar que se dejen actuar fuerzas centrífugas que podrían debilitar el movimiento revolucionario; he ahí un equilibrio difícil."

En sus *Palabras a los intelectuales*, la fórmula de Fidel Castro: todo con la revolución, nada contra ella, daba la pauta de lo que el movimiento revolucionario podía permitirse, en materia de creación artístico-cultural, como libertad de expresión. Sólo que, la medida de ésta no fue ni podía ser determinada. "Una revolución —escribieron Paul Sweezy y Leo Huberman, respecto de la cubana— es un proceso, no un suceso, se desenvuelve por etapas y fases. No se detiene nunca; lo que hoy es cierto de la revolución, mañana puede ser incierto o viceversa". Otro peligro que debe ser sorteado, por el esfuerzo inteligente de la vanguardia revolucionaria.

Esto es, Heberto, algo de lo que sabemos y de lo que tú sabes mejor que nosotros. Lo ignoran los oportunistas que, con relación a tu caso, saltan dispuestos a posar de super libertarios, agitando sus cascabeles a satisfacción de sus amigos norteamericanos. Lo ignoran quienes han hecho, por otra parte, a partir de la época de los años de la guerra fría, el pequeño y sucio negocio del anticomunismo. Recuerdo tus últimas recomendaciones para el caso de los escritores chilenos dispuestos a propiciar una política cultural nueva: la lectura de Karel Kosík, Althusser y Adorno, entre otros, y, sobre todo, la relectura de Marx y Lenin. Recuerdo también, en uno de nuestros primeros encuentros en La Habana, una reflexión tuya acerca del silencio en que podía llegar a convertirse la obra de un escritor consciente de que determinadas críticas suyas, desde la revolución y a la revolución, eran susceptibles de una interpretación como la que efectivamente hizo luego en términos inaceptables, la revista *Verde Olivo*, según la cual ciertos textos tuyos hacen el juego del imperialismo: "No son críticas a la revolución, sino contra ella"; "En la carrera por entregarse a la CIA, otros ya habían avanzado más que él y viven de los beneficios"; "En esta lucha contra el imperialismo, él ha preferido alinearse junto al enemigo de su patria y de todos los pueblos del mundo". *Verde Olivo* fabricó los antecedentes de esta alineación, haciendo insidiosamente sospechoso un hecho habitual en la vida cubana anterior a la revolución: "La mayor parte de su vida la pasó en Estados Unidos, hasta 1959".

¿Hasta qué punto estas acusaciones, verdadero desliz estalinista de la heroica Revolución Cubana, se repiten ahora a otro nivel y con otros argumentos? ¿O es que se han descubierto otras pruebas inéditas y contundentes que hacen inobjetable el cargo de *contrarrevolucionario*? ¿Te habrás excedido verdaderamente en tus *Provocaciones*, poniéndote, en realidad, *Fuera del juego*?

Los textos guardan, en este sentido, silencio. Son de esa clase de audacia que, instintivamente y con razón, asociamos al espíritu de la Revolución Cubana. En tu polémica con *El Caimán Barbudo* pones en tela de juicio a "los burócratas". Afirmas que: "la práctica democrática es deber, exigencia diaria del socialismo". Previenes a la sociedad cubana contra el fetichismo de la autoridad. Postulas con Solzheñitzin una literatura atenta a las contradicciones no antagónicas del socialismo naciente, pero susceptibles de ahondarse en la medida en que una burocracia infalible se sitúe por sobre el pueblo.

¿Son éstas, expresiones de una discrepancia total con el gobierno de Cuba, manifestaciones de una libertad de expresión contrarrevolucionaria?

Así lo entendió *Verde Olivo*, proyectando la imagen de un culpable: "Ha desoído consejos y ha realizado actividades que van mas allá de un poemita más o menos punzante, entrando en actividades delictivas". ¿Por qué si se te hacían cargos tan graves no se procedió a someterte a un juicio revolucionario, en lugar de exponerte al desprecio o a la ira del pueblo por confusas razones, policiales, literarias y propias de un sumario administrativo? Los jóvenes de *El Caimán Barbudo* también te habían culpado de haber sido un viajero infatigable. Para la revista militar eras un desvergonzado turista que se daba una vida "no por cierto amarga" a costillas de la revolución, y después de haber metido mano en los dineros ajenos. Más seriamente, los jóvenes te reprochaban: "Haber vivido y luchado en Cuba, es un privilegio que Padilla no ha tenido". Extraño modo de enjuiciar a los que por encargo de la revolución misma, trabajaban para ella en el extranjero. Y otro cargo dudoso: el intelectual debía ganarse el derecho a la protesta "en la medida que sea capaz de llevar adelante una tarea realmente revolucionaria, de no delegar sus responsabilidades de dirección efectiva de la cultura. La realización de esta idea permite criticar, construyendo y participando en las decisiones políticas".

Conforme. El exilio interior es censurable en el marco de una nueva sociedad. Pero no veo, por experiencia propia, ahora y aquí, en Santiago de Chile, de qué modo puede uno participar de las decisiones políticas si está, lisa y llanamente, cesante. Era tu situación, cuando te conocí en La Habana. Ya no se pedía de ti que te incorporaras a un centro de trabajo, y la falta de interés, en este sentido, por un individuo, es verdaderamente dañina allí donde el empleador tiene, en cada organismo, la misma cara.

Fuera del juego amplifica la distancia abierta entre quienes hacen la historia y quienes la padecen. Ciertos elementos marginales son observados allí hasta con una óptica piadosa. Se los contrapone a los héroes quienes "Modifican a su modo el terror / y al final nos imponen / la furiosa esperanza". La condena de *El hombre al margen* viene en la forma de un sarcasmo comprensivo: "Ningún espejo / se atrevería a copiar / este labio caído, esta sabiduría en bancarrota". Los *Hombres nuevos* pueden confundir la vida y el sueño. Y, ¿por qué no? Todo el mundo sabe que en Cuba terminó la época del romanticismo revolucionario. Y que el proceso abierto por esos *Hombres Nuevos* es irreversible. Así lo sostienen tus poemas. Lo afirmabas en tus conversaciones, muchas de las cuales giraban, por lo demás, en torno a lo que llamabas la coherencia revolucionaria de Fidel, desde los días del 26 de julio. Decididamente habría que leer tus libros con otra óptica. La historia es, en verdad, "como el golpe que debes aprender a resistir". No hay paraísos —como dijo Aragon— ni una palabra rectora e infalible que determine el curso de la historia. Mucho de lo que se dice en *Fuera del juego* ha sido expresado por los máximos dirigentes de la Revolución Cubana, en términos de autocrítica. El libro recoge lo que ningún oficialismo, condenado como tal a la continua apología del orden dado, diría, pero que, dentro de ese orden dirán siempre los responsables críticos y autocríticos de aquél, y, turbulentamente, como en la bella Cuba, el hombre de la calle de sangre caliente y sin pelos en la lengua. No se podrá negar, Heberto, que tú has tenido también ese valor.

El "impertinente Padilla", como alguien te llamaba en La Habana, podía permitirse acaso, "salirse de madre", hablando hasta por los codos, de este mundo y del otro. Así, supongo, te creaste enemistades, dentro y fuera de tu país. Pero esas "descargas" no eran, en modo alguno, productos, como dijo *Verde Olivo*, de la necesidad de satisfacer una vanidad, haciéndote de un "cartelito en el extranjero". Esos excesos verbales comprendían el repaso de una cultura poco común tanto en Latinoamérica como en el mundo; se deslizaban por la poesía y la literatura, en varios idiomas; apuntaban al análisis y la controversia de la práctica y de la teoría revolucionarias; incluían el amor a Cuba, el odio razonado a sus enemigos y también, claro está, la crítica merecida a sus amigos. Así te recuerdo yo con verdadera amistad.

¿Se podrá saber, entonces, qué ha ocurrido contigo?

LA AUTOCRITICA DE PADILLA

AL Gobierno Revolucionario:

He meditado profundamente la decisión de hacer esta carta. No la dicta el temor a las consecuencias inevitables y justas de mis actitudes bochornosas, conocidas y demostradas mucho más allá de lo que yo mismo habría podido imaginar. Me mueve un deseo sincero de rectificar, compensar a la revolución por el daño que puedo haberle ocasionado y compensarme a mí mismo espiritualmente. Puedo evitar que otros se pierdan estúpidamente.

Pero deseo ansiosamente que se me crea y no se vea en esto una cobardía, aunque yo me siento acobardado de mis propios actos. Moralmente me sentiría peor si no hiciera esto y confío en que el siguiente análisis demostrará la franqueza y sinceridad de mis palabras.

Durante muchos días luché conmigo mismo para tomar la decisión de decir toda la verdad. Yo no quería, incluso, que mi verdad fuera lo que realmente era. Yo prefería mi disfraz, mi apariencia, mis justificaciones, mis evasivas. Yo me había habituado a vivir en un juego engañoso y astuto. Yo no me atrevía a confesar lo innoble, lo injusta, lo indigna que era mi posición; me faltaba realmente valor para hacerlo, pero al fin logré sobreponerme y puedo exponer con absoluta crudeza los verdaderos móviles de mi conducta, la falsedad de mis alardes críticos y de mi propia vida en la revolución.

He actuado, he asumido posiciones, he desarrollado ciertamente actividades contra nuestra revolución. Pero mi vanidad literaria, mi fatuidad intelectual y política tienen mucho que ver con todo esto.

Bajo el disfraz del escritor rebelde en una sociedad socialista, yo ocultaba el desafecto a la revolución; detrás de los alardes del poeta crítico que hacía gala de su ironía enfermiza, lo único que yo buscaba realmente era dejar constancia de mi hostilidad contrarrevolucionaria. Con cubanos y extranjeros acusé injustamente a la revolución de las peores cosas. Con cubanos y extranjeros difamé cada una de las iniciativas de la revolución, tratando de aparecer un intelectual experto en problemas de los que no tenía información ninguna, de los que no sabía absolutamente nada, y por este camino llegué a cometer graves faltas contra la moral del verdadero intelectual y, lo que es peor, contra la propia revolución.

Mi regreso de Europa en 1966 estuvo marcado por el resentimiento. Meses después de llegar a Cuba lo primero que hice fue aprovechar una coyuntura que me ofreció el suplemento literario "El Caimán Barbudo", a propósito de la aparición de la novela de Lisandro Otero, "Pasión de Urbino", para atacar injustamente a un amigo de muchos años como era Lisandro, para defender a un traidor declarado, agente de la CIA, como es Guillermo Cabrera Infante, para atacar a la Unión de Escritores porque no asumía la misma posición que yo, al Ministerio de Relaciones Exteriores por haber prescindido de los servicios

de un contrarrevolucionario declarado como es Cabrera Infante, y para atacar también al compañero de seguridad que había informado de sus actividades enemigas.

Todo esto dicho con suma astucia, pero con el ánimo de crear un ambiente polémico que favoreciera mi nombre, que me diera oportunidad de abrir un debate político donde el único valiente entre comillas era Heberto Padilla, y el resto un montón de remisos y de funcionarios acobardados. Si mi primera nota fue concisa en su veneno y en su provocación, la última que escribí, y que publicó "El Caimán Barbudo", tenía las pretensiones de un alegato contra la política de la revolución, y hacía de mi persona un fiscal increíble, como me calificó posteriormente la revista "Verde Olivo". Yo, que no poseía mérito revolucionario alguno, que sólo me había beneficiado de una revolución que me permitió viajar, dirigir una de sus empresas, representar oficialmente a uno de sus ministerios en distintos países europeos; yo, que gracias a la revolución he publicado mi obra literaria en Cuba, que desde el principio fui reconocido por nuestra crítica como un joven valor de nuestras letras; yo, que tenía todas las razones para estar agradecido y orgulloso, lo primero que hice al regresar a Cuba fue defender a un traidor y difamar la revolución.

Y empleo ese verbo difamar porque es justamente lo que cuadra a mi actitud. En el tristemente memorable artículo de respuesta a "El Caimán" está contenida toda mi petulancia intelectual, mis alardes de teórico, pero —sobre todo— mi primera y más neta actividad contrarrevolucionaria. ¿Qué pretendía yo al escribir aquella respuesta si no sobresalir, destacarme, dar la impresión de que un escritor revolucionario entre comillas se rebelaba contra una situación intolerable de ilegalidad que permitía que otro escritor revolucionario entre comillas como era Cabrera Infante fuese bajado del avión que lo conducía de regreso a su cargo de agregado cultural en Bruselas, cargo que había desempeñado desde hacía tres años y que le había servido para vincularse a los enemigos imperialistas de nuestra revolución? Lo que me interesaba era llamar la atención sobre mi persona, beneficiarme del escándalo. Yo quería ser el único escritor con mentalidad política de Cuba; el único escritor capaz de enfrentarse al proceso revolucionario e imponer sus ideas. Yo repetía hipócrita y despectivamente la vieja teoría de que la política es demasiado seria para dejársela a los políticos.

Yo, el que no había ganado mérito alguno ni antes ni después de la revolución, quería méritos y los buscaba por un camino que sólo podía conducir a la contrarrevolución. Así empecé a enfrentarme a la revolución. Y así también me fui apartando de mis viejos amigos. Si antes lo habían sido Lisandro Otero, Roberto Fernández Retamar, Ambrosio Fornet o Edmundo Desnoes —para citar sólo algunos—, ahora eran los visitantes extranjeros los que me buscaban y estimulaban aun más mi poderosa vanidad. ¿Qué buscaban esos periodistas extranjeros, esos sociólogos, esos seudopoetas? ¿Por qué se interesaban? ¿Por la grandeza de la revolución? ¿Por sus tareas extraordinarias? ¿Por el esfuerzo admirable del pueblo? No. Ellos se interesaban en el desafecto Heberto Padilla, en el resentido marginal, en el intelectual disidente, en el contrarrevolucionario —dicho sea con pocas palabras—. Estos extranjeros, que después han dejado constancia escrita de sus posiciones contrarrevolucionarias, me llenaban de elogios, hacían de mí fotografías, tema para entrevistas, semblanzas adorables. Para ellos yo era un revolucionario inconforme, el poeta rebelde. Claro que ellos conocían perfectamente su juego y que yo me beneficiaba también con ese juego. Mi nombre andaba en circulación. Yo era muy consciente de ello.

Así, durante algún tiempo, mantuve una duplicidad astuta. Por un lado hacía declaraciones donde me reafirmaba como un militante indiscutible de la revolución y por el otro no desaprovechaba una sola oportunidad para descargar mi veneno contra ella. Era una actividad casi demencial, pero que iba rindiendo sus frutos. El desafecto que era yo se iba nutriendo de todo esto.

Al periodista polaco-francés K. S. Karol le hice pomposos análisis de la realidad política cubana. Le hablé insidiosamente de todos los aspectos de la revolución, juicios que por supuesto eran los que él quería escuchar. Con el profesor René Dumont me entrevisté también. El viejo agrónomo contrarrevolucionario recogió complacido mi crítica a la Unión de Escritores. Difamé todo lo que pude nuestra institución; le dije además que con el escritor no se contaba en Cuba, que era un nadie, que "Verde Olivo" me había atacado injustamente y siempre con argumentos policiales. Y el viejo Dumont publicó de inmediato mi resentimiento. Tanto él como Karol, incuestionables agentes de la CIA, escribieron libelos contra nuestra revolución y en ambos textos Heberto Padilla es de los pocos personajes revolucionarios y simpáticos

Con el poeta y ensayista alemán Hans-Magnus Enzensberger —que posteriormente escribió un largo ensayo contra nuestro partido— tuve incontables conversaciones que podrían ser un compendio de mi pensamiento constantemente acre, agresivo contra la revolución. Todos mis supuestos "análisis" daban una imagen derrotista del proceso revolucionario cubano. Todos ellos vaticinaban su fracaso. Eran análisis fríamente negativos, objetivamente contrarrevolucionarios. De esas largas conversaciones surgió el ensayo injusto, mal intencionado del alemán Enzensberger. Y como a mí me interesaba su amistad personal, pues se trataba de un editor influyente que podía difundir mi obra en su país —como lo ha hecho— yo cultivé su amistad y debo declarar que contribuí a deformar aun más su visión de nuestra revolución, que nunca fue muy entusiasta.

Mientras tanto mi egocentrismo se iba alimentando a manos llenas. La BBC de Londres me hacía una larga entrevista en colores para un programa especialmente dedicado a la educación y la cultura en Cuba; una emisora de Canadá me buscaba para nuevas entrevistas; mi fotografía aparecía en el libro del periodista norteamericano Lee Dockwood —adoptando una pose que correspondiera al pie del grabado que colocó el autor del libro: poeta y "enfant-terrible" político—. Se me citaba en los artículos sobre Cuba como un poeta intransigente y rebelde. Y yo sabía que cada golpe hábil que lanzara a cualquier aspecto de la revolución, aumentaría mi popularidad entre los periodistas y escritores llamados liberales o demócratas que se preocupan más por el conflicto de un intelectual que por los bombardeos imperialistas a Vietnam.

Como mi vanidad ya no tenía límites, llevé mis posiciones políticas desafectas a donde nunca debí llevarlas: a la poesía. Yo estaba convencido de que un poema que recogiera una supuesta crítica a la revolución despertaría el interés de ciertas zonas internacionales: las zonas del escepticismo y del odio a las revoluciones. Y así fui escribiendo poemas insidiosos y provocadores que bajo la hábil apariencia del desgarramiento por los problemas y exigencias de la historia, no expresaban otra cosa que el temperamento de un descreído, de un cínico, de un versificador atrapado por sus propias limitaciones morales e intelectuales. Me refiero, por supuesto, a "Fuera del juego", que obtuvo el Premio Nacional de Poesía de la Unión de Escritores y Artistas en el año 1968. Y lo menciono porque este libro marca un momento culminante de mi táctica política, el momento en que mi vanidad alcanzó los mayores límites, el momento en que me creí un triunfador, en que creí que había obtenido una victoria decisiva frente a la revolución. Pensé que ya me había instalado definitivamente en la vida cubana en dos planos muy importantes: en el intelectual y en el político. En el intelectual, porque un jurado, compuesto por poetas y ensayistas de primera línea me otorgaba unánimemente el Premio Nacional de Poesía, y en el político porque este premio respaldaba mis posiciones. No importaba que la dirección ejecutiva de la UNEAC le colocara un prólogo crítico. Lo importante es que el libro había sido editado y junto al ataque de la UNEAC aparecía la defensa apasionada de los cinco miembros del jurado, e incluso el voto particular del crítico británico J. M. Cohen, quien afirmaba que mi libro "habría ganado un premio en cualquier país del mundo occidental".

Justamente en su especificación geográfica y política, "el mundo occidental", estaba expresando Cohen una gran verdad. Sólo en el mundo occidental capitalista, en jurados marcados por su influencia, sin formación teórica revolucionaria, podía "Fuera del juego" obtener un premio en un país en revolución y nada menos que el premio de la Unión de Escritores que se supone debe ser el más revolucionario de todos los premios. Recuerdo que en cierto momento me llegué a asustar por la resonancia tan negativa que había tenido mi libro y antes de que apareciera fui al Instituto del Libro tratando de modificar algunas líneas; pero tales cambios no fueron permitidos. La revolución no quería arreglos conmigo. Yo tenía la obligación de asumir toda mi responsabilidad.

En el extranjero, el escándalo cubano produjo un revuelo típico entre los intelectuales burgueses. "El caso Padilla" ocupó los periódicos. París, Londres, Estados Unidos, Italia, los países escandinavos reprodujeron mis poemas y se abrieron debates sobre la libertad en el socialismo. En Francia —donde la cultura tiene un dinamismo extraordinario y donde se busca agregar escándalo a cualquier obra con tal de suscitar el interés de los compradores— la editora Du Seuil tradujo en menos de un mes mis cincuenta y pico de poemas y lanzó el libro a toda máquina con una banda insidiosa que decía: "¿Se puede ser poeta en Cuba?", y se me presentaba como un rebelde, como un poeta de los que ellos calificaban de

contestataires; es decir, impugnadores intransigentes, rebeldes.

Yo continuaba beneficiándome del escándalo. La cultura francesa me daba una doble consagración: se me traducía al francés y se me elogiaba. Mi éxito intelectual y político estaba asegurado.

Como uno de mis propósitos era llamar la atención de nuestros dirigentes y demostrarles que yo era un escritor consagrado en el extranjero a quien había que consultar y a quien había que atender, empecé a sentir un gran despecho a medida que transcurrían los meses y no se me tomaba en cuenta.

Fue así como, después de un año de espera infructuosa de que me llamaran y me dieran una posición que correspondiera a lo que yo suponía que era mi rango intelectual, decidí escribirle una breve carta al primer ministro, comandante Fidel Castro, explicándole que estaba sin empleo y necesitaba trabajar. Casi de inmediato recibí respuesta del primer ministro por medio del rector de la Universidad de La Habana, atendiendo a mi solicitud de trabajo, que consistió —previo análisis de mis aptitudes y deseos— en tareas de traducción para la propia universidad, por mis conocimientos de idiomas.

Realmente mi solicitud recibió un tratamiento respetuoso y rápido. Pero yo estaba en el fondo tan enfatuado, resentido y ciego, que consideré aquello como una prueba de que mi valor intelectual y mi prestigio exterior eran reconocidos e incluso temidos por la revolución y de que de ahora en adelante podía gozar de completa inmunidad para despotricar contra todo lo que se me ocurriese, para burlarme de todo lo que me diera la gana, para regar veneno por todas partes sin temor alguno, para reunirme con otros intelectuales desafectos, especialmente extranjeros, y dar rienda suelta a nuestros espíritus enfermos y contrarrevolucionarios, para realizar la labor constante, consuetudinaria de conspiración contra todas las iniciativas de la revolución, acusándola injustamente, difamándola a todas horas.

Sobre todas las cuestiones he opinado con mala fe. Aun gozando de un trabajo en la Universidad de La Habana actuaba como un enemigo permanente de la revolución.

He sido tremendamente ingrato, injusto con Fidel y el profundo arrepentimiento que tengo de haber actuado de esa forma me impulsa a rectificar mi virulencia cobarde y contrarrevolucionaria.

Claro que mi hostilidad y mis constantes actividades contrarrevolucionarias me obligaban a cuidarme de la Seguridad del Estado, mientras por otro lado estrechaba mis relaciones con los extranjeros que llegaban a solicitud mía, brindándoles toda la información posible sin preocuparme y aun sospechando que pudieran ser agentes del imperialismo. Se dio el caso de un supuesto sociólogo alemán, Kisler, a quien conocí días antes de que proyectara su salida de Cuba, se acercó a mí diciéndome que era amigo del poeta Enzensberger y que él le había pedido que me viera. Era raro sin embargo que no trajera carta alguna de Enzensberger. Tuvo conmigo dos o tres conversaciones. Proyectaba una tesis para su universidad sobre los países en desarrollo, como él decía. Muy sutilmente me preguntó sobre la estructura del poder en Cuba y muchas otras cuestiones por el estilo a las que yo respondía obsequiosamente. A través de mí conoció otros cubanos con posiciones similares a las mías y supongo que trataría de informarse de igual manera. Tomaba notas —según me dijo— sobre todas estas cosas para una supuesta tesis de grado y me informó que deseaba regresar a Cuba al año siguiente. Inmediatamente yo le advertí que tuviera cuidado con esas notas, no fueran a caer en manos de la Seguridad del Estado.

Ahora bien, ese joven, en apariencia inocente, que hablaba todo el tiempo del Che, que andaba con una cinta magnetofónica de la entrevista de Ovando cuando la muerte del Che, ese joven alemán que decía (me decía apasionadamente) que todas las ideas de Ernst Bloch en su libro "El principio, esperanza" se encarnaban en el gran ejemplo del comandante Ernesto Guevara, ese personaje era nada menos, como pude conocer después, que agente del enemigo. Y yo, lejos de ponerme en guardia contra él y contra todo ese tipo de gente que nos visita, lo que hice —movido como siempre por mi espíritu contrarrevolucionario— fue alertarlo a que no dejara las notas en un lugar visible y tomara medidas de precaución. No pude cometer actos más censurables en mi vida. Yo confiando en un enemigo solapado y advirtiéndolo contra un organismo de la revolución, cuyo deber es defenderla contra los enemigos innumerables que nos acosan. De actos de ese tipo, incalificables y vergonzosos, no me cansaré de arrepentirme mientras viva.

Mi nombre ya era conocido en el extranjero. Yo podía convertirme en uno de esos escritores que viven en los países socialistas y cuya obra se edita clandestinamente afuera y los convierte en una especie de autoridades que ningún estado puede tocar. Yo pretendía considerarme también entre los intocables. Mi posición tenía que ser respetada. La revista "Unión" me publicó tres poemas y posteriormente "La Gaceta de Cuba" un artículo en el homenaje a Lezama. Mientras tanto mi obra iba difundiéndose en el extranjero. La propaganda lanzada por el inescrupuloso editor francés había tenido gran efecto. La polémica en torno a "Fuera del juego" ocupó más de seis páginas del semanario parisiense "Le Nouvel Observateur". Julio Cortázar asumía lo que el periódico calificó de defensa. Cortázar en cierto modo trató de impedir que la campaña contra Cuba tuviera más resonancia y que a mí se me considerara un mártir. Pero en esencia me defendió. Ni traidor ni mártir, sostenía Cortázar. Y reconocía que había en mis poemas amargura y pesimismo, que eran producto de un hombre montado sobre dos épocas, no el hombre ideal que las revoluciones quisieran, etc. La defensa de Cortázar me benefició extraordinariamente. Yo podía capitalizarla externa e internamente. La propia dialéctica de los acontecimientos hacía circular mi libro. La editorial Du Seuil —con toda astucia— continuaba su propaganda sobre la base del escritor rebelde. Me escribió dos cartas a las que yo astutamente no contesté.

En la Argentina, una editorial nombrada Aditor lanzó igualmente el libro. Explotaron el escándalo político, pero el autor no era más que un pretexto para llevar a cabo una venta masiva sobre la base, como siempre, del escándalo político. A mí, por supuesto, lo que me interesaba era la difusión de mi nombre.

Yo quise escribir una novela sutil que reflejara mis opiniones contra la Revolución Cubana. El héroe negativo del proyecto de novela apostrofaba todo el tiempo contra la obra revolucionaria. Cuando he vuelto a repasar mentalmente los fragmentos que escribí, a saltos, de esa novela, he sentido una vergüenza extraordinaria. Me parece inconcebible que yo hubiera podido pensar que ese mamotreto enfermizo —donde puse toda mi amargura— pudiera tener algún valor intelectual y humano. No sólo eran políticamente negativos y sinuosos, no sólo reflejaban mis vacilaciones ideológicas y contrarrevolucionarias, sino que también expresaban un desencanto profundo en la vida, en la esperanza y la poesía de la vida. El hombre que escribió esas páginas era un hombre que iba camino de su propia destrucción moral y física.

Propuse la idea de la novela a un editor inglés —Deutsch— y la comenté con José Agustín Goytisolo que se lo comunicó de inmediato a Barral, el editor español. Como la misma retomaba los aspectos negativos de mi libro de poemas, estaba convencido de que su difusión iba a ser muy amplia, pues la precedía, además, mi propio nombre que, en lo internacional, aparecía como un nombre conflictivo.

Recibí varias peticiones de Barral, desde hace más de un año, para que le enviara la novela.

Le escribí una carta con Cortázar donde le explicaba que trataría de enviársela con algún viajero de confianza de los que vinieron al jurado de este año a Casa de las Américas. Pero no estaba terminada. Sólo tenía algunos capítulos y le decía en mi carta que el momento no era oportuno. Mi principal interés era tener la puerta abierta de una editorial española y hacer coincidir la publicación de la novela con la mis poemas en otras lenguas. Mi deseo era, por supuesto, que la novela se editara en todas partes para obtener notoriedad internacional y alcanzar importancia política. Yo buscaba afirmar mi personalidad en el exterior, hacerla ampliamente conocida y convertirme definitivamente en un intelectual que podía influir en la política de Cuba.

Solamente la vanidad y la petulancia de creerme merecedor de todos los honores pudo llevarme a semejante plan que estaba, como siempre, vinculado al extranjero, al realce de mi prestigio en las revistas, editoriales y público extranjeros. Y entre mis errores más censurables está precisamente ése: pensar que podía —como cubano— vivir una doble vida: por un lado vegetar como un parásito a la sombra de la revolución y por el otro cultivar mi popularidad literaria en el extranjero a costa de la revolución y ayudado por sus enemigos.

Sólo un hombre que no posee ni el más ligero ápice de la ética de un combatiente revolucionario, puede sentirse satisfecho con una situación como ésa; sobre todo si ese hombre tiene hijos en su patria —no son tan pequeños ya— y podrían llegar a preguntarse algún día qué clase de padre extraño tenían ellos que vivía al margen de su patria y de las tareas colectivas de su patria y al margen, indiferente de su pueblo.

El deslumbramiento por el extranjero, por las grandes capitales, por las culturas foráneas, por la popularidad internacional: las manio-

bras para llamar la atención de los editores, prometiendo libros que no existían —que no habían sido siquiera terminados—, todo eso constituía la base de mi falsedad y de todas mis actividades durante los últimos años.

Puedo referirme a esos errores groseros con toda claridad, sin tapujos de ninguna índole, porque he podido medir hasta qué grado de deterioro había llegado yo y con qué fuerza y vehemencia quiero rectificar todo eso.

Ésta es y será siempre una experiencia irreemplazable que ha dividido mi vida en dos: el de antes y el que quiero ser hoy.

Yo ruego al gobierno revolucionario que me ofrezca la ocasión de llevarlo a cabo.

Si pido desesperadamente que me permitan esta oportunidad es por la convicción profunda que yo tengo de que esta experiencia mía puede tener un valor no sólo para mí, sino que va más allá de mi persona, de que esta experiencia mía puede ser extraordinariamente útil para otros escritores cubanos, porque gran parte de los vicios de mi carácter, gran parte de las actividades odiosas que he señalado y del estilo de vida y la conducta social que he mantenido hasta ahora, han sido y yo diría que son también la de un número considerable de nuestros escritores.

Muchos de ellos, igual que hacía yo, y por móviles más o menos similares, en que la vanidad literaria y la búsqueda ridícula de fama internacional están de por medio, frecuentan las relaciones, difaman la revolución y cooperan, consciente o inconscientemente, con cuanto enemigo solapado con el disfraz de intelectual viene a Cuba buscando información a nombre del enemigo y para actuar contra la revolución.

Pido que se me permita exponer estos hechos públicamente, discutir y argumentar con los que están incurriendo o van a incurrir en errores tan graves e incluso más graves que los míos. Estoy seguro de que mi experiencia personal en esto y mis palabras serán irrecusables y algunos buenos talentos podrán librarse de las burdas celadas que les tiende el enemigo y tal vez puedan llegar a ser útiles a la causa revolucionaria.

Respetuosamente

H. Padilla

La Habana, 5 de abril de 1971

II. Conversación con la UNEAC

EL poeta cubano Heberto Padilla exhortó anoche a más de un centenar de escritores y artistas a no dejarse arrastrar por los mismos errores que lo llevaron a un total deterioro moral y político.

Padilla, que había sido puesto en libertad la noche anterior, llegó a la sede de la Unión de Escritores y Artistas en esta capital, acompañado de su esposa y un grupo de amigos.

En una carta de fecha 5 de abril, hecha pública anteayer, el escritor cubano había solicitado al gobierno revolucionario la oportunidad de sostener un encuentro con sus compañeros, para explicarles las motivaciones que lo habían conducido a lo que él denominó "una actitud contrarrevolucionaria".

Padilla, que vestía una camisa azul pálida y un pantalón oscuro, reclamó de algunos intelectuales presentes y otros que desde el exterior le habían manifestado su solidaridad, que desistieran de sus erróneas posiciones.

"He cometido muchos errores imperdonables, pero me siento verdaderamente feliz, después de reiniciar mi vida con el espíritu que me anima en estos momentos", dijo.

Seguidamente agregó: "He llegado a una verdad que me ha costado trabajo, ya que públicamente me manifestaba como un militante revolucionario y en privado como un desafecto".

Profusamente iluminado el rostro por las luces del cine y la televisión, el autor del libro "Fuera del juego" declaró que asiduamente había criticado cada una de las iniciativas de la revolución. "He hecho un estilo de la agresividad", subrayó.

"Progresivamente en los últimos años me fui separando de mis amigos revolucionarios, y me dejé arrastrar hacia una línea enfermiza, incorrecta y venenosa. Un espíritu derrotista comenzó a invadir mi poesía y el derrotismo es sinónimo de contrarrevolución", aseguró Padilla.

Refiriéndose a su polémico "Fuera del juego", premiado en 1968 por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), expresó que los poemas que lo integran están invadidos de un desencanto hacia la revolución, y que quien así aprecia esta obra también manifiesta su propio desencanto.

Padilla bromeó al recordar uno de los poemas más ácidos del libro: "En tiempos difíciles". "Parece escrito por un anciano enfermo del hígado", dijo.

Ante un atento auditorio de numerosos escritores y artistas cubanos, el poeta asumió la responsabilidad de haber introducido el resentimiento y la amargura, que son símbolos de la contrarrevolución, en la poesía posrevolucionaria, que siempre se ha caracterizado por el entusiasmo que le corresponde al momento histórico que vive el país. "Llevé mis posiciones a un terreno en que no caben, al terreno de la poesía. Mi libro «Fuera del fuego» marca una forma de importar experiencias históricas ajenas, que nada tienen que ver con nosotros", añadió.

Padilla hizo un recuento pormenorizado de las distintas coyunturas que aprovechó para sacar provecho personal de sus intereses "egoístas e individuales", valiéndose de los distintos cargos oficiales que ocupó, tanto en el país como en el exterior.

Citó el hecho de que el Gobierno Revolucionario le facilitó un trabajo adecuado a sus deseos y aptitudes en la Universidad de La Habana, poco después de la publicación de su controvertido libro "Fuera del juego".

"Escribí nuevos poemas durante mi detención. Un tema que creía haber olvidado definitivamente volvió a ocupar mis papeles: la primavera. Escribí cosas lindas en medio de mi tristeza", añadió.

"Después de alejarme de la revolución, mis amigos más frecuentes fueron algunos periodistas extranjeros que venían a buscar al desafecto Heberto Padilla, procurando definiciones más sonoras que racionales", afirmó.

"Se me veía como un escritor *contestataire*, como lo llaman los franceses."

"Con las semblanzas que sobre mi persona publicaba la prensa extranjera, me beneficiaba doblemente, tanto en el aspecto intelectual como en el político."

Padilla dijo haberse acostumbrado a la imagen que el periodista estadounidense Lee Lockwood había brindado sobre él en un libro acerca de Cuba.

En la foto el poeta aparece leyendo un periódico "Gramma" y fumando un enorme habano, con un pie de grabado que dice: "Heberto Padilla: poeta y *enfant-terrible*". Realmente esa terribilidad solamente beneficiaba a la contrarrevolución".

En sus casi cien minutos de exposición el escritor sostuvo en sus manos un habano, que no llegó a encender.

Seguidamente narró que en entrevista sostenida en esta capital con el periodista polaco-francés Kewes S. Karol, le hizo un "pomposo análisis" de la situación política cubana, impregnado de un sentido derrotista.

"Karol no es más que un exiliado amargado que quería escuchar esas cosas", agregó Padilla.

Informó también que en conversaciones sostenidas con el agrónomo francés René Dumont le manifestó que el escritor en Cuba no era respetado y criticó fuertemente a la UNEAC y a la revista "Verde Olivo", porque esta publicación había criticado su libro "Fuera del juego".

"A partir de la edición francesa de mi libro, en Europa se puso en duda el carácter revolucionario de esta obra. Julio Cortázar intervino para tratar de impedir, en cierto modo, la campaña contra Cuba, pero en esencia me defendió."

Refiriéndose a las muestras de adhesión recibidas durante su detención, Padilla destacó que esos firmantes han dudado de una revolución que es más grande que el hombre que han defendido.

Visiblemente agotado por el agobiante calor, Heberto Padilla afirmó que su presencia en la sede de la Unión de Escritores y Artistas no tenía sólo el objeto de contar sus "bochornosas actitudes", sino también el de comunicar una experiencia que podría resultar de interés a algunos de sus amigos escritores.

Citó los casos de los escritores allí presentes: Pablo Armando Fernández, César López, Manuel Díaz Martínez y Belkis Cuza Male (su esposa), a quienes exhortó a superar algunas debilidades que podrían llevarlo a un deterioro político y moral.

Cada uno de los emplazados usó de la palabra al término de la exposición de Padilla, formulando ante el auditorio autocríticas parecidas a la del autor de "Fuera del juego" y abundando en otros tipos de errores en que incurrieron.

"He comprendido que la revolución no podía tolerar un frente débil en la cultura. Si no ha habido más detenciones es por la generosidad de la revolución, pues razones existían", afirmó el escritor.

Refirió como ejemplo de esa generosidad el hecho de que en el transcurso del presente año, el Instituto Cubano del Libro haya publicado "dos libros bellamente impresos del escritor José Lezama Lima, sin ser siempre justas las opiniones que sobre la revolución vierte este autor".

Padilla anunció al auditorio que habiendo sido puesto en libertad hacía pocas horas, la revolución ya le había proporcionado un trabajo de su agrado.

Emocionado, el escritor, dirigiéndose a sus compañeros, dijo que "vivimos y habitamos en una gloriosa trinchera de América Latina asediada, pero que ése es el precio de una revolución".

Padilla, exaltado, con los puños en alto, gritó finalmente: "Patria o muerte. Venceremos".

La presentación de Padilla estuvo a cargo del vicepresidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, José Antonio Portuondo, quien dijo que la misma obedecía a una petición expresa del poeta y excusó la ausencia del presidente de esa institución, Nicolás Guillén, por estar convaleciente de una enfermedad que lo ha mantenido alejado de la UNEAC desde hace semanas.

A FAVOR Y EN CONTRA

Damos en este capítulo diversas opiniones sobre el caso Padilla y sus implicaciones.

Mario Vargas Llosa

Barcelona, 5 de mayo de 1971

COMPAÑERA Haydée Santamaría
Directora de la Casa de las Américas
La Habana, Cuba.

Estimada compañera:

Le presento mi renuncia al comité de la revista de la Casa de las Américas, al que pertenezco desde 1965, y le comunico mi decisión de no ir a Cuba a dictar un curso, en enero, como le prometí durante mi último viaje a La Habana. Comprenderá que es lo único que puedo hacer luego del discurso de Fidel fustigando a los "escritores latinoamericanos que viven en Europa" a quienes nos ha prohibido la entrada a Cuba "por tiempo indefinido e infinito". ¿Tanto le ha irritado nuestra carta pidiéndole que esclareciera la situación de Heberto Padilla? Cómo han cambiado los tiempos: recuerdo muy bien esa noche que pasamos con él, hace cuatro años, y en la que admitió de buena gana las observaciones y las críticas que le hicimos un grupo de esos "intelectuales extranjeros" a los que ahora llama "canallas".

De todos modos, había decidido renunciar al comité y a dictar ese curso, desde que leí la confesión de Heberto Padilla y los despachos de Prensa Latina sobre el acto de la UNEAC en el que los compañeros Belkis Cuza Male, Pablo Armando Fernández, Manuel Díaz Martínez y César López hicieron su autocrítica. Conozco a todos ellos lo suficiente como para saber que ese lastimoso espectáculo no ha sido espontáneo, sino prefabricado como los juicios estalinistas de los años treinta. Obligar a unos compañeros, con métodos que repugnan a la dignidad humana, a acusarse de traiciones imaginarias y a firmar cartas donde hasta la sintaxis parece policial, es la negación de lo que me hizo abrazar desde el primer día la causa de la Revolución Cubana: su decisión de luchar por la justicia sin perder el respeto a los individuos. No es éste el ejemplo de socialismo que quiero para mi país.

Sé que esta carta me puede acarrear invectivas: no serán peores que las que he merecido de la reacción por defender a Cuba.

Atentamente,

Mario Vargas Llosa

II

Barcelona, 19 de mayo de 1971

Cierta prensa está usando mi renuncia al comité de la revista de la Casa de las Américas para atacar a la Revolución Cubana desde una perspectiva imperialista y reaccionaria. Quiero salir al frente de esa sucia maniobra y desautorizar enérgicamente el uso de mi nombre en esa campaña contra el socialismo cubano y la revolución latinoamericana. Mi renuncia es un acto de protesta contra un hecho específico, que sigo considerando lamentable, pero no es ni puede ser un acto hostil contra la Revolución Cubana en general, cuyas realizaciones formidables para el pueblo de Cuba, llevadas a cabo en condiciones verdaderamente heroicas, he podido verificar personalmente en repetidos viajes a la isla. El derecho a la crítica y a la discrepancia no es un "privilegio burgués". Al contrario, sólo el socialismo puede, al sentar las bases de una verdadera justicia social, dar a expresiones como "libertad de opinión" y "libertad de creación" su verdadero sentido. Es en uso de este derecho socialista y revolucionario que he discrepado con el discurso de Fidel sobre el problema cultural y que he criticado lo ocurrido con Heberto Padilla y otros escritores. Lo hice cuando los acontecimientos de Checoslovaquia y lo seguiré haciendo cada vez que lo crea legítimo, porque ésta es mi obligación como escritor. Pero que nadie se engañe: con todos sus errores, la Revolución Cubana es, hoy mismo, una sociedad más humana y más justa que cualquier otra sociedad latinoamericana, y defenderla contra sus enemigos es para mí un deber más apremiante y honroso que el de criticarla.

Mario Vargas Llosa

III

"CIERTA prensa está usando mi renuncia al comité de la Revista de Casa de las Américas para atacar a la Revolución Cubana desde una perspectiva imperialista y reaccionaria", declaró el escritor peruano Mario Vargas Llosa, aquí.

Indicó que sigue "considerando lamentable" lo ocurrido con Heberto Padilla, pero que su crítica a ese hecho no debe considerarse "un acto hostil contra la Revolución Cubana en general", cuyas realizaciones consideró "formidables".

Vargas Llosa hizo estas declaraciones al periodista catalán Joan Queralt Doménech.

Doménech le leyó a Vargas Llosa el texto de la carta con que Haydée Santamaría, directora de la Casa de las Américas de La Habana, respondió al escritor peruano. En ella lo acusa de ser "la viva imagen de un escritor colonizado, despreciador de nuestros pueblos y vanidoso". Dómenech preguntó:

—¿Cudl ha sido realmente la evolución latinoamericana de un Vargas Llosa radicado en Europa? ¿Es usted escritor colonizado?

—Bueno, yo creo que tanto Fidel como Haydée Santamaría se equivocan cuando piensan que un escritor latinoamericano, por vivir en Europa, se segrega de la realidad latinoamericana, que pierde contacto con la problemática cultural, social, de nuestros países y que se asimila a la realidad europea. No digo que no haya, en fin, ciertos casos en que eso ocurra. Pero hay los casos contrarios.

Los casos en los que, precisamente, la distancia, la perspectiva que puede dar el estar en Europa, puede servir para una toma de conciencia de lo latinoamericano, de la personalidad diferente de nuestra realidad, de nuestros países y de nuestra cultura frente a esa realidad europea.

Ese fue el caso de muchos escritores y poetas modernistas. Lo ha dicho Octavio Paz en un ensayo muy lúcido. Rubén Darío y el modernismo en general, en cierto modo, hicieron el descubrimiento de lo latinoamericano a través de París. Fue el contacto con Europa que en un momento los deslumbraba, los "colonizaba", que ellos, en cierto instante, descubrieron su propia diferencia, que no era aquello que admiraban. Y descubrieron la enorme distancia que los separaba de esos supuestos sobre los que se edificaba y se movía la cultura europea.

Eso los llevó a ellos a fundar, en cierto modo, una poesía y una estética latinoamericanas. Es decir, el contacto con Europa puede ser un contacto profundamente creador, puede ser un contacto muy estimulante para descubrir, dentro de la propia realidad, lo importante, para distinguir lo accesorio de lo sustancial.

Yo pienso que, en mi caso, el hecho de haber vivido tantos años en Europa no me ha apartado, de ninguna manera, de la problemática latinoamericana. Sino que al contrario, yo creo que he asumido mucho más profundamente y de una manera más continental y global mi compromiso latinoamericano.

Es una cosa que creo que le ha ocurrido también a Julio Cortázar. Es aquí en Europa donde Julio Cortázar asumió profundamente su compromiso con la realidad latinoamericana, tanto cultural como políticamente. Creo que es mi caso y creo que es el caso de escritores como García Márquez, Donoso y muchos otros que viven en Europa.

Creo que plantear el término del domicilio del escritor como un problema de tipo estético y de tipo político es una esquematización y debemos estar en contra de la esquematización.

—Pero ese vacío de hombres de influencia social, ¿no desvitaliza el panorama cultural y, por extensión, el socio-político de países que necesitan esas figuras en mayor grado que los europeos?

—La mejor manera de influir que tiene un escritor en una sociedad es a través de lo que escribe, a través de sus libros, novelas, cuentos, ensayos. Entonces yo creo que en cuanto a escritor, la primera obligación sobre la cual se le pueden pedir responsabilidades es la de escribir con el máximo rigor, con la máxima honestidad y autenticidad de que es capaz.

Si cumple esta función, yo creo que está justificado en su vocación y está justificado el aporte que un escritor puede brindar a su sociedad. Si para cumplir esta función un escritor considera que debe vivir lejos de su realidad o dentro de su propia realidad es algo que, realmente, sólo puede ser juzgado en función de los resultados de esa decisión, es decir, en función de la obra escrita. Yo no veo por qué hay la preocupación en tanta gente sobre el problema del domicilio geográfico del escritor. En realidad, lo que importa fundamentalmente es la obra del escritor.

Si la función del escritor fuera de otra índole, entonces yo entiendo que la presencia de éste en la propia realidad fuera algo decisivo o capaz de constituir un problema, pero una buena prueba de lo que estoy diciendo la tenemos en el florecimiento de la narrativa en América Latina.

El hecho de que haya surgido un grupo de escritores más o menos interesantes dentro de la narrativa ha contribuido a despertar vocaciones y no solamente de escritores, sino también de lectores. Es un hecho que hay un auge de lectores, quizás más que de escritores, en América Latina. Y ese es un fenómeno que se da de la Argentina a México. Y se ha conseguido en el caso de muchos por escritores que vivían lejos de sus países y, bueno, el vivir lejos de sus países no ha impedido esa influencia. No ha hecho que sean menos útiles a sus propias sociedades que otros escritores que consideraron que no debían salir por razones de tipo moral o de tipo político.

Quienes consideran un problema ese exilio del escritor, demuestran un cierto desprecio hacia la literatura. Es considerar que un escritor debe justificarse como tal haciendo cosas distintas que escribir. Yo no antepongo la función de la literatura a otras funciones en la sociedad, ni mucho menos, pero creo que no es más importante la labor de un maestro, la labor de un periodista que la labor de un hombre que escribe novelas o poemas. Aun cuando los resultados de esta función no pueden ser tan claramente percibidos o medidos como los de un profesor o los de un periodista.

—¿Cómo prevé usted el futuro de su país, el Perú de Velasco Alvarado?

—En el Perú hay un verdadero proceso de cambio importante. Es indiscutible. Y sorprende, desde luego, que haya sido un proceso iniciado por unas fuerzas armadas tradicionalmente conservadoras, que habían estado siempre vinculadas a la oligarquía peruana. Pero el hecho es que el cambio ha ocurrido.

El Perú está realmente encarrilado en un proceso de modernización que, en el caso del campo, por ejemplo, llega a ser revolucionario. La reforma agraria que ha hecho este gobierno es una reforma profunda, auténtica. Se han cooperativizado las haciendas más importantes del país y además de una manera inteligente: sin llegar a una crisis de la producción, manteniendo el rendimiento, la eficacia productiva.

En cuanto a las reformas urbanas, son bastante avanzadas. No se puede decir todavía que son reformas que van a desembocar infaliblemente en cambios de tipo revolucionario. Reformas que para un país tan anacrónico, de estructuras tan anticuadas y tan monolíticas como las del Perú significan un cambio realmente importante.

La nacionalización del petróleo, la reforma agraria, la apertura de relaciones económicas y diplomáticas con los países socialistas, China incluida, el hecho de que por primera vez el Perú tenga una cierta política internacional propia, ya no totalmente adicta y

servil con respecto a Washington, son hechos que no se pueden negar.

Tampoco hay que confundir, yo no quiero confundir mis deseos con la realidad. El gobierno no ha ido lo suficientemente lejos, podría ir mucho más allá, ha cometido ciertas equivocaciones. Eso es verdad. Pero en conjunto global, hasta ahora, ha inaugurado un proceso de modernización y de verdadera reforma que no se puede negar. Así que creo que hay que respaldarlo. Es muy importante que lo hagamos.

Y en cuanto al futuro. Cabe siempre una incertidumbre sobre el futuro del régimen, precisamente por su estructura. No hay garantías respecto de lo que será el futuro de esa revolución y tampoco está muy claro el modelo de sociedad que ellos quieren edificar.

Mi ambición, como la de muchos otros peruanos progresistas, es la de que este régimen siga evolucionando y se vaya radicalizando cada vez más.

—Los partidos políticos, ¿tienen actualmente la facultad de evitar esa involución?

—No. Hay el caso tan curioso, tan particular en América Latina, del partido aprista. Un partido que comenzó siendo revolucionario, de izquierda, y que luego, por razones diversas, involucionó.

Y en cuanto a la extrema izquierda, lo más arriesgado, lo más arrojado de ese sector se inmoló prácticamente en las guerrillas. Entonces, la izquierda quedó bastante golpeada.

Y no se puede decir que hoy en día esté recuperada de esta experiencia. En general, creo que los sectores más conscientes de la izquierda entienden que hay un proceso realmente de cambio, que el Perú está saliendo del inmovilismo y por eso están apoyando al gobierno de una manera más o menos crítica.

Haydée Santamaría

La Habana, mayo 14 de 1971

Señor Mario Vargas Llosa
Vía Augusta 211, Atico 2º
Barcelona 6, España

Señor Vargas Llosa:

Usted sabe que el comité de la revista "Casa de las Américas" al cual supuestamente renuncia, de hecho no existe ya, pues, a sugerencia de este organismo, se acordó en enero de este año, en declaración que usted mismo suscribió, ampliarlo en lo que significaba sustituirlo por una amplia lista de colaboraciones de la revista —y de la institución—. Y esta medida obedeció al hecho evidente de que hacía mucho tiempo que era inaceptable la divergencia de criterios en el seno de dicho comité: criterios que iban desde los realmente revolucionarios, y que eran los de la mayoría, hasta otros cada vez más alejados de posiciones revolucionarias, como habían venido siendo los de usted. Por una cuestión de delicadeza humana de que usted sabe que le hemos dado pruebas reiteradas, pensamos que esta medida era preferible a dejar sencillamente fuera del comité a gente como usted, con quien durante años hemos discutido por su creciente proclividad a posiciones de compromiso con el imperialismo.

Creíamos que, a pesar de esas lamentables posiciones, todavía era posible que un hombre joven como usted, que un escritor que había escrito obras valiosas, rectificara sus errores y pusiera su talento al servicio de los pueblos latinoamericanos. Su carta nos demuestra qué equivocados estuvimos al ilusionarnos de esa manera. Usted no ha tenido la menor vacilación en sumar su voz —una voz que nosotros contribuimos a que fuera escuchada— al coro de los más feroces enemigos de la Revolución Cubana, una revolución que tiene lugar, como hace poco recordó Fidel, en una plaza sitiada y en condiciones durísimas, a noventa millas del imperio que ahora mismo agrede salvajemente a los pueblos indochinos. Con tales enemigos al alcance de la vista y no pocos enemigos internos, ésta —como toda revolución— debe defenderse tenazmente o resignarse a morir, a dejar morir la esperanza que encendimos en el Moncada y en la Sierra y en Girón y en la crisis de octubre; a dejar morir de veras a Abel, a Camilo, al Che, y nosotros no dejaremos nunca que esto ocurra y tomaremos las medidas que sean necesarias para que esto no ocurra. Por esto fue detenido un escritor, no por ser escritor, desde luego, sino por actividades contrarrevolucionarias que él mismo ha dicho haber cometido: y usted que acababa de visitar nuestro país, sin esperar a más, sin conceder el menor crédito a las que pudieran ser razones de la revolución para proceder así, se apresuró a sumar su nombre a los de quienes aprovecharon esta coyuntura para difamar a nuestra revolución, a Fidel, a nosotros.

Ese escritor ha reconocido sus actividades contrarrevolucionarias, a pesar de lo cual se halla libre, integrado normalmente a su trabajo. Otros escritores también han reconocido sus errores, lo que no les impide estar igualmente libres y trabajando. Pero usted no ve en todo esto sino "un lastimoso espectáculo" que no ha sido espontáneo sino prefabricado, producto de supuestas torturas y presiones. Se ve que usted nunca se ha enfrentado al terror. Se ve que usted nunca ha tenido la dicha de ver hermanos que por lo único que se conocía que eran ellos era por la voz y esa voz era para decirles a quienes les arrancaban la vida en pedazos su fe en la lucha, en la victoria final, su fe en la revolución, en esta revolución a cuyos peores calumniadores usted se ha sumado. Después de lo cual se sienta usted a esperar las invectivas que teme o desea. Sin embargo, Vargas Llosa, pocos como usted conocen que no ha sido nunca costumbre nuestra proferir invectivas contra gentes como usted. Cuando en abril de 1967 usted quiso saber la opinión que tendríamos sobre la aceptación por usted del premio venezolano "Rómulo Gallegos", otorgado por el gobierno de Leoni, que significaba asesinatos, represión, traición a nuestros pueblos, nosotros le propusimos "un acto audaz, difícil y sin precedentes en la historia cultural de nuestra América": le propusimos que aceptara ese premio y entregara su importe al Che Guevara, a la lucha de los pueblos. Usted no aceptó esa sugerencia: usted se guardó ese dinero para sí, usted rechazó el extraordinario honor de haber contribuido, aunque fuera simbólicamente, a ayudar al Che Guevara.

Lo menos que podemos pedirle hoy los verdaderos compañeros del Che es que no escriba ni pronuncie más ese nombre que pertenece a todos los revolucionarios del mundo, no a hombres como usted, a quien le fue más importante comprar una casa que solidarizarse en un momento decisivo con la hazaña del Che. ¡Qué deuda impagable tiene usted contraída con los escritores latinoamericanos, a quienes no supo representar frente al Che a pesar de la oportunidad única que se le dio! Sin embargo, nosotros en aquel momento no le dedicamos invectivas por esa decisión. Supimos, sí, a partir de entonces, que no era usted el compañero que creíamos, pero aún pensábamos que era posible una rectificación de su conducta y preferimos felicitarlo por algunas palabras dichas en la recepción del premio, considerando que tendríamos otras ocasiones de volver sobre el asunto. Tampoco recibió usted invectivas cuando, en setiembre de 1968, en la revista "Caretas", y a raíz de los sucesos de Checoslovaquia, emitió usted opiniones ridículas sobre el discurso de Fidel. Ni cuando, a raíz de las críticas al libro de Padilla "Fuera del juego", nos enviara, en unión de otros escritores de Europa, un cable en que expresaban estar "consternados por acusaciones calumniosas contra el poeta Heberto Padilla" y grotescamente reafirmaban "solidaridad apoyo toda acción emprenda Casa de las Américas defensa libertad intelectual". Lo que sí hice entonces fue enviar un cable en que decía a uno de ustedes: "Inexplicable desde tan lejos puedan saber si es calumniosa o no una acusación contra Padilla".

La línea cultural de la Casa de las Américas es la línea de nuestra revolución, la Revolución Cubana, y la directora de la Casa de las Américas estará siempre como me quiso el Che: "con los fusiles preparados y tirando cañonazos a la redonda". Ni recibió usted invectivas cuando, después de haber aceptado integrar el jurado del Premio Casa 1969, dejó de venir, sin darnos explicación alguna, porque se encontraba en una universidad norteamericana. (Por hechos como éste, dicho sea entre paréntesis, nunca creímos que vendría a dictar el curso de que se habló informalmente. La pública renuncia que hace de este curso no es más que otra argucia suya. Si vino en enero de 1971, fue sobre todo para buscar el aval de la Casa de las Américas, que por supuesto no obtuvo, para la desprestigiada revista "Libre" que planean editar con el dinero de Patiño.) Y si, a raíz de éstos y otros hechos, algunos escritores vinculados a esta Casa de las Américas discutieron privada y públicamente con usted, no se trató nunca de invectivas. La invectiva contra usted, Vargas Llosa, es su propia carta vergonzosa: ella lo presenta de cuerpo entero como lo que nos resistimos a aceptar que usted fuera: la viva imagen del escritor colonizado, despreciador de nuestros pueblos, vanidoso, confiado en que escribir bien no sólo hace perdonar actuar mal, sino permite enjuiciar a todo un proceso grandioso como la Revolución Cubana, que, a pesar de errores humanos, es el más gigantesco

esfuerzo hecho hasta el presente por instaurar en nuestras tierras un régimen de justicia.

Hombres como usted, que anteponen su' mezquinos intereses personales a los intereses dramáticos de lo que Martí llamó nuestras "dolorosas repúblicas", están de más en este proceso. Confiamos, seguiremos confiando toda la vida, en los escritores que en nuestro continente ponen los intereses de sus pueblos, de nuestros pueblos, por encima de todo: en los que pueden invocar los nombres de Bolívar, Martí, Mariátegui y Che. Son ellos los que darán, los que están dando ya, como en su propia tierra acaban de hacer los mejores escritores peruanos, la respuesta que usted merece. Sólo le deseo, por su bien, que algún día llegue usted a arrepentirse de haber escrito esa carta pública que constituirá para siempre su baldón; de haberse sumado a los enemigos de quienes en esta isla hemos estado y estaremos dispuestos a inmolarnos, como nuestros compañeros vietnamitas, como nuestro hermano Che, por defender "la dignidad plena del hombre".

Haydée Santamaría

Declaración de los 61

COMANDANTE Fidel Castro, primer ministro del gobierno revolucionario de Cuba: Creemos un deber comunicarle nuestra vergüenza y nuestra cólera. El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla, sólo puede haberse obtenido mediante métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionaria. El contenido y la forma de dicha confesión, con sus acusaciones absurdas y afirmaciones delirantes, así como el acto celebrado en la UNEAC en el cual el propio Padilla y otros compañeros intelectuales leyeron su autocrítica hace que nos opongamos a todo este proceso. Con la misma vehemencia con que hemos defendido desde el primer día la revolución cubana, que nos parecía ejemplar en su respeto al ser humano y en su lucha por su liberación, lo exhortamos a evitar a Cuba el oscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema represivo que impuso el estalinismo en los países socialistas, y del que fueron manifestaciones flagrantes, sucesos similares a los que están ocurriendo en Cuba. El desprecio a la dignidad humana que supone forzar a un hombre a acusarse ridículamente de las peores traiciones y vilezas no nos alarma por tratarse de un escritor, sino porque cualquier compañero cubano —campesino, obrero, técnico o intelectual— puede ser también víctima de una violencia y una humillación parecidas. Quisiéramos que la revolución cubana volviera a ser lo que en un momento nos hizo considerarla un modelo dentro del socialismo.

Claribel Alegría, Simone de Beauvoir, Fernando Benítez, Jacques Laurent Bost, Italo Calvino, José María Castellet. Fernando Claudin, Tamara Deutscher, Roger Dosse, Marguerite Duras, Giulio Einaudi, Hans Magnus Enzenberger, Francisco Fernández Santos, Darwin Flakoll, Jean Michel Fossey, Carlos Franqui, Carlos Fuentes, Jaime Gil de Biedma, Angel González, Adriano González León, Andrés Gortz, José Agustín Goytisolo, Juan Goytisolo, Luis Goytisolo, Rodolfo Hinostrosa, Mervin Jones, Monti Johnstone, Monique Lange, Michel Leris, Lucio Magri, Joyce Mansour, Dacia Maraini, Juan Marse, Dionys Mascolo, Plinio Mendoza, Istvan Meszaris, Ray Miliban, Carlos Monsivais, Marco Antonio Montes de Oca, Alberto Moravia, Maurice Nadeau, José Emilio Pacheco, Pier Paolo Pasolini, Ricardo Porro, Jean Pronteau, Paul Rebeyrolles, Alain Resnais, José Revueltas, Rossana Rossanda, Vicente Rojo, Claude Roy, Juan Rulfo, Nathalie Sarraute, Jean Paul Sartre, Jorge Semprún, Jean Shuster, Susan Sontag, Lorenzo Tornabouni, José Miguel Ullan, José Angel Valente, Mario Vargas Llosa.

Declaración de intelectuales y artistas uruguayos

Montevideo, 24 de mayo de 1971

EN las últimas semanas, la prensa reaccionaria de todo el mundo (y, por supuesto, la de nuestro país) ha desatado una feroz campaña contra la Revolución Cubana. El pretexto ha sido el caso del poeta Heberto Padilla, quien, como es notorio, fue detenido en La Habana, y, un mes más tarde, puesto en libertad. Antes de su liberación, Padilla dirigió al gobierno revolucionario una carta en la que reconoció haber desarrollado actividades contrarrevolucionarias, y, luego de recobrar su libertad, compareció en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, reafirmando frente a sus colegas los términos de aquella carta y exhortando a sus amigos a "superar algunas debilidades, que podrían llevarlos a un deterioro político y moral".

Las repercusiones de este asunto en ciertos medios intelectuales de Europa, han sido tan desproporcionadas con respecto a la magnitud real del problema, que resulta más que evidente una bien digitada orientación, en la que muchos intelectuales —probablemente honestos, pero riesgosamente ingenuos— han participado, sin advertir hasta qué punto eran instrumentos de una maniobra perfectamente planeada por el imperio.

Varios intelectuales europeos, y latinoamericanos residentes en Europa, pusieron inmediatamente el grito en el cielo, apostaron (sin recabar la menor información adicional) a la inocencia de Padilla, acusaron sin más trámite a la Revolución Cubana, y virtualmente (y en algún caso, explícitamente) le retiraron su adhesión, que en un pasado menos riesgoso había sido fervorosa.

En realidad, no nos extraña demasiado que intelectuales europeos adopten esa actiud, ya que es sabido cuánto les ha costado siempre llegar a una cabal comprensión de la dinámica del Tercer Mundo, cuyo rumbo no pasa necesariamente por París, Londres o Roma. Pero a nosotros, intelectuales y artistas uruguayos que no hemos apostado a la inocencia de Padilla sino a la revolución latinoamericana, y que consideramos que la Revolución Cubana fue el detonante decisivo para llegar a la actual asunción de una conciencia revolucionaria por los pueblos de América Latina; a nosotros (muchos de los firmantes hemos estado en Cuba, en algunos casos durante extensos períodos, habiendo podido comprobar la consideración y el respeto que hay en ese país para el trabajador intelectual, como para todo trabajador) nos alarma sobremanera la actitud poco menos que elitista de ciertos latinoamericanos, casi europeos, que parecen creer que un intelectual **siempre** es inocente, cuando la verdad es que puede ser tan contrarrevolucionario (o tan revolucionario), tan honesto o tan deshonesto, como cualquiera.

Nos alarma comprobar que ese conjunto de intelectuales, ajeno por distintas razones a la quemante realidad latinoamericana, no parezca preocupado por la libertad del ser humano en general, ni siquiera del intelectual en particular, sino pura y exclusivamente por la libertad de Heberto Padilla. En los últimos años han sido muchos los artistas e intelectuales latinoamericanos que han sufrido prisión, y muchos más los estudiantes, los obreros y los combatientes que han sido salvajemente torturados por las fuerzas policiales que instrumenta la CIA, pero nunca hemos leído ninguna denuncia del grupo de latinoamericanos en Europa (y si los hubo, habrán sido de un tono muy confidencial, ya que las agencias cablegráficas no los desparramaron por el ancho mundo con su acostumbrada eficacia) en relación con ese abyecto proceder. Sin ir más lejos, el excelente director del Teatro de Arena, Augusto Boal, estuvo tres meses detenido en San Pablo, y durante ese lapso fue bestialmente torturado por la policía estatal; varias entidades culturales latinoamericanas dejaron constancia de su protesta y de su indignación, pero el grupo de latinoamericanos-europeos pro libertad de Padilla no gastó un solo párrafo al respecto. Cuando en nuestro país estuvieron confinados el poeta y periodista Carlos María Gutiérrez, el compositor Alberto Soriano o el ensayista Manuel Arturo Claps, tampoco los latinoamericanos de Europa se dieron por enterados y mucho menos por agraviados.

No deja de ser curioso que la gran protesta por la libertad de Padilla provenga casi exclusivamente de escritores europeos y de latinoamericanos que desde hace muchos años se encuentran desgajados de sus pueblos. Desde París o Roma, la presencia imperialista en América Latina puede ser un mero dato informativo, pero en los campos y en las calles de nuestros países esa presencia significa la violación constante de los derechos humanos, la dependencia económica más humillante, la supresión de las libertades más elementales, y por supuesto la tortura y la muerte. Quizá se deba a esa realidad incuestionable que los ataques de intelectuales latinoamericanos le lleguen a la Revolución Cubana sobre todo desde la lejana Europa y no desde la cercana Amé-

rica Latina. Aun aquellos intelectuales que puedan tener alguna legítima preocupación con respecto al episodio Padilla, o a la situación de la cultura cubana en general, tienen perfecta conciencia de que sería ridículo minimizar, y mucho menos atacar, a la Revolución Cubana, en base a un caso individual y aislado, cuando su acción política y social a través de doce fecundos años de trabajo y creación, ha representado para millones de cubanos el acceso a la justicia social y el rescate de su dignidad humana, y para muchos millones de latinoamericanos un incanjeable ejemplo de coraje y de independencia.

Por nuestra parte, queremos dejar testimonio de nuestra confianza en el pleno ejercicio del derecho revolucionario que ha ejercido y ejerce Cuba para defenderse de toda infiltración enemiga, se manifieste ésta a través de las bandas mercenarias derrotadas hace diez años en Girón, o a través de la malintencionada distorsión de la realidad a que suelen prestarse algunos intelectuales. Muchas veces hablamos de la presencia y el desarrollo del **hombre nuevo**; pero tengamos bien claro que esa denominación debe incluir también al **escritor nuevo**, y éste no puede ser de ninguna manera un ser intocable, poco menos que sagrado, situado en una remota e inaccesible plataforma desde la cual lanza sus juicios, tan apresurados como inexorables, sobre lo que sucede día a día en una América Latina que se debate por su libertad y que en esa brega da su sangre y depura su pensamiento. El **escritor nuevo** es sencillamente un trabajador y un revolucionario más, alguien que espontáneamente se bajó del falso estrado de la altivez retórica, para integrarse con el prójimo y aprender de él, crear con él; el **escritor nuevo** es un revolucionario que sabe que la revolución empieza en la actitud y sigue en las palabras, pero es perfectamente consciente de que las palabras sin actitud no son éticamente válidas.

Cuando reafirmamos nuestra confianza en la Revolución Cubana y su nunca desmentido afán de justicia; cuando compartimos los términos de la digna respuesta de Haydée Santamaría, directora de la Casa de las Américas, al escritor Mario Vargas Llosa, no asumimos una actitud de obsecuencia sino de identificación. Nuestro apoyo no tiene océanos de por medio. Desde un rincón de América Latina que vive un tramo decisivo de su itinerario hacia la revolución, y en un momento en que tantos intelectuales súbitamente alarmados y extrañamente pudorosos le dan la espalda a la Revolución Cubana, hacemos una tregua en nuestra diaria lucha contra la oligarquía y el subdesarrollo, contra la penetración cultural del imperio y las leyes mordazas, para trasmitir a los revolucionarios cubanos nuestra fraterna solidaridad.

Hugo Achugar, Walter Achugar, Coriún Aharonián, Mario Arregui, Marcos Banchero, Mario Benedetti, Matilde Bianqui, Miguel Bresciano, Sarandy Cabrera, Alberto Carbone, Manuel Arturo Claps, Hiber Conteris, Ruben Deugenio, Francisco Espínola, Gerardo Fernández, Hugo García Robles, María Ester Gilio, Mario Handler, Jesualdo, Sylvia Lago, Cristina Lagorio, Daniel Larrosa, Juan Carlos Legido, Graciela Mántaras, Carlos Núñez, Jorge Onetti, Juan Carlos Onetti, Nelly Pacheco, Hernán Píriz, Luis Rocandio, Cristina Peri Rossi, María Carmen Portela, Luciana Possamay, Alberto Restuccia, Juan Carlos Somma, Carlos Troncone, Teresa Trujillo, Daniel Vidart, Daniel Viglietti, Idea Vilariño, José Wainer.

Gabriel García Márquez

BOGOTÁ, 29. — Gabriel García Márquez, cuya novela "Cien años de soledad" lo colocó entre los escritores latinoamericanos más conocidos de los últimos tiempos, se alineó en el grupo de los intelectuales que dudan de la espontaneidad y sinceridad de la autocrítica de Heberto Padilla.

García Márquez, quien viaja hoy a Nueva York para recibir el grado honoris causa en letras que le ha otorgado la Universidad de Columbia, reafirmó sin embargo que no ha roto con la Revolución Cubana.

El escritor colombiano recibió un visado especial para visitar Estados Unidos, donde su entrada ha sido negada desde hace diez años, según revelación personal. Su posición frente al caso Padilla, así como ante el conflicto de un grupo de escritores latinoamericanos con el primer ministro Fidel Castro, anima la parte central de un reportaje al intelectual colombiano hecho por el periodista Julio Roca del "Diario del Caribe", de Barranquilla, en el cual palpita una ardorosa defensa de la Revolución Cubana.

La ironía corrosiva y la crítica mordaz, están dirigidas a los Estados Unidos y a algunos periodistas y periódicos en el reportaje a este escritor que se ufana de su enemistad infinita al orden imperante en Norteamérica. También está la parte reservada al humor, en el terreno personal: "Es bueno que se sepa que estas decisiones (la aceptación del grado) sólo las consulto con mis amigos y en especial con los choferes de taxis". La dialéctica es tan pronto zumbona como grave, folklórica como profunda, matices que perfilan el carácter del colombiano oriundo del litoral atlántico, donde García Márquez nació hace 43 años.

La parte esencial del reportaje es la siguiente:

Pregunta: ¿Por qué ha aceptado un grado académico de un país sobre el cual sus opiniones no son precisamente benévolas?

Respuesta: La Universidad de Columbia no es el gobierno de los Estados Unidos, y es en cambio un reducto del inconformismo, de la honradez intelectual y de los tiradores de piedra que han de aniquilar el sistema democrático de su país.

Pregunta: ¿Es verdad que figura usted en cierto libro negro de visitantes indeseables para ese país?

—Respuesta: En efecto, los Estados Unidos me niegan la entrada desde hace diez años por motivos políticos. Esta vez han dado su brazo a torcer con una solución pintoresca: me conceden una visa limitada, por una sola vez, con advertencia expresa de que es para recibir el grado de la Universidad de Columbia.

Pregunta: Su aceptación, ¿la consultó con los cubanos antes de comunicarlo a la Universidad de Columbia?

Respuesta: El asunto tuvo trámite confidencial de varios meses. Yo acepté desde marzo, pero estuve de acuerdo en que la noticia se mantuviera secreta hasta que la diera la propia universidad. Es bueno que se sepa que estas decisiones sólo las consulto con mis amigos y en especial con los choferes de taxi de Barranquilla, que son los campeones del sentido común.

Pregunta: ¿Y cómo va a quedar usted ahora frente a los escritores latinoamericanos que rompieron públicamente con Castro?

Respuesta: El conflicto de un grupo de escritores latinoamericanos con Fidel Castro es un triunfo efímero de las agencias de prensa. Tengo aquí los documentos relacionados con el asunto, inclusive la versión taquigráfica del discurso de Fidel, y aunque en efecto hay algunos párrafos muy severos, ninguno de ellos se presta a las interpretaciones siniestras que le dieron las agencias internacionales. Los corresponsales extranjeros escogieron con pinzas y ordenaron como les dio la gana algunas frases sueltas para que pareciera que Fidel Castro decía lo que en realidad no había dicho.

Pregunta: ¿Cuál es, entonces, su posición ante las cartas de protesta de los intelectuales al primer ministro cubano?

Respuesta: Yo no firmé la carta de protesta porque no era partidario de que la mandaran. Sin embargo, en ningún momento pondré en duda la honradez intelectual y la vocación revolucionaria de quienes firmaron la carta.

Pregunta: ¿Eso quiere decir que los escritores no deben meter la cuchara en política?

Respuesta: Lo que pasa es que cuando los escritores queremos hacer política, en realidad no hacemos política sino moral, y esos dos términos no siempre son compatibles. Los políticos, a su vez, se resisten a que los escritores nos metamos en sus asuntos y por lo general nos aceptan cuando les somos favorables, pero nos rechazan cuando les somos adversos. Pero esto no es una catástrofe. Al contrario, es una contradicción dialéctica muy útil, muy positiva, que ha de continuar hasta el fin de los hombres aunque los políticos se mueran de rabia y aunque a los escritores les cueste el pellejo.

Pregunta: ¿Está usted con o contra Castro en relación con el caso del poeta Heberto Padilla?

Respuesta: Yo, personalmente, no logro convencerme de la espontaneidad y sinceridad de la autocrítica de Heberto Padilla. No entiendo cómo es posible que en tantos años de contacto con la experiencia cubana, viviendo el drama cotidiano de la revolución, un hombre como Padilla no hubiera tomado la conciencia que tomó en la cárcel de la noche a la mañana. El tono de su autocrítica es tan exagerado, tan abyecto, que parece obtenido por métodos ignominiosos. Yo no sé si de veras Heberto Padilla le está haciendo daño a la revolución con su actitud, pero su autocrítica sí le está haciendo daño, y muy grave.

Pregunta: ¿Eso supone, pues, la presencia del estalinismo en Cuba?

Respuesta: Me atrevo a decirle una cosa: si de veras hay un germen de estalinismo en Cuba, lo vamos a saber muy pronto, porque lo va a decir el propio Fidel. Hay un antecedente: en 1961 hubo una tentativa de imponer métodos estalinistas; el propio Castro lo denunció en público y lo extirpó en su embrión. No hay ningún motivo para pensar que ahora no ocurriría lo mismo, porque la vitalidad de la Revolución Cubana, su buena salud, no pueden haber disminuido desde entonces.

Pregunta: En conclusión, usted no rompe con la Revolución Cubana...

Respuesta: Por supuesto que no. Más aun: de los escritores que protestaron por el caso Padilla, ninguno ha roto con la Revolución Cubana, hasta donde yo sé. El propio Mario Vargas Llosa hizo esa advertencia en una declaración posterior a su famosa carta, que los periódicos la relegaron al rincón de las noticias invisibles. No. La Revolución Cubana es un acontecimiento histórico fundamental en la América Latina, y en el mundo entero, y nuestra solidaridad con ella no puede afectarse por un tropiezo en la política cultural, aunque ese tropiezo sea tan grande y tan grave como la sospechosa autocrítica de Heberto Padilla.

García Márquez agregó que había declinado una invitación de la Universidad de Harvard, por carecer de vocación pedagógica: "Pero si alguna vez me la descubro, trataría de vincularme a una universidad colombiana. Después de viejo me estoy volviendo patriotero hasta el punto de que acepté el grado honorífico de la Columbia, entre otras cosas, porque de algún modo es un homenaje a nuestro país".

Charles Bettelheim

¿POR qué razón el gobierno cubano dio tanta publicidad al caso Padilla perjudicando de esta manera su prestigio y su autoridad internacionales? ¿Por qué el gobierno armó toda esa "mise en scene" siniestra poniendo en boca de un hombre previamente detenido durante más de un mes, acusaciones tan innobles como ridículas contra René Dumont y K. S. Karol? Acusaciones formuladas en un "estilo" que nada tiene que ver aparentemente con Padilla y que debe todo a la pluma de la policía? No podemos dejar de plantearnos estas interrogantes.

No iríamos muy lejos explicando semejante hecho por la susceptibilidad de los dirigentes cubanos ante cualquier crítica. Es verdad que, cada día más, estos dirigentes sólo esperan de quienes conocen la situación del país, elogios y frases adulonas. Los análisis que René Dumont y K. S. Karol presentaron en sus libros sobre Cuba los disgustaron profundamente; con todo, esto no puede ser la única razón de una obra de difamación mundial. La importancia conferida al caso Padilla, su difusión en gran escala por la Agencia Cubana Prensa Latina, hablan a las claras de una decisión política que nos lleva, pues, a una explicación política.

Dicha explicación se encuentra, desgraciadamente, en el curso seguido por la revolución cubana. Esta revolución, después de describir una curva ascendente durante unos años —que llenaron de esperanza a los partidarios del socialismo— fue entrando progresivamente en una fase de degeneración. Los esfuerzos del comienzo que dejaron entrever una transformación radical de las relaciones sociales, el desarrollo de una nueva democracia y el fin de la subordinación a los mercados exteriores, fueron progresivamente sustituidos por prácticas muy diferentes. El gobierno cubano fue dando cada vez más prioridad a objetivos "de productividad", trató de reformar el peso del sector azucarero, al punto de descuidar las producciones que cubrían las necesidades del pueblo; actuando en tal forma, aumentó la dependencia de Cuba con respecto a su principal comprador y proveedor: la Unión Soviética.

Tales cambios multiplicaron las dificultades que debía enfrentar el país. Las dificultades no se deben a la "inexperiencia" de los dirigentes cubanos, como éstos gustan afirmar. Más bien, reconocen su origen en la línea política que arranca en parte de las bases sociales de la revolución y de las flaquezas ideológicas del Movimiento 26 de Julio, que, en realidad, es la línea ideológica que ha prevalecido. La influencia de estos factores, que hubiera podido reducirse poco a poco, por el contrario, se vio aumentada en virtud de la política soviética. Ésta favoreció las tendencias antidemocráticas así como una política que cerraba a Cuba el camino de su independencia económica. Las consecuencias del curso que tomó la revolución cubana se vuelven cada vez más claras: actualmente, a pesar de los esfuerzos heroicos y entusiastas del pueblo cubano, a pesar de años de trabajo arduo y de inversiones considerables, el país tuvo que presenciar el fracaso de la zafra azucarera de 1970, proclamada como el objetivo número uno de la revolución, una situación económica profundamente deteriorada, dificultades cotidianas de aprovisionamiento, el creciente alineamiento de la política exterior cubana en la política soviética, como lo mostró, por ejemplo, la toma de posición de Cuba en ocasión de la invasión de las tropas rusas a Checoslovaquia.

Frente a esta situación, el pueblo cubano se pregunta: ¿cómo llegamos a esto? ¿Por qué tantos años de esfuerzo no rindieron más frutos, por qué tantas promesas dejaron de cumplirse?

A todas estas preguntas, los dirigentes cubanos no aportaban ninguna respuesta. Tampoco dieron cuenta de lo que pensaban hacer para sacar al país de sus dificultades actuales. Solamente se dieron algunas indicaciones contradictorias sobre este último punto.

Por un lado, en varios discursos pronunciados en el verano pasado, Fidel Castro insistió en la necesidad de desarrollar relaciones más democráticas en el país. Esta nueva orientación dio lugar a un principio de realización, especialmente en forma de "asambleas de producción" durante las cuales se instó a los trabajadores a que formularan críticas y sugerencias.

Por otra parte, los dirigentes cubanos se vieron obligados, no a rever abiertamente su línea política y a cuestionar el acento puesto unilateralmente sobre la producción, sino, muy por el contrario, a reforzar sus tendencias "productivistas", a denunciar la "pereza" de aquellos que no participan activamente en esfuerzos de producción que no están necesariamente bien orientados, y a proclamar las "virtudes" del "taylorismo", del sistema de normas de control sobre los trabajadores, etc.

Todo indica que actualmente los esfuerzos de democratización no van muy lejos. En ausencia de un cambio de línea radical, era inevitable que esto ocurriera. La democratización, en efecto, abre las puertas a críticas que sólo un gobierno con una línea política profundamente revolucionaria podría aceptar. El cuestionamiento llevado a cabo por las bases de los métodos de dirección, de las arbitrariedades en las decisiones y de las desigualdades sociales en aumento no puede ser tolerado por una dirección política decidida a no cambiar nada en estos rubros.

Actualmente, los dirigentes cubanos descansan sobre un aparato administrativo colocado por encima de los trabajadores, aparato que durante años no tuvo que rendir cuentas de nada y que se beneficia con una serie de pequeños y grandes privilegios. La revisión de semejante estado de cosas —a que habría llevado el desarrollo de una verdadera democratización— habría conmovido una de las bases sociales del régimen: ni la dirección cubana ni sus "amigos" soviéticos estaban dispuestos a tal conmoción.

En estas condiciones, de las perspectivas vislumbradas el verano pasado, ya no queda más que el "productivismo", el "taylorismo", la disciplina impuesta desde arriba. Tal es la orientación que preconizan los "amigos" soviéticos y los amigos de éstos: los cuadros del antiguo partido socialista popular (comunista). La reaparición de éstos en la escena política —incluidos los menos populares, como Lázaro Peña, por ejemplo— es altamente significativa.

El proceso de degeneración que está sufriendo la revolución es, entonces, lo que explica las acusaciones absurdas e ignominiosas lanzadas contra René Dumont y K. S. Karol, cuyas obras circulan clandestinamente en Cuba y son leídas con interés, especialmente por la juventud revolucionaria y estudiantes, preocupada por las graves dificultades que afectan a su país.

Lo que buscan los lectores cubanos en estos libros, no son consignas políticas, sino hechos y datos que la prensa nacional calla, y que necesitan conocerse para dar una respuesta a las preguntas planteadas acerca de la situación del país y el estancamiento de la revolución. Por este camino podemos comprender el empeño del gobierno cubano en desacreditar estas obras a los ojos de los revolucionarios y de la juventud estudiantil: de allí la torpe acusación hecha a Karol y Dumont, de ser "agentes de la C.I.A.", de allí también —con miras

a la juventud— el énfasis puesto sobre la "edad" de René Dumont. Resulta claro, en efecto, que es en el seno de la juventud que madura una nueva generación revolucionaria, una generación que se interroga con pasión sobre la historia pasada de la revolución, sobre los errores cometidos y sobre las razones que llevaron a la aparición de nuevos privilegios, especialmente esa "alfacracia" cuya existencia simboliza el "camino soviético" emprendido por la revolución cubana.

Rodolfo Walsh

ANTES de referirme al caso Padilla, quisiera limitar la importancia del tema para los argentinos, dentro del campo ya limitado de la actividad intelectual. Aquí hemos tenido en menos de dos años el asesinato de un periodista en plena calle, el secuestro y asesinato de un abogado, la prisión del presidente de la Federación Universitaria y otros dirigentes estudiantiles, la clausura de un periódico de los trabajadores, la condena judicial de un novelista, el veto a la mejor película de nuestro cine. Todo eso, creo, debe preocuparnos más que los 37 días de encierro y la posterior humillación del poeta cubano.

Sin embargo el tema nos viene impuesto desde fuera con tanta ansiedad que parece que no pudiéramos eludirlo. 62 intelectuales, en su mayoría europeos, han descubierto en el caso Padilla el motivo para romper con la revolución cubana. Algunos son creadores importantes, otros no. Algunos han actuado políticamente, para otros la política es tan ajena como la astrofísica. Por lo menos uno de ellos ha ejercido sobre otro de ellos un tipo de censura intelectual: Carlos Franqui, director de *Revolución* en 1960, expurgó de su transcripción de *Huracán sobre el azúcar* el capítulo dedicado a la guerrilla urbana. El propio Sartre, director de *Les Temps Modernes*, recibió en 1957 del corresponsal de France Presse 30 carillas sobre los fusilamientos en la Argentina, y no las publicó.

Después del arresto de Padilla y ante un primer ultimátum de los intelectuales, Fidel Castro pronuncia un tormentoso discurso contra la "semi izquierda" intelectual de los latinoamericanos que "viven en los salones burgueses, a 10.000 millas de los problemas". Las agencias noticiosas recogen los epítetos: "ratas intelectuales", "canallas", descarados". Ese lenguaje causa consternación en Europa, parece estalinista. En realidad es cubano, casi una paráfrasis de la sentencia lapidaria de Martí en una coyuntura parecida: "Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil, el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulseras, el brazo de Madrid o de París y dicen que no se puede alcanzar el árbol".

El discurso de Fidel precipita la carta de ruptura. Ya el estalinismo no es una hipótesis: es una certeza que crece sobre el orgullo herido. Mario Vargas Llosa ha creído reconocer en la sintaxis de Padilla el influjo policial. Se supone, por ejemplo, que cuando Padilla dice "Yo he sido un cliché del desencanto" la frase se la sopla un funcionario de seguridad, quizá desencantado. En tres semanas, océano de por medio, sin evidencias, contrariando incluso la evidencia del corresponsal francés que revisa físicamente a Padilla, los 62 intelectuales concluyen que su autocrítica sólo puede haberse obtenido mediante la tortura. Excluyen la posibilidad de que la autocrítica sea sincera: o bien insincera pero dictada por la conveniencia de cualquier prisionero; y por último que Padilla, conocedor de la resonancia que un texto como el suyo iba a tener, haya elegido esa vía para librar una nueva batalla contra el gobierno de su país.

Todo el procedimiento de los 62 intelectuales me parece de una formidable ligereza. Ellos pueden ignorar lo que significó el estalinismo como construcción de un país, no pueden ignorar lo que significó en su aspecto represivo: la liquidación física de toda una dirección revolucionaria, el fusilamiento de escritores, el asesinato de Trotsky y el exterminio de centenares de miles de hombres del pueblo. ¿Dónde está el paralelo? Encandilados por la semejanza externa de un procedimiento, olvidan todo lo que hasta ayer los convirtió en defensores de la Revolución Cubana y trasladan mecánicamente la Rusia de 1937 a la Cuba de 1971. Cuando el cielo es convertido así en repentino infierno, yo pienso que el método es un arrebato, y el resultado una caricatura.

Hay todavía en ese texto dos cosas que me suenan deshonestas. La primera es el recurso al estalinismo como amuleto verbal para exorcisar fuera del continente europeo los demonios de la propia represión. La segunda, esa pretensión de que el caso Padilla "no nos alarma por tratarse de un escritor sino porque cualquier otro compañero cubano... pueda ser también víctima de una violencia y humillación parecidas". Yo pienso que si en diez años de relación con la revolución no han descubierto a "cualquier otro cubano" humillado, es, o bien porque no existe o bien porque en efecto les preocupa con preferencia la suerte de los escritores.

De Francia, de donde nos llega esta carta, también llegan a América Latina los tanques AMX-13, los aviones Mirage y los helicópteros antiguerrilla. ¿Quién podría asegurar que las palabras y las armas no se complementan: que una protesta contra supuestas torturas en Cuba no contribuirá a legalizar torturas reales en Brasil, Guatemala, Argentina? Estoy seguro de que ésa no es la intención de los 62 intelectuales, pero si alguno de ellos reflexiona más profundamente sobre el tema, quizá tengamos alguna nueva autocrítica, redactada esta vez a orillas del Sena.

José Revueltas

EN los últimos días dos hechos han afligido grandemente a los escritores revolucionarios de todos los países, digo, a los escritores que amamos con lucidez a la Revolución Cubana y que, en virtud de ese amor e inteligencia, no perdemos ni perderemos la confianza en ella.

El primero de estos hechos es la carta del poeta Heberto Padilla dirigida al gobierno revolucionario de Cuba el 26 de abril, y el segundo, la parte del discurso del compañero Fidel Castro, el primero de mayo (en el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura), en que alude desdeñosa y ofensivamente a los problemas suscitados por la prisión del poeta mencionado. He dicho aflicción y me atengo al sentido riguroso de la palabra: "tristeza y angustia moral". Ni cólera, ni desesperación, tan sólo angustia y tristeza. Los escritores no disponemos de ninguna otra herramienta que la palabra, tan buena como el martillo, como la hoz, como el tractor, pero diferente; más aun, específica. Los materiales del trabajo de esta herramienta son los sentimientos y la razón de los hombres, del hombre; a través de unos, tratamos de encontrar la otra y por medio de ésta, esclarecer aquellos. Únicamente esclarecerlos, únicamente descubrir su sentido profundo, oculto a las miradas que se ocupan de otras cosas: la mirada del herrero, la del contador público o la del político o la del estadista o del barredor de calles, miradas dignas todas ellas. Se trata, entonces, nada más de esclarecer, y aquí estamos, por supuesto, ante una tarea equivocada: la nuestra, la de los escritores. Pero entiéndase: tan equivocada como la del herrero, la del barredor de calles o la del político, lo que quiere decir, tan requerida de crítica, como la de todos, para que se haga con verdad. La verdad no se nos da hecha: tenemos que barrer la calle con limpieza, tenemos que forjar el hierro con arte, tenemos que dirigir al pueblo con principios. Tenemos que escribir con autenticidad, o sea, hemos de sumergirnos en empresas necesariamente equívocas, mezcladas con sus opuestos, con lo sucio, con lo inescrupuloso, con lo inauténtico. Lo que nos une a todos es el esclarecimiento de la tarea, la lucha contra la opacidad. Calles limpias, sí, y forjas bien hechas; pero no vamos a hacer de las calles limpias una razón de estado (a menos que se obligue a los presos políticos a barrer las calles), ni de la razón política, una verdad literaria o estética. El esclarecimiento de la tarea consiste en estar cada quien en la suya: luego, menos aun puede someterse la tarea literaria a una razón de estado, el escritor al que se obligue a barrer las calles, o al que se quiera hacer que comparta con el estado o con los partidos, aquella parte de la política que es precisamente la que no le corresponde y la que debe combatir si no quiere hacerse un cómplice más: aquella parte en que el partido o el estado se resisten a la crítica la combaten, la reprimen, la silencian, con lo cual no hacen sino reprimir, silenciar o mistificar la tarea misma del escritor, que intenta, sobre todo, esclarecerse a sí mismo pero en libertad, pues sin libertad la tarea es imposible.

Nos afligen, pues, los dos hechos de Cuba, que suscitan nuestra tristeza y angustia: la carta de Heberto Padilla y las palabras de Fidel el 1º de mayo, pero no por la materia subjetiva que presupone nuestro trabajo de escritores, los sentimientos, sino por el proceso racional que queremos esclarecer a través de ellos, ya que se trata, ante todo, de tristeza y angustia **políticas**. No; la carta del poeta Padilla no es un producto de la tortura física. Heberto Padilla dice en su carta una verdad por la cual renuncia a la verdad: se arrepiente de

haber intentado esclarecerse y se esclarece, así, mistificadamente, en la otra verdad, en la razón de estado. ¿Qué mayor fortuna para el escritor que la de oponer su obra a la razón de estado y tanto más si el estado es socialista? Los "herejes" de la Edad Media se sometían con mucha menor resistencia a las exigencias morales del "dolo bueno" que al plomo derretido en la cuenca de los ojos.

Este no es un "problema insignificante" como lo ha presentado el compañero Fidel Castro en el Congreso de la Educación y que "algunos intelectuales" imaginaron que podría tratarse en una asamblea destinada a debatir los problemas de la cultura. Sin la libertad de ésta tampoco nada, en esencia, puede ser significante.

Cárcel Preventiva, 3 de mayo de 1971

JULIO CORTAZAR

POLICRITICA EN LA HORA DE LOS CHACALES

París, mayo de 1971

De qué sirve escribir la buena prosa,
de qué vale que exponga razones y
/ argumentos
si los chacales velan, la manada se tira
/ contra el verbo,
lo mutilan, le sacan lo que quieren, dejan
/ de lado el resto,
vuelven lo blanco negro, el signo más se
/ cambia en signo menos,
los chacales son sabios en los télex,
son las tijeras de la infamia y del
/ malentendido,
manada universal, blancos, negros, albinos,
lacayos si no firman y todavía más chacales
/ cuando firman,
de qué sirve escribir midiendo cada frase,
de qué sirve pesar cada acción, cada gesto
/ que expliquen la conducta
si al otro día los periódicos, los consejeros,
/ las agencias,
los policías disfrazados,
los asesores del gorila, los abogados
/ de los trusts
se encargarán de la versión más adecuada
/ para consumo de inocentes o de crápulas,
fabricarán una vez más la mentira que corre,
/ la duda que se instala,
y tanta buena gente en tanto pueblo y tanto
/ campo de tanta tierra nuestra,
que abre su diario y busca su verdad
/ y se encuentra
con la mentira maquillada, los bocados
/ a punto y va tragando
baba prefabricada, mierda en pulcras
/ columnas y hay quien cree
y al creer olvida el resto, tantos años
/ de amor y de combate,
porque así es, compadre, los chacales lo saben:
/ la memoria es falible
y como en los contactos,
/ como en los testamentos, el diario
/de hoy con sus noticias invalida
todo lo precedente, hunde el pasado
/ en la basura de un presente
/ traficado y mentido.
Entonces no, mejor ser lo que se es,
decir eso que quema la lengua y el estómago,
/ siempre habrá quien entienda
este lenguaje que del fondo viene,
como del fondo brotan el semen, la leche,
/ las espigas.
Y el que espere otra cosa, la defensa
/ o la fina explicación,
la reincidencia o el escape, nada más fácil
/ que comprar el diario made in USA
y leer los comentarios a este texto,
/ las versiones de Reuter o de la UPI
donde chacales sabihondos le darán
/ la versión satisfactoria,
donde editorialistas mexicanos o brasileños
/ o argentinos
traducirán para él, con tanta generosidad,
las instrucciones del Chacal con sede
/ en Washington,

las ponuran en correcto castellano,
/ mezcladas con saliva nacional,
con mierda autóctona, fácil de tragar.[1]
No me excuso de nada y sobre todo
no excuso este lenguaje,
es la hora del Chacal, de los chacales
/ y de sus obedientes:
los mando a todos a la reputa madre
/ madre que los parió,
y digo lo que vivo y lo que siento
/ y lo que sufro y lo que espero.

Explicación del título: hablando de los complejos problemas cubanos, una amiga francesa mezcló los términos *crítica* y *política*, inventando la palabra *policritique*. Al escucharla pensé (también en francés) que entre *poli* y *tique*, se situaba la sílaba *cri*, es decir grito. Grito político, crítica política en la que el grito está así como un pulmón que respira; así la he entendido siempre, así la seguiré sintiendo y diciendo. Hay que gritar una política crítica, hay que criticar gritando cada vez que se lo cree justo: sólo así podremos acabar un día con los chacales y las hienas.

Diariamente, en mi mesa, los recortes
/ de prensa: París, Londres,
Nueva York, Buenos Aires, México City,
/ Río. Diariamente
(en poco tiempo, apenas dos semanas)
/ la máquina montada,
la operación cumplida, los liberales
/ encantados, los revolucionarios
/ confundidos,
la violación con letra impresa, los
/ comentarios compungidos,
alianza de chacales y de puros, la manada
/ feliz, todo va bien.
Me cuesta emplear esta primera persona
/ del singular y más me cuesta
decir: esto es así, o esto es mentira. Todo
/ escritor, Narciso, se masturba
defendiendo su nombre, el Occidente
lo ha llenado de orgullo solitario.
/ ¿Quién soy yo
frente a pueblos que luchan por la sal
/ y la vida,
con qué derecho he de llenar más páginas
/ con negaciones y opiniones personales?
Si hablo de mí es que acaso, compañero,
allí donde te encuentren estas líneas,
me ayudarás, te ayudaré a matar los chacales,
veremos más preciso el horizonte, más verde
/ el mar y más seguro el hombre.
Les hablo a todos mis hermanos,
/ pero miro hacia Cuba,
no sé de otra manera mejor para abarcar
/ la América Latina.
Comprendo a Cuba como sólo se comprende
/ al ser amado,
los gestos, las distancias y tantas diferencias,
las cóleras, los gritos: por encima está el sol,
/ la libertad.
Y todo empieza por lo opuesto, por un poeta
/ encarcelado,
por la necesidad de comprender por qué,
/ de preguntar y de esperar;
qué sabemos aquí de lo que pasa,
/ tantos que somos Cuba,
tantos que diariamente resistimos el aluvión
/ y el vómito de las buenas conciencias
de los desencantados, de los que ven cambiar
/ ese modelo
que imaginaron por su cuenta y en sus casas,
/ para dormir tranquilos
sin hacer nada, sin mirar de cerca, luna
/ de miel barata con su isla paraíso
lo bastante lejana para ser de verdad
/ el paraíso,
y que de golpe encuentran que su cielito lindo
/ les cae en la cabeza.
Tienes razón, Fidel: sólo en la brega
/ hay el derecho al descontento
sólo de adentro ha de salir la crítica,
/ la búsqueda de fórmulas mejores,
sí, pero adentro es tan afuera a veces,
y si soy me aparto para siempre del liberal
/ a la violeta, de los que firman
/ los virtuosos textos
por-que-Cu-ba-no-es-eso-que-e-xi-gen-sus-
/ es-que-mas-de-bu-fe-te,
no me creo excepción, soy como ellos, qué
/ habré hecho por Cuba más allá del amor,
qué habré dado por Cuba más allá
/ de un deseo, una esperanza.
Pero me aparto ahora de su mundo ideal,
/ de sus esquemas,
precisamente ahora cuando
se me pone en la puerta de lo que amo,
/ se me prohíbe defenderlo,
es *ahora* que ejerzo mi derecho a elegir,
/ a estar una vez más y más que nunca
con tu Revolución, mi Cuba, a mi manera.
/ Y mi manera torpe, a manotazos,
es ésta, es repetir lo que me gusta
/ o no me gusta,
aceptando el reproche de hablar
/ desde tan lejos
y a la vez insistiendo (cuántas veces lo habré
/ hecho para el viento)

en que soy lo que soy, y no soy nada,
/y esa nada es mi tierra americana,
y como pueda y donde esté sigo siendo
/ esa tierra, y por sus hombres
escribo cada letra de mis libros y vivo
/ cada día de mi vida.

Comentario de los chacales (vía México, reproducida con alborozo en Río de Janeiro y Buenos Aires): "El ahora francés Julio Cortázar... etc." De nuevo el patrioterismo de escarapela, cómodo y rendidor, de nuevo la baba de los resentidos, de tantos que se quedan en sus pozos sin hacer nada, sin ser oído más que en su casa a la hora del bife: como si en algo dejara yo de ser latinoamericano, como si un cambio a nivel de pasaporte (y ni siquiera lo es, pero no vamos a ponernos a explicar, al chacal se lo patea y se acabó) mi corazón fuera a cambiar, mi conducta fuera a cambiar, mi camino fuera a cambiar. Demasiado asco para seguir con esto; mi patria es otra cosa, nacionalista infeliz; me sueno los mocos con tu bandera de pacotilla, ahí donde estés. La revolución también es otra cosa; a su término, muy lejos, tal vez infinitamente lejos, hay una magnífica quema de banderas, una fogata de trapos manchados por todas las mentiras y la sangre de la historia de los chacales y los resentidos y los mediocres y los burócratas y los gorilas y los lacayos.

Y es así compañeros, si me oyen
/ en La Habana, en cualquier parte,
hay cosas que no trago,
hay cosas que no puedo tragar en una marcha
/ hacia la luz,
nadie llega a la luz si saca a relucir
/ los podridos fantasmas del pasado,
si los prejuicios, los tabúes del macho
/ y de la hembra
siguen en sus maletas,
y si un vocabulario de casuistas cuando no
/ de energúmenos
arma la burocracia del idioma y los cerebros,
/ condiciona a los pueblos
que Marx y Lenin soñaron libres
/ por adentro y por fuera,
en carne y en conciencia y en amor,
en alegría y en trabajo.
Por eso, compañeros, sé que puedo decirles
lo que creo y no creo, lo que acepto
/ y no acepto,
ésta es mi policrítica, mi herramienta de luz,
y en Cuba sé de ese combate contra tanto
/ enemigo,
sé de esa isla de hombres enteros que nunca
/ olvidarán la risa y la ternura,
que la defenderán enamoradamente,
que cantan y que beben entre turnos de brega,
/ que hacen guardia fumando,
que son lo que buscó Martí, lo que firmaron
/ con su sangre tantos muertos
a la hora de caer frente a chacales de dentro
/ y a chacales de fuera.
No seré yo quien proclame al divino botón
/ el coraje de Cuba y su combate;
siempre hay alguna hiena maquillada de juez,
/ poeta o crítico,
lista a cantar las loas de lo que odia
/ en el fondo de sus tripas,
pronta a asfixiar la voz de los que quieren
/ el verdadero diálogo, el contacto
por lo alto y por lo bajo: contacto con ese
/ hombre que manda en el peligro
/ porque el pueblo
cuenta con él y sabe
que está ahí porque es justo, porque en él
/ se define
la razón de la lucha, del duro derrotero,
porque jugó su vida con Camilo y el Che
/ y tantos que pueblan
de huesos y memorias la tierra de la palma:
y también el contacto
con el otro, el sencillo camarada que necesita
/ la palabra y el rumbo
para impulsar mejor la máquina, para cortar
/ mejor la caña.
Nadie espere de mí el elogio fácil,
pero hoy es más que nunca tiempo de decisión
/ y de aguas claras:
diálogo pido, encuentro en las borrascas,
/ policrítica diaria,
no acepto la repetición de humillaciones
/ torpes,
no acepto confesiones que llegan siempre
/ demasiado tarde,
no acepto risas de los fariseos convencidos
/ de que todo anda bien
/ después de cada ejemplo,
no acepto la intimidación ni la vergüenza.
Y es por eso que acepto la crítica de veras,
la que viene de aquel que aguanta en el timón,
de aquellos que pelean por una causa justa,
allá o aquí, en lo alto o en lo bajo,
y reconozco la torpeza de pretender saberlo
/todo desde un mero escritorio
y busco humildemente la verdad en los hechos
/ de ayer y de mañana,
y te busco la cara, Cuba la muy querida,
/ y soy el que fue a ti
como se va a beber el agua, con la sed
/ que será racimo o canto.

Revolución hecha de nombres,
llena estarás de errores y desvíos, llena estarás
/ de lágrimas y ausencias,
pero a mí, a los que en tantos horizontes
/ somos pedazos de América Latina,
tú nos comprenderás al término del día,
volveremos a vernos, a estar juntos, carajo,
contra hienas y cerdos y chacales de cualquier
/ meridiano,
contra tibios y flojos y escribas y lacayos
en París, en La Habana o Buenos Aires,
contra lo peor que duerme en lo mejor, contra
el peligro de quedarse atascado en plena ruta,
de no cortar los nudos a machetazo limpio,
así yo sé que un día volveremos a vernos,
buenos días, Fidel, buenos días, Haydée,
/ buenos días, mi Casa,
mi sitio en los amigos y en las calles, mi
buchito, mi amor, mi caimancito herido
/ y más vivo que nunca,
yo soy esta palabra mano a mano como otros
/ son tus ojos o tus musculos,
todos juntos iremos a la zafra futura,
al azúcar de un tiempo sin imperios ni esclavos.
Hablémonos, eso es ser hombres: al comienzo
fue el diálogo. Déjame defenderte
cuando asome el chacal de turno, déjame estar
/ ahí. Y si no lo quieres,
oye, compadre, olvida tanta crisis barata.
/ Empecemos de nuevo,
di lo tuyo, aquí estoy, aquí te espero; toma,
/ fuma conmigo,
largo es el día, el humo ahuyenta
/ los mosquitos. Sabes,
nunca estuve tan cerca
como ahora, de lejos, contra viento y marea.
/ El día nace.

(1) Un solo ejemplo: "Padilla recuperó la libertad después de una declaración de "autocrítica" en que "confesó" haber proporcionado informes secretos a Cortázar... etc (Cable de UPI, París, 12/V/71, publicado en El Andino, periódico de Argentina).

MARIO BENEDETTI

LAS PRIORIDADES DEL ESCRITOR

POR fin explotó la bomba. Durante años, el asunto fue postergado, esquivado, pasado por alto. Pero estaba ahí. Si algo hay que agradecerle al episodio Padilla, es que de algún modo haya sido el detonante de un problema al que era necesario meterle mano: las relaciones entre cultura y revolución, con candentes subtemas como libertad de expresión para el escritor, posibilidad de crítica dentro de una sociedad socialista, inmunidad o vulnerabilidad del artista, etc. En esa postergación todos somos en cierta manera responsables, desde los políticos revolucionarios hasta los intelectuales autotitulados (con razón o sin ella) de izquierda, pero la mayor responsabilidad cabe sin duda a los intelectuales, ya que si bien su profesión es, para decirlo algo esquemáticamente, **pensar**, ese pensamiento no debe ser un quiste mental, sino una capacidad en desarrollo, una forma de vitalidad, que oiga, comprenda e interprete la quemante realidad contemporánea, y no se instale cómodamente en un estrado de pureza, sobre todo verbal, desde el cual dicte normas, formule exigencias, juzgue conductas, y dictamine cómo deben ser las revoluciones y hacia dónde deben dirigirse.

Es claro que esa capacidad en desarrollo, para ser tal, debe sufrir constantes ajustes, algunos de los cuales pueden originar comprensibles rechinamientos en la formación burguesa del intelectual. No hay que olvidar que, unos más, otros menos, todos nos hemos educado en un contexto social y pedagógico absolutamente dominado por la burguesía. Aun aquellos técnicos, profesionales o artistas, provenientes de las clases populares, han pasado por esa criba, y a la vista está que en el tránsito son inevitables las adherencias y los prejuicios que manufactura y promociona la burguesía. Pero es en ese rechinamiento provocado por sus aprensiones, es en ese instante difícil, cuando el intelectual progresista se define. A partir de ese arduo trance, asumirá una condición definidamente revolucionaria o simplemente se inscribirá en el ala más o menos liberal de la burguesía. Tengo la impresión de que en este momento estamos asistiendo a una coyuntura de ese tipo, y que esta vez se trata de una instancia verdaderamente decisiva. Yo no diría que la nueva frontera ha de pasar entre los intelectuales revolucionarios y los simplemente liberales (los definidamente contrarrevolucionarios hace rato que se decidieron, aunque algunos de ellos simulen haberse pronunciado sólo ahora, frente al caso Padilla); más bien estimo que esa línea divisoria pasará entre los intelectuales que se atengan estrictamente a los esquemas que heredaron, y aquellos otros que decidan re-

pensar la situación, re-pensarse a sí mismos, y (sin abdicar su condición de intelectuales o de artistas) otorgar prioridad a la revolución.

En **El 18 Brumario de Luis Bonaparte**, escribió Marx: "No hay que compartir la limitada concepción de que la pequeña burguesía tiene por principio hacer triunfar un interés egoísta de clase. Ella cree, por el contrario, que las condiciones **particulares** de su liberación son las condiciones **generales** fuera de las cuales la sociedad moderna no puede salvarse ni evitarse la lucha de clases. No hay, pues, que imaginarse que los representantes demócratas son tenderos o que se entusiasman por éstos. Pueden, por su cultura y su situación personal, estar separados de ellos por un abismo. Lo que los hace representantes de la pequeña burguesía es que su cerebro no puede sobrepasar los límites que el pequeñoburgués no sobrepasa en su vida y que, por consecuencia, se ven teóricamente impulsados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a los que su interés material y su situación material impulsan prácticamente a los pequeñoburgueses. Tal es, de una manera general, la relación que existe entre los representantes políticos y literarios de una clase y la clase que representan."

Frente a los recientes y estruendosos manifiestos de los intelectuales europeos, y latinoamericanos en Europa, parece muy claro que unos y otros no pueden "sobrepasar los límites que el pequeñoburgués no sobrepasa en su vida". Estos intelectuales de la izquierda europea (tanto los que provienen de los agrupamientos tradicionales como los que hoy se afilian a esa nueva impugnación que tanto seduce a Sartre) no han conseguido hasta ahora un solo triunfo en su propio solar geográfico. Pero eso mismo parece provocar en ellos una inconfesa fruición, ya que, de acuerdo con su formación y con sus esquemas, la derrota es artísticamente mucho más aprovechable que la victoria. Quizá por esa razón (y en esto los siguen fervorosamente los latinoamericanos de París o Barcelona) se muestran tan entusiasmados con la Revolución de Mayo, la de París, que fue una revolución frustrada, y tan agraviados con la Revolución Cubana, que es una revolución triunfante.

No hay que olvidar que la Revolución de Mayo, si bien tuvo un solo muerto (una persona que cayó al Sena), provocó en cambio 250 libros. Para el intelectual europeo, o para el latinoamericano que secretamente aspira a serlo, las revoluciones frustradas tienen la ventaja innegable de que no originan los desagradables, incómodos, trabajosos problemas que enfrenta una revolución en el poder. Y en cambio, qué buenos temas significan para el escritor (Goytisolo, Semprún, Fuentes, y otros firmantes, lo saben mejor que nadie), con toda su secuela de frustraciones, amarguras, complejos de inferioridad, discusiones hasta la madrugada, equitativa distribución de culpas, y etcéteras no menos aprovechables desde el punto de vista estético. Lástima que, por lo común, las revoluciones no se emprenden por motivos estéticos, sino por razones de justicia social.

Los intentos de liberación en América Latina cuentan también con muchas derrotas (y por supuesto con muchos más muertos que la gesta de mayo, pero si bien no suelen originar centenares de libros, en cambio provocan nuevos intentos de liberación, cada vez más tenaces. La derrota del Moncada se transforma, años después, en la victoria sobre la dictadura; los sucesivos reveses del FRAP en Chile se convierten luego en el contundente triunfo de la Unidad Popular. Y los fracasos sufridos en Guatemala, Santo Domingo, Brasil, Bolivia, Argentina, Venezuela, más que temas adecuados para libros o artículos o manifiestos lucubrados desde Europa, son inapreciables lecciones para alcanzar las victorias que inexorablemente aguardan en el futuro a los actuales derrotados.

Curiosamente no fue un europeo, sino un latinoamericano, el peruano José Carlos Mariátegui, quien en 1925 formuló opiniones tan lúcidas que podrían aplicarse sin más trámite a la situación actual: "Entre los descontentos del orden capitalista, el pintor, el escultor, el literato, no son los más activos y ostensibles: pero sí, íntimamente, los más acérrimos y enconados. El obrero siente explotado su trabajo. El artista siente oprimido su genio, coartada su creación, sofocado su derecho a la gloria y a la felicidad. La injusticia que sufre le parece triple, cuádrupe, múltiple. Su protesta es proporcionada a su vanidad generalmente desmesurada, a su orgullo casi siempre exhorbitante. Pero, en muchos casos, esta protesta es, en sus conclusiones, o en sus consecuencias, una protesta reaccionaria. Disgustado del orden burgués, el artista se declara, en tales casos, escéptico o desconfiado respecto al esfuerzo proletario por crear un orden nuevo. Prefiere adoptar la opinión romántica de los que repudian el presente en el nombre de su nostalgia del pasado. Descalifica a la burguesía para reivindicar a la aristocracia. Reniega de los mitos de la democracia para adoptar los mitos de la feudalidad."

Los manifiestos europeos, sobre todo el de los 62, tienen evidentemente un aire feudal. Sartre, los Goytisolo, Enzensberger, Moravia, Carlos Fuentes, Vargas Llosa y los demás, le comunican a Fidel Castro su **cólera y su vergüenza** por haber invadido su feudo. Padilla es escritor. Ergo: Padilla es inocente. Y si él mismo admite sus culpas, seguramente ha sido torturado. Al parecer, los 62 opinan que sólo con torturas es posible que un escritor admita sus culpas. Porque un escritor, claro está, **no puede** ser culpable. ¿Saben los firmantes si en Cuba se cometieron injusticias contra algún tornero, algún estudiante, algún enfermero, algún biólogo, algún tractorista? Seguramente se habrán cometido, porque una revolución está hecha por hombres, y los hombres son tremendamente falibles. Pero ni a las agencias capitalistas ni a los intelectuales de **La Coupole**, les interesa averiguar posibles situaciones que no afecten al clan literario. Es cierto que en su manifiesto le tiran un eventual cabo a obreros y técnicos ("no nos alarma por tratarse de un escritor sino porque cualquier compañero cubano —obrero, técnico o intelectual— puede ser víctima de una violencia y una humillación parecidas"), pero la verdad es que ignoran todo lo que no sea Padilla; la verdad es que nunca se han preocupado **colectivamente** por otros temas. "Yo pienso", dice el escritor argentino Rodolfo Walsh (en artículo publicado en **La Opinión**, 26 de mayo de 1971), "que si en diez años de relación con la revolución no han descubierto a «cualquier otro cubano» humillado, es, o bien porque no existe, o bien porque en efecto les preocupa con preferencia la suerte de los escritores".

La Revolución Cubana podrá mantener una lucha titánica contra el cerco capitalista, contra la desigualdad social, contra las plagas, contra las bandas mercenarias, contra el subdesarrollo, contra el bajo nivel de cultura; pero en los últimos años esa brega no despierta adhesiones en el pudoroso equipo. Sólo el caso Padilla pone a prueba sus reflejos y enciende su dignidad. El resto: que se pudra. Uno tiene la impresión de que los 62 (¡qué modelo para armar!) estaban esperando, con visible ansiedad, el primer pretexto para desafiliarse. Tenían tan minuciosamente preparado el arsenal de acusaciones sobre torturas y estalinismo, que no perdieron tiempo en indagaciones, no corrieron el riesgo de averiguar que sus sospechas no tenían fundamento.

Aquí mismo, en este Uruguay donde la policía viola diariamente la vida privada y familiar; donde los ciudadanos son confinados después que el juez decreta su libertad; donde se copia directamente del nazismo el liberticida y despótico Registro de Vecindad; donde el ministro del Interior alienta a las bandas fascistas y estimula la delación; donde la censura no sólo prohíbe determinadas palabras sino comentarios y hasta indirectas referencias a las mismas; donde la tortura policial ha sido denunciada y comprobada en investigaciones parlamentarias; aquí, en este Uruguay 1971, la prensa latifundista, banquera, entreguista, autocolonizada, tiene el descaro de mencionar la palabra **miedo** en relación con el caso Padilla. Podría traer aquí mi testimonio, en relación con dos prolongadas permanencias en Cuba, durante las cuales tuve estrecho contacto con la vida cultural de la isla y hasta podría decir que seguí muy de cerca el inicio de la actual situación. (Necesariamente debo remitir al lector a mi artículo, "Situación actual de la cultura cubana", aparecido en MARCHA, 27 de diciembre de 1968, y posteriormente incluido en el volumen **Cuaderno cubano**, Arca, Montevideo, 1969. Allí hice una detallada referencia a la primera fase del caso Padilla, cuando su libro **Fuera del juego** obtuvo el premio de poesía de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y su actitud fue acerbamente criticada en la revista **Verde Olivo**, bajo la firma de Leopoldo Avila.) Podría dejar expresa constancia de que el miedo no es ingrediente de la Cuba actual: ni en el sector de la cultura ni en ningún otro campo. Podría testimoniar que los sucesos políticos y las medidas que propicia el gobierno, son ampliamente discutidas por las bases, sin ninguna inhibición, ni de parte de los dirigentes ni de parte de

los ciudadanos; que la autocrítica es allí un hecho cotidiano, ejercido y asumido con toda espontaneidad y sin que medie otro estímulo que no sea la muy lógica presión social en un país que diariamente está jugando su destino y su supervivencia. Esa naturalidad en el ejercicio de la autocrítica empieza por supuesto en la máxima dirigencia. ¿Quién habrá torturado a Fidel Castro para que éste, ante un millón de cubanos, asumiera la responsabilidad mayor del revés sufrido en la zafra del 70? Podría traer estos testimonios y muchos más. Pero sospecho que quienes no le otorgan al gobierno revolucionario cubano (que siempre ha sido extraordinariamente respetuoso del ser humano y de sus derechos dentro de la revolución) un aval de confianza, mucho menos me lo van a otorgar a mí, como simple o individual testigo de ese proceso.

Hay quien no se conforma con la fe, y creo que hace bien. Pero tampoco hay que descartarla; tampoco hay que minimizar la confianza que merezca una revolución, ya que en términos políticos la fe no se construye en base a milagros sino en base a realizaciones concretas, no se levanta con ciega beatificación sino con historia. Y la fe, la confianza (de ojos bien abiertos) que la Revolución Cubana puede merecer a quienes creemos en el destino revolucionario de nuestra América, está basada en el arduo, espinoso camino que en doce años lleva recorrido. Con el pretexto de descartar la fe, y exigir irrefutables pruebas, y poner sobre el tapete la palabra **miedo**, se está demostrando de algún modo que la verdadera fe (todo lo amarga que se quiera) la reservan estos objetores para la supervivencia del estalinismo. Aunque explícitamente no lo diga, es evidente que el equipo europeo considera que el estalinismo es un camino por el que fatalmente ha de transitar el socialismo, ya que no vislumbra ninguna forma de evitarlo. Si un escritor ejerce su autocrítica, tiene que haber sido por miedo, o debido a torturas. Si en el pasado (europeo, no faltaba más) la autocrítica fue un resultado de torturas y miedo, en el presente cubano debe ser obligatoriamente el resultado de los mismos factores. Más que a dialéctica marxista, este traslado automático se asemeja a perezosa retórica, a esquema inflexible y, en el fondo, reaccionario. Más que una falta de fe en la Revolución Cubana, revela una falta de confianza en el ser humano, en la capacidad de cambio del ser humano.

Sartre, el más notorio de los firmantes europeos, decía, pocas semanas después del Mayo parisiense: "Lo que hay de admirable en el caso de Castro, es que la teoría nació de la experiencia en lugar de precederla". Sin embargo, en pleno 1971, la teoría del equipo europeo sobre el carácter "estalinista" de la actual política cubana, no nace precisamente de una experiencia en Cuba, sino de todas las prevenciones y todos los prejuicios que ha dejado en ellos una experiencia europea. Por eso no es admirable: porque el trasplante es indudablemente apresurado, tendencioso, liviano y falaz.

También los agresivos epítetos del discurso de Fidel suenan a estalinismo en los oídos europeos y europeizados. Cito otra vez a Walsh: "Ese lenguaje causa consternación en Europa, parece stalinista. En realidad es cubano, casi una paráfrasis de la sentencia lapidaria de Martí en una coyuntura parecida: «Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil, el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulseras, el brazo de Madrid o de París y dicen que no se puede alcanzar el árbol.»" Pero esto es comprensible: los de Europa saben su Stalin de memoria, pero de Martí no conocen ni las tapas. Y hacen mal. Si lo conocieran, se ahorrarían algunos lapidarios pronósticos y además aprenderían una lección, esa sí de dignidad, proveniente de un escritor que, sesenta años antes que el Che, estableció claramente su escala de prioridades, y, a pesar de escribir decenas de libros que lo colocan en el mejor nivel literario de este continente mestizo, optó (y dio su vida) por la revolución.

El procedimiento en sí de la autocrítica implica una dosis de modestia que (caso Padilla aparte) fastidia a muchos intelectuales, a quienes sobre todo alarma un eventual contagio de ese prurito. Qué problema sería para muchos de los 62, si tuvieran que autoflagelarse por su denodada participación en la revista **Mundo Nuevo**, editada en París, no faltaba más, y sostenida por el Congreso por la Libertad de la Cultura, a su vez reconocidamente financiada por la benemérita CIA. Qué problema si tuvieran que autodenostarse por su

no menos esforzada participación en otra empresa tan meritoria como aquélla, la anunciada revista **Libre**, financiada esta vez con fondos provenientes de la tan honorable como explotadora familia Patiño. Es posible asimismo que la violenta reacción frente a la autocrítica de un escritor, sea de alguna manera la tácita confesión, por parte de los firmantes, de que sólo en un cepo podrían autocriticarse. A veces el escritor traspapela libertad con vanidad. Y justamente esta última palabra quizá sea una adecuada clave para entender el episodio, ya que en el caso de ese intelectual-tipo que firma el ruidoso documento, "su protesta" (como decía Mariátegui) "es proporcionada a su vanidad generalmente desmesurada, a su orgullo casi siempre exorbitante". Después de todo, ¿por qué un escritor no puede autocriticarse? En este instante, y desde Montevideo, no puedo saber si Padilla es sincero o insincero; su trayectoria posterior dirá la última palabra, ya que la última palabra es siempre la actitud. Sin embargo, pienso que en la trayectoria de un escritor que avanza, que se mueve, que no se convierte en una ordenada estantería de libros, cada nueva obra es de algún modo una autocrítica con respecto a la anterior, ya que siempre hay algo que uno aprende del mundo y de sí mismo, siempre hay algo que de pronto nos hace ver claro en un error ya impreso. Así que no jeringuen más con el estalinismo habanero. Ustedes, los 62, son creadores, tienen imaginación; déjenle esa fósil terminología a la UPI, a la SIP, al Congreso por la Libertad de la Cultura.

Y bien, aunque al lector pueda parecerle un poco tarde, sólo ahora llegamos al título: las prioridades del escritor. Por supuesto me refiero al escritor de izquierda. Las prioridades no pueden ser las mismas para Jorge Luis Borges que para David Viñas; para Germán Arciniegas que para García Márquez. Pero en el caso, ya más definido, del escritor revolucionario, las prioridades tienen que ser las mismas que para cualquier otro militante de la revolución, sea éste intelectual, albañil o bombero. O sea que el trato prioritario siempre será para la revolución; sin que ello signifique que se elimine como obrero, como intelectual, como campesino, como militar, como lo que efectivamente sea en su vida ciudadana. ¿Estarán de acuerdo los 62 en esta prioridad? Sería bueno que lo dijeran, porque a lo mejor ahí empieza el deslinde, y no exactamente en el caso Padilla.

El Che, en uno de los **Pasajes de la guerra revolucionaria**, concretamente el referido a Alegría de Pío, relata un dilema, y su solución, en estos términos: "Quizás ésa fue la primera vez que tuve planteado prácticamente ante mí el dilema de mi dedicación a la medicina o a mi deber de soldado revolucionario. Tenía delante una mochila llena de medicamentos y una caja de balas, las dos eran mucho peso para transportarlas juntas; tomé la caja de balas, dejando la mochila para cruzar el claro que me separaba de las cañas." En esa coyuntura, el Che, médico y revolucionario, rápidamente se decidió por este último carácter; sin embargo, no dejó de ser médico. Y en toda la etapa insurreccional, y, muchos años después, en la sacrificada campaña de Bolivia, además de revolucionario siguió siendo médico y actuando como tal cuando era necesario. Pero su prioridad estuvo decidida desde el 5 de diciembre de 1956, en el combate de Alegría de Pío.

Es un caso ejemplar, y por lo tanto extremo. No estoy proponiendo que el escritor deje el bolígrafo por la metralleta, aunque a veces se haya dado, y pueda darse, el caso. La prioridad se refiere aquí a actitudes, a perspectivas, a puntos de vista, pero también a riesgos. Salvadas las distancias, cada escritor tiene seguramente en su itinerario (pasado o futuro) una modesta Alegría de Pío, un instante en que debió decidirse frente a un hecho concreto, una alternativa ante la cual debió determinar su escala de prioridades. Los escritores (¿revolucionarios?) de París y Barcelona, en esa disyuntiva, parecen haberse decidido por la literatura. No reaccionaron como revolucionarios legítimamente preocupados por una instancia difícil de la revolución, sino sencillamente como literatos ofendidos, como celosos guardianes de un feudo que consideraron invadido. De ahí la cólera y la vergüenza (aunque es posible que, a medida que pase el tiempo, vayan sintiendo cada vez menos cólera y más vergüenza). De ahí el ruidoso portazo, a fin de que no quede salida ni ocasión para autocríticas como la de Luigo Nonno, para bajas como las de García Márquez, Bareiro y Barral (que firmaron el primer documento pero no el segundo) o para poemas como

"Policrítica en la hora de los chacales", donde Julio Cortázar dice cosas como: "Tienes razón, Fidel, sólo en la brega hay el derecho al descontento", o "Me aparto para siempre del liberal a la violeta, de los que firman los tortuosos textos, porque Cuba no es eso que exigen sus esquemas de bufete". ¡Pensar que entre los 62 está Carlos Franqui, periodista cubano, que el 29 de diciembre de 1962, cuando dirigía el periódico **Revolución**, recibió una carta del Che, con este consejo premonitorio: "Considero que la verdad histórica debe respetarse: fabricarla a capricho no conduce a ningún resultado bueno."

Cuando el escritor revolucionario tiene claro ante sí mismo que lo primero es la revolución, curiosamente no se siente disminuido como escritor, sino más realizado, quizá como consecuencia natural de que se siente más realizado como ser humano. Creo que era también Mariátegui quien recordaba que Oscar Wilde, en su ensayo **El alma humana bajo el socialismo**, en la liberación del trabajo veía la liberación del arte. Del trabajo como alienación, claro. Pues bien, el escritor revolucionario que otorga prioridad (en sus escritos y en sus actos) a la revolución, trabaja de algún modo por esa desalienación del hombre, y en consecuencia por la liberación del arte. Pero tampoco en este aspecto los de Europa consiguen salir de sus esquemas, de sus moldes inflexibles; si se sugiere que un escritor ha de otorgar prioridad a la revolución, inmediatamente piensan en el realismo socialista. Es automático. Son así, qué se va a hacer. Con el cómodo pretexto de que están (¿quién no?) contra el realismo socialista, arremeten contra la realidad y contra el socialismo. Pero eso sólo muestra una increíble falta de imaginación (más grave cuando se trata de creadores de arte), ya que aparentemente no conciben que haya, para un escritor, otra manera de inscribirse artísticamente en la revolución. En última instancia, lo que el realismo socialista tuvo de malo, fue que no era realista ni socialista, ya que proponía un mundo esquemático, maniqueo, cuando la realidad es mucho más compleja, más rica, más nutricia, que aquella instantánea en blanco y negro; y, por otra parte, el socialismo es una concepción profundamente humana, que poco o nada tiene que ver con aquel juego de marionetas. Pero eso no significa que no haya, fuera del llamado **realismo socialista**, una y mil formas de tratar artísticamente el contexto social.

Vargas Llosa, otro de los firmantes, se ha pronunciado varias veces sobre estos temas, sosteniendo, por ejemplo, que la función de la literatura ha de ser **siempre** subversiva, y, por otra parte, que el escritor debe ser una suerte de buitre que esté **siempre** dando vueltas sobre la carroña. Cada uno por su lado, tanto Juan Marinello como Oscar Collazos ya han refutado el carácter subversivo del escritor en una sociedad socialista. Quienes escriben literatura subversiva dentro del mundo capitalista, en su mayoría dan por sentado que, una vez subvertido ese orden y remplazado por el revolucionario, su misión de subversión estará cumplida. Continuar tratando de subvertir un orden que entonces sería socialista, significaría sencillamente pasar a militar en la contrarrevolución. Es una regla de mínima coherencia: sólo los negadores profesionales pueden no entenderlo. Dentro de la revolución cabe perfectamente la literatura crítica, y sobre todo una **actitud** crítica, pero siempre **dentro** de la revolución y no **fuera** de ella, como ya lo advirtió Fidel, no ahora, sino en 1961, en sus "Palabras a los intelectuales".

Ni la libertad es siempre la misma (decía el Che: "No se puede oponer al realismo socialista "la libertad", porque ésta no existe todavía, no existirá hasta el completo desarrollo de la sociedad nueva") ni el escritor siempre puede ser un buitre. Si lucha porque se establezca un régimen de justicia social, una vez logrado éste, ya no es cuestión de seguir siendo buitre sobre esa justicia social, porque ésta no es carroña sino campo feraz. Probablemente, el intelectual deba volver a la fórmula socrática de convertirse en tábano, a fin de contribuir a que la sociedad siga siempre despierta. Pero aparentemente, para algunos escritores, es demasiado arduo esto de pasar de amenazante buitre a modesto tábano. En cuanto a los sobados temas de la libertad y el individualismo, creo que todos, escritores, lectores, y el mundo en general, tenemos mucho que aprender, ya que las cosas están cambiando a impresionante velocidad, y esa urgencia exige a veces insospechables sacrificios.

Recuerdo que Carlos Maggi señaló hace un tiempo en el Paraninfo de la Universidad de Montevideo que a veces se le piden urgencias al escritor, cuando en realidad la obra literaria, la obra artística, es una creación a más largo plazo. Y es cierto. La creación artística es por lo general una empresa a largo plazo. Pero, ¿no tendremos los escritores que sacrificar a veces la posibilidad de la obra a largo plazo para atender de algún modo esta urgencia? Si otros sacrifican la vida, y no es metáfora, ¿no podremos nosotros sacrificar ese mínimo, algo de esa apuesta a la posteridad? Esto no significa que, contemporáneamente con la literatura urgente, no hagamos otro tipo de literatura, una literatura más calma, en el rumbo de nuestro propio gusto, y capaz de satisfacer, a lo mejor, el gusto de las generaciones que vendrán. No postulo que el escritor se coloque una mordaza en relación con los temas y los rubros no urgentes, sino que haga algo en la zona de la urgencia, simplemente eso.

Hace algunos meses un escritor amigo, compañero y militante, me confesaba: "Hay días en que no puedo ni quiero escuchar a Bach, a Beethoven, a Mozart, porque me ablandan, y lo que yo necesito es cada vez más ánimo". Quizá a otros, en días como ésos, nos pase algo semejante con Proust o con Kafka. Si los 62 se enteran de estas imprudentes confesiones, dirán que postulamos una lista negra para esos genios. De modo que quizá convenga aclarar desde ahora que no somos tan estúpidos. Por el contrario, inscribirnos hoy en una militancia antioligárquica y antimperialista, con sus riesgos adjuntos, también incluye la aspiración y el derecho a sentarnos un día, en pleno sosiego y sin mala conciencia, a escuchar a Mozart y a leer a Proust.

Desde esa misma militancia, la preocupación del escritor no puede ni debe ser la del creador aislado, ensimismado, incontaminado, ese clásico oficiante de la desgarradura, para quien la promiscuidad ideológica suele ser un síntoma de independencia, una acentuación del carácter individualista, y, en última instancia, una afirmación de su bien atendida vanidad. Y así como el célebre **boom** y su lubricado mecanismo publicitario (que, por supuesto, excede, pero no descarta la responsabilidad del escritor) tienen principalmente en cuenta un tratamiento intensivo de esa misma vanidad, la instancia que con urgencia necesita el escritor revolucionario es una cura de modestia: saber a conciencia, y saberlo entrañablemente, que no es justo que la literatura, que el arte todo, sean meras islas de pureza, islas de ensueño, islas de sexo, ni tampoco islas de simple valor decorativo. Dentro de la mentalidad todavía burguesa del escritor profesional, la gran audacia consiste en evadirse, por la fantasía o por la crueldad, por el hermetismo o por el juego verbal, por la frivolidad erótica (no por lo erótico profundo, que siempre será un tema cardinal) o por la estructura compleja, para iniciados. Reconozcámoslo de una vez por todas: son los diversos y talentosos modos de darle, quizá no la espalda, pero sí el flanco, al pueblo. Para el escritor revolucionario la gran audacia debe ser mirar de frente a ese mismo pueblo, pero no para subestimarlo y contarle y cantarle boberías, sino para aprender de él y también para enseñarle, pero todo ello en un dinámico intercambio, en un diálogo fértil, en una educación recíproca. Sólo entonces cabe entender algo que en 1930 pudo parecer una utopía de Gramsci: "Todos los hombres son intelectuales, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales". La más urgente tarea de los intelectuales revolucionarios es quizá la de disolverse como casta intocable, integrándose en el pueblo a que pertenecen, y hacerlo mediante el esfuerzo, modesto pero invalorable, de ayudar a que todo hombre recupere esa función de intelectual de que hablaba Gramsci; de hacerle saber que sí puede desempeñarla, ya que la función de intelectual no es un privilegio sino un derecho, no es una regalía sino un compromiso.

"¿Cómo ser un intelectual en una estructura social que me cuestiona como tal?", se pregunta Ernst Fischer, pero se lo pregunta dentro de un contexto socialista, y ahí reside quizá su más grave desenfoque; porque si la estructura social de un mundo socialista cuestiona a un intelectual, es porque éste se siente ajeno a ella; si el intelectual se inserta en la estructura social, sólo podrá ser cuestionado cuando esa estructura se cuestione a sí misma, pero en ese caso el intelectual ya no será cuestionado como un producto exterior sino como una de sus células, como uno de sus componentes. Acaso sea éste el método más natural para evolucionar hacia un cambio fundamental en la escala de prioridades,

ya que inscribiéndose en el pueblo, sintiéndose pueblo, es mucho más fácil que la prioridad pase a ser, efectiva y normalmente, la revolución. Por el contrario, inscribiéndose en una elite del intelecto, sintiéndose clan sacrosanto e inculpado, es caso obligatorio que la prioridad sea el individualismo, o, en otros casos, la libertad en su acepción burguesa, esa libertad que no tienen inconveniente en defender los oligarcas criollos, el **Reader's Digest**, Germán Arciniegas y los Cuerpos de Paz.

¿Le interesa a la revolución latinoamericana ese concepto de la libertad? ¿Le interesa jugar el partido en un terreno donde el imperio tiene las ventajas del locatario y donde sus bien remuneradas claques funcionan a la perfección? ¿Le interesa ir pasivamente al encuentro de las leyes, liberales o conservadoras, que la clase dominante creó y articuló como instrumento y soporte de sus intereses cuantiosos? Es esa misma clase dominante la que nos ha impuesto su concepto de la libertad. Nos ha colonizado también en ese rubro, pero su libertad no coincide con la nuestra. Más aun: su libertad existe a partir de nuestra dependencia. ¿Podemos, frente a esa malversación, caer en la trampa de la objetividad? ¿Objetividad para quién, para qué? ¿Podemos imponernos la objetividad, cuando mientras tanto el enemigo prohíbe, encarcela, confisca, castiga, nada más que por ejercer, ya ni siquiera el derecho de opinión, sino el de la mera información? Gran receta la objetividad, insuperable fórmula, para cuando se reinicie el juego limpio. Mientras tanto, reclamo mi derecho a ser subjetivo, a poner no sólo la verdad sino también mi pasión, en defensa de lo justo, en defensa de mi país, en defensa de mi próximo prójimo. Demasiado desequilibrio de fuerzas ocasiona de por sí la ética revolucionaria, pero éste sí es un principio del que no podemos abdicar. La revolución acusa, pero no calumnia; la revolución puede incluso llegar a ejecutar, pero nunca a torturar; la revolución pone tremendo énfasis en sus verdades, pero no miente. Éstas son desventajas que inexorablemente la historia convierte luego en ventajas, pero mientras tanto, qué amargura no ha de sentir el revolucionario que se ve diariamente avasallado por la mentira; y una mentira que, en manos de especialistas, imita perfectamente el estilo de la verdad.

Por eso, cuando se reclaman pruebas, pruebas, y más pruebas, y se las reclama después que Padilla está en libertad y trabajando como traductor y sin el menor indicio de haber sido torturado ni presionado, no puedo dejar de pensar que semejante reclamo no toma en cuenta el desequilibrio de fuerzas. Porque, ¿qué pruebas dio la reacción, a escala internacional, cuando difundió profusamente la noticia de que Fidel Castro había matado al Che? ¿A cuántos simpatizantes de la Revolución Cubana no confundió esa calumnia abyecta? Ahora sí tenemos pruebas, pruebas y más pruebas, de quiénes mataron al Che; y por supuesto ya nadie las niega. Seguramente no las niega ni siquiera el periodista argentino Adolfo Gilly, que tanto contribuyó a difundir la infamia, y que hace años está preso, no en la Cuba revolucionaria que en 37 días soltó a Padilla sin un rasguño, sino en el México democrático, el de la matanza de Tlatelolco (una de las más monstruosas masacres que puede exhibir la sufrida historia de América Latina), que, dicho sea de paso, no provocó en su momento ningún manifiesto colectivo de los 62 de Europa. Ahora sí sabemos qué asesinos ultimaron al Che prisionero, herido e indefenso. Ahora sí tenemos las pruebas, pero qué tarde.

Entonces, ¿pruebas de qué? Hasta ahora lo único que se puede probar es que Padilla no fue torturado. Frente a las histéricas declaraciones del notorio gusano Juan Arocha, residente en Europa desde hace varios años y por lo tanto geográficamente inhabilitado para dar testimonio de algo que ahora mismo sucede en Cuba: frente a sus acusaciones de que Padilla fue torturado, está el testimonio del corresponsal francés que (no desde París sino en La Habana) revisó físicamente a Padilla y no halló huellas de torturas ni de violencia en el recién liberado.

Creo que ha llegado el momento de que los 62 se vayan de a poco convenciendo de algo que en Montevideo, en Buenos Aires, en Santiago de Chile, en La Habana, en Lima, en Bogotá (mis únicas dudas se refieren a México y su rampante **maffia** literaria), ya se ha hecho carne en la gran mayoría de los escritores: **se acabó la diversión.** El escritor, por su sola condición de tal, no goza de ninguna inmunidad, de ningún derecho sacrosanto. Dentro de la revolución, su derecho debe ser ganado como el de cualquier revolucionario, o sea: corriendo su riesgo, comprometiendo su destino.

En 1968 presenté una ponencia en el Congreso Cultural de La Habana sobre las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual, y allí mencioné que la misión natural del intelectual dentro de la revolución era "ser algo así como su conciencia vigilante, su imaginativo intérprete, su crítico proveedor". Bueno, espero que nadie imagine que he sido torturado cuando me hago esta autocrítica: aquel párrafo, tal como lo escribí hace tres años, ya no tiene mi aval. El escritor revolucionario puede ser indudablemente la conciencia vigilante de la revolución, pero no como escritor sino como revolucionario. En realidad, **todo** revolucionario (desde el campesino hasta el dirigente político, desde el intelectual hasta el obrero) debe ejercer esa conciencia vigilante. Este pequeño matiz, esta módica autocrítica, es tan sólo un detalle de lo que me ha pasado, de lo que **nos** ha pasado a muchos escritores latinoamericanos desde 1968 a la fecha. Sencillamente, nos ha sucedido que en el trance de elegir entre revolución y literatura, hemos optado por la primera. La elegimos, es claro, sin abandonar ni renunciar a la literatura. La elegimos como razón de vida, como impulso, como motor creador de esa misma literatura. Y en 1971, cuando hacemos esta elección, ya no consideramos (como parecen haberlo creído los 62 en pasados idilios) que la revolución es un edén político, con dirigentes perfectos, pueblos impolutos, jueces infalibles. De ningún modo. Admitimos que la revolución conlleva errores, desajustes, desvíos, esquematismos. Pero la asumimos con su haz y con su envés, con su luz y con su sombra, con sus victorias y con sus derrotas, con su limitación y con su amplitud. Porque, aun con todos los malogros, con todas sus carencias, la revolución sigue siendo para nosotros la única posibilidad que tiene el ser humano de recuperar su dignidad y realizarse a sí mismo; la única posibilidad (mediata o inmediata, según los casos) de rescatarse de la alienación en que diariamente lo sume el orden capitalista, la presión colonial.

Y esa prioridad es decisiva. No para juzgar estilos, estructuras, escuelas, ni por supuesto para medir talentos. Esta prioridad es simplemente decisiva para saber quién está con nosotros, y quién con el enemigo. Y esto no es maniqueísmo, sino deslinde en plena batalla. En 1968 publiqué en MARCHA un poema sobre el cual (para tranquilidad de los 62) no me hago ninguna autocrítica y que concluía así:

hay una sola grieta
decididamente profunda
y es la que media entre la maravilla del [hombre
y los desmaravilladores
aún es posible saltar de uno a otro borde
pero cuidado
aquí estamos todos
ustedes y nosotros
para ahondarla
señoras y señores
a elegir
a elegir de qué lado
ponen el pie.

ANGEL RAMA

UNA NUEVA POLITICA CULTURAL EN CUBA

I

LA nueva línea cultural cubana resulta escamoteada tras el estrépito de una querella intelectual particularmente esquemática, que sólo atiende a sus manifestaciones más exhibicionistas —como la autocrítica de Heberto Padilla— sin reparar en la asunción de posiciones prácticas que han de afectar la producción intelectual y artística. A un lado los fiscales y al otro los acólitos, sin contar los viejos sustentadores de la estética soviética que consideran llegada la hora de su reivindicación y de su tardía justificación, parecería que no queda sitio preservado donde se analice honrada y seriamente la trasmutación cultural de Cuba. Es éste un primer daño: la asunción de la nueva línea cultural —que por otra parte hace años fuera diseñada y propuesta— se hace en medio de una tormenta polémica, en un clima emocional que contamina las resoluciones del Primer Congreso de Educación y Cultura y el intemperante discurso de clausura de Fidel Castro.

Considero esta nueva línea cultural como un error que puede ocasionar perjuicios notorios a la literatura y el arte cubanos y por ende hispanoamericanos. Esta posición que he mantenido públicamente, para otros planteos —aunque emparentables— dentro de los países socialistas, también la he sostenido privadamente en discusiones y cambios de puntos de vista con muchos de los escritores y responsables culturales cubanos. Dado que todo ha pasado a tener estado público es públicamente que debemos analizar el punto. Lo haré en una serie de notas, partiendo de los deslindes previos y de las cuestiones de método que estimo imprescindibles para enmarcar un debate intelectual de este tipo dentro del pensamiento de la izquierda.

Una cosa es la revolución cubana y otra los errores de la revolución. Bien infantil sería pretender que la revolución cubana, proceso social vertiginoso, está exenta de errores, como no sólo infantil sino también malintencionado sería pretender invalidarla por esos errores. Sin embargo ambas posiciones se han manejado y dado que éste es un debate dentro de la izquierda conviene alertar sobre las primeras, muestra de un partidismo estrecho y acrítico que ha tendido a reconocer los errores de la revolución sólo después que sus dirigentes lo hicieran, vedándose todo análisis objetivo de la realidad que comportara discrepancias con las líneas establecidas. El mejor ejemplo es reciente: nada más honesto, valiente y necesario para la marcha de una sociedad que el reconocimiento del fracaso económico de la zafra de los diez millones por parte

de Fidel Castro, aunque conviene anotar que las críticas que en el mismo sentido dirigieron previamente los economistas extranjeros a todo el proyecto, fueron objeto de menosprecio cuando no de acusación política. Para entender este primer deslinde, en lo concerniente a los problemas culturales, puede traerse a colación el texto de un dirigente venezolano de quien habrá que hablar más adelante con relación a otros puntos. Me refiero a Teodoro Petkoff, quien hace unos años escribía a Edmundo Aray diciéndole: "Creo que a estas alturas es posible ver que las exigencias del difícil oficio de intelectual de izquierda comprometido de verdad son mayores que las no poco importantes, desde luego, de ser un mejor divulgador de la revolución cubana. Supongo que una definición breve de esa condición del intelectual de izquierda sería la de gran desmitificador. Condición que requiere sobre todo un rigor extremado con la propia conciencia".

Un segundo deslinde anota que unos son los problemas de la construcción del socialismo en un determinado país y tiempo y otros los de las luchas populares en las sociedades burguesas, de tal modo que no pueden trasladarse mecánicamente las soluciones de un campo a otro. Diría que ni siquiera es íntegramente aprovechable, sin un proceso de trasmutación poderosa, la experiencia acumulada históricamente; en el ciclo de las revoluciones socialistas de nuestro siglo es evidente la originalidad de todas ellas con respecto a las anteriores, así como el esfuerzo vano de cada una para proponerse como modelo a las siguientes. El último ejemplo de esta serie es la teorización de la revolución cubana como modelo que llevara a cabo Régis Debray en su **¿Revolución en la Revolución?** que él mismo concluyera criticando en una honrada evaluación que puede leerse en su carta a la **Monthly Review** de febrero de 1969 donde hay una interesante meditación sobre todo el problema. Pero si esto ocurre con los modelos revolucionarios también se lo puede extender a las diversas soluciones culturales que se derivan de la marcha de la construcción socialista. Creo improbable que en América Latina los universitarios propongan que el rector de las universidades sea designado directamente por el ministro de Cultura, fórmula que se utiliza en Cuba y en los países socialistas. La cautela y el deslinde que para este caso concreto no dejarán de manifestar los universitarios de las sociedades hispanoamericanas, señalando que se trata de situaciones bien distintas, no se cumple igualmente, por desgracia, cuando se trata de literatura y arte. En estas disciplinas la tendencia mimética aparece de modo irrefrenable, proponiéndose la adopción lisa y llana de soluciones específicas ajenas. Buena parte del problema que sigue viviendo la creación artística dentro del socialismo mundial procede de la insistencia en mantener un determinado modelo, el que asumió la cultura soviética en la década del treinta, trasladándolo a cualquier otra situación cultural, época o sociedad, incluso ahora cuando ha entrado en crisis dentro de la propia Unión Soviética y ha de disolverse en formas superiores no previsibles. Si ese modelo no ha dado mucho resultado en otras sociedades socialistas, menos lo ha alcanzado en las sociedades burguesas. Este deslinde aspira a precaverse contra el intento de asumir soluciones cubanas en las letras hispanoamericanas de un modo indiscriminado y sin considerable reacondicionamiento previo a nuestras situaciones específicas. Dentro de este segundo deslinde cabe un último consejo que estimo oportuno: los pueblos en lucha por la transformación de sus países nunca deben hacer depender esa lucha de los conflictos que ocurren en otros lugares fuera de su posibilidad de acción directa. En definitiva ellos siempre están solos, a pesar de todas las solidaridades, y deben tener conciencia de esta responsabilidad y esta autonomía con que actúan.

Un tercer deslinde apunta a problemas más restrictamente cubanos y dice que una cosa es la destrucción del antiguo régimen y otra la construcción de la nueva sociedad, pudiéndose agregar que esta última nunca será una fórmula esclerosada a la que hay que llegar sino un continuo social de incesante transformación, lo que hace que muchas teorizaciones que tratan de expresarla queden rápidamente atrás de su evolución y no logren manifestarla, deviniendo de hecho en retardadoras del proceso. Comprender esto exige una cierta práctica de un pensamiento dinámico que modernamente ha resultado asimilado por el marxismo bajo las especies de la dialéctica —aunque tiene otras formas— pero que no siempre se percibe en los escritores, ni siquiera en aquéllos educados dentro del socialismo. Es obvio que la situación cubana actual no es la de los años iniciales de la revolución y que tampoco pueden ser las mismas las formas culturales del país. Sin embargo la intelectualidad cubana se aferró a un texto del año 1961, las **Palabras a los intelectuales** con que Fidel Castro concluyó los tres días de debates en la Biblioteca Nacional motivados en lo inmediato por la prohibición del filme **PM** y causantes de la desaparición del semanario cultural **Lunes** que publicaba el diario **Revolución** que dirigía Carlos Franqui, autor del libro **Los doce** y firmante hoy, desde Europa donde reside, del manifiesto de los sesenta y uno sobre el caso Padilla. Aquel texto, que podemos considerar transaccional, fue el que permitió el funcionamiento de la vida intelectual cubana durante una década, la organización o desarrollo de sus grandes cuerpos culturales (la Unión de Escritores, la Casa de las Américas, el Instituto de Cultura Cinematográfica, el Consejo Nacional de Cultura, la Editora Nacional, etcétera) y la producción de la literatura y la pintura cubanas que resultaron muy originales respecto a otros países socialistas. (Podrían verse, en este sentido, las anotaciones de Graziella Pogolotti acerca de las reacciones del público de los países socialistas europeos ante las exposiciones itinerantes de pintura cubana en los primeros años de la revolución.) El texto de Fidel Castro de 1961 fue aceptado como cartilla, nunca fue discutido directamente, pero comenzó a reinterpretárselo desde 1968 en una evidente manifestación de la pugna de diversas teorías artísticas que se fueron observando en diversas incidencias culturales. No ha habido, en lo que conozco, un debate amplio y franco de las diversas posiciones; las nuevas situaciones porque fue atravesando la revolución no tuvieron su equivalencia en regulaciones y acomodaciones en el campo de la estética. Quizás de ello derive la violencia con que se instaura la nueva línea cultural cubana que testimonia el retraso en que había quedado, respecto a la evolución de la sociedad cubana, la definición cultural que se utilizaba.

A estos problemas de deslinde creo que deben agregarse algunas consideraciones metodológicas para situar mejor el debate. Una de las repercusiones culturales de la condición de subdesarrollo económico en que vivimos, tanto Cuba como los países hispanoamericanos, es la falta de información sobre los asuntos del mundo contemporáneo, incluidos aquellos que nos conciernen más directamente. No hay en nuestros países ni tiempo, ni recursos, ni posibilidades educativas, ni materiales que nos permitan un conocimiento cabal de los procesos que mueven el mundo. A eso se agrega en el caso de Cuba el bloqueo criminal con que se ha intentado separarla de Hispanoamérica y, entre nosotros, las urgencias de la hora. Por todo ello la información sobre las actividades culturales cubanas se ha reducido en los últimos años, siendo menor que en los iniciales donde los informes sobre las primeras creaciones de la revolución establecieron una imagen que quedó esclerosada, muchas veces aceptada sin examen posterior detallado. Agréguese que América Latina es un continente desmembrado, hijo de la balcanización imperial, donde carecemos de comunicación interna —que ha venido cumpliendo para la izquierda la propia Cuba bloqueada— y donde en este mismo momento de alboroto en torno a Padilla, en el sur se ignora la declaración de los escritores y artistas mexicanos que encabeza José Revueltas (quien estuvo años en la cárcel de Lecumberri a consecuencia de la agitación estudiantil que culminó con la matanza de Tlatelolco de 1968) censurando la posición oficial cubana, del mismo modo que en Venezuela se ignoraba la posición de uruguayos congregados por Mario Benedetti, defendiéndola. Creo que todas esas posiciones, como asimismo estas aportaciones, confesémoslo, padecen de desinformación en mayor o menor grado, por lo que sería preferible que sustituyéramos altisonantes proclamas con un intento de conocimiento conjunto del problema.

Asimismo es imprescindible que con elemental criterio marxista no nos limitemos a considerar posiciones intelectuales y teorías estéticas, desgajándolas del contexto social, ignorando las vinculaciones de la superestructura cultural con la infraestructura económica, lo que puede llevarnos a disquisiciones superficiales sobre la autocrítica de Padilla, y que en cambio reinsertemos los problemas culturales en su cauce socioeconómico mayor. Probablemente entonces percibiremos la estrecha relación que existe entre la nueva política cultural cubana y la nueva política económica, que

puede que no haya interesado a los escritores extranjeros pero que es una instancia capital del futuro de Cuba, como lo serán, cuando se conozcan, los términos del nuevo acuerdo azucarero con la Unión Soviética que sustituyó el vigente hasta 1970.

En estas cuestiones de método hay otro aspecto que es indispensable abordar previamente porque está siendo manejado con suma imprudencia por los partidarios de la posición oficial cubana: es el que dice que cualquier crítica pública o cualquier discrepancia sirve al enemigo: a la derecha y al imperialismo. En un plano todavía más extremado tal actitud se desbordó a una inculpación sin pruebas de toda posición discrepante o crítica atribuyéndolas a acción financiada por la CIA, acusando a sus sostenedores de agentes de la CIA. Una posterior corrección de la Casa de las Américas no es mejor dado que se limita a reconocer que algunos de los críticos europeos y latinoamericanos no son miembros de la CIA pero que sin embargo hacen "libremente" lo que la CIA quiere que hagan, lo que vale el reconocimiento de una contribución a las economías de la poderosa central de inteligencia norteamericana. Es obviamente una insensatez que delata el clima de erizado emocionalismo en que se viene planteando la línea cultural cubana y que se define en la fórmula que ha utilizado Fidel Castro, "ratas intelectuales", para referirse a los escritores de la izquierda que le hacen partícipe de su "vergüenza" y su "cólera" por la autocrítica de Padilla. Existe un curioso texto de la Revolución Cubana. **La teoría de la superestructura** de Edith García Buchaca, quien fue directora del Consejo Nacional de Cultura, hasta el proceso al sectarismo y que en 1961 escribía, en sus instrucciones sobre la crítica: "La crítica a la obra intelectual, cuando se realiza contra el enemigo, contra el escritor o artista al servicio de las fuerzas imperialistas, contrarrevolucionarias, tiene que ser una crítica demoledora, no sólo por los argumentos, por su contenido, también por el lenguaje que se utilice, por su forma. Por el contrario, cuando la crítica se ejerce sobre la obra de un escritor o artista amigo ésta debe tener un carácter constructivo, debe estar hecha en tono amistoso y no agresivo o despectivo, lo cual no le restará nunca a la crítica su fuerza y su rigor en cuanto al contenido." Es obvio que Edith García Buchaca manejaba como modelo las celebérrimas fórmulas de la **Literatúrnaia Garrieta** de los años estalinistas que hicieron de tantos escritores "hienas al servicio del Departamento de Estado", cosa que después desapareció de las publicaciones soviéticas. Ese modelo se aplica en estos momentos, no a los escritores de la derecha sino a los de la izquierda y es evidente que estamos ante una escalada que concluirá con toda posibilidad de estudio serio. Por eso conviene reaccionar fuertemente porque sus consecuencias son demasiado perjudiciales. Ni siquiera Padilla osó, en su autocrítica, llamar a Ensenberger, agente de la CIA, como ahora deja entender la Casa de las Américas, dentro de la cual él trabajó. Si se produce una puja en materia de insultos habremos afectado la vida intelectual de todos, ya que las diatribas están sustituyendo a los argumentos como el famoso texto borgiano, y a las ideas se responde con inculpaciones "ad hominen" como en el patio del conventillo.

Desde el momento que se ha hecho pública la autocrítica de Padilla —al menos en el exterior adonde la remitió Prensa Latina, en tanto parece reservada dentro de la isla para su exclusiva publicación por la revista "Casa"— el debate ha abandonado el cenáculo o el comité donde lo teníamos resguardado y pasó a la vía pública. No hay por qué tenerle miedo y creo que bien situado en un nivel de digna capacitación intelectual, demostraría el grado de vida adulta a que habría llegado la izquierda. Es eso lo que ha venido ocurriendo, de modo progresivo, con el **Diario de Bolivia** del Che Guevara que fue difundido tanto por la derecha como por la izquierda. La edición española, creo que de Ciencia Nueva, fue autorizada por la censura madrileña, salvo que vetó la inclusión del prólogo de Fidel Castro, en una demostración del doble uso a que podía llegar el material. Es obvio que tal manejo no podía llevar al escamoteo del **Diario** sino a la elucidación crítica y pública de sus múltiples aspectos.

Dicho todo esto hay que situarse ante el tema, diciendo en primer término que no se trata de una crisis de la cultura cubana sino de un proceso, es decir, de un movimiento evolutivo que se viene diseñando desde hace años, más exactamente desde 1968, con diversas manifestaciones que muestran el progreso de las proposiciones enfrentadas. La prisión y la autocrítica de Padilla, que han tenido tan desmesurada consideración en Cuba y fuera de ella, forman parte del proceso pero están lejos de constituir su centro. Puede estimarse que su importancia mayor tiene que ver con la preparación del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, en cuyas conclusiones influyó, dado que su detención y confesión fueron inmediatamente previas a la apertura del congreso. El proceso se inicia en 1968 con la campaña de **Verde Olivo** contra las instituciones intelectuales Casa de las Américas y Unión de Escritores debido a sus concursos, se manifiesta en el ministerio Llanusa y en la política cultural incipiente —en su momento muy polemizada— de Lisandro Otero al frente del Consejo de Cultura, alcanza su primera teorización oficial en el artículo "Sobre algunas corrientes de la crítica y la literatura en Cuba" y los posteriores difundidos por el comité central del partido, se prolonga en formas elípticas como las referidas a la crítica literaria, se intensifica con las críticas de Fidel Castro a los intelectuales del exterior a las que se suma Casa de las Américas, se traduce en diversas reuniones y mesas redondas sobre los cambios sociales y sus repercusiones sobre la literatura, adquiere máxima jerarquía con el ingreso ministerial de Luis Pavón, uno de los artífices o instrumentos de esta nueva política, culminando con las resoluciones del Congreso de Educación y Cultura que con su autoridad Fidel Castro respalda y precisa.

Este proceso de tres años, apuntado en algunos de sus momentos llamativos es paralelo a otras dos líneas: la que tiene que ver con la organización de la economía y la política cubanas a través de la comparecencia en la televisión de Fidel Castro sobre Checoslovaquia, la ofensiva revolucionaria de marzo de 1968, la zafra de los diez millones, la reestructuración democrática del partido y la nueva política económica; la otra línea tiene que ver con una serie de críticas que se van escalonando en el exterior en el mismo período, pertenecientes a amigos o simpatizantes de la revolución: quizás la fórmula más antigua haya sido el nuevo análisis de Cuba por parte de Huberman y Sweezy y la más reciente el ensayo de Hans Magnus Enzensberger en la revista **Kursbuch** que él dirige en Alemania, sobre el funcionamiento del Partido Comunista Cubano.

II

"A doce años de revolución es hora de quebrar la estructura de «Frente Único» y optar por los intelectuales de dentro y fuera de nuestro país que han abrazado con fidelidad y convicción la causa revolucionaria." Este juicio sobre el discurso de Fidel Castro en la clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura (abril 1971) pertenece a Lisandro Otero, novelista, ex-director del Consejo de Cultura en el ministerio Llanusa y actual diplomático. Creo que sintetiza bien las implicaciones de la nueva línea cultural cubana y permite calibrar la transformación hábida en un lapso de sólo tres años, los que van del Congreso Cultural de La Habana de enero de 1968 a hoy. También nos permite observar ese período desde el ángulo de las relaciones que con la Revolución Cubana han tenido los intelectuales, especialmente los extranjeros (y uso aquí la palabra con el sentido que le otorgaba Wright Mills en sus ensayos preparatorios para el análisis del aparato cultural, o sea como creadores dentro del campo humanístico).

Como es sabido, uno de los sectores sociales que intensamente contribuyó a apoyar, difundir y explicar la Revolución Cubana, fue el representado por los intelectuales y los artistas. Éstos procedían de un abanico muy amplio de filosofías y de políticas, yendo estas últimas de los liberales a los comunistas, e incluyendo en las primeras a marxistas, existencialistas, cristianos, etc., pero lo que los aglutinó realmente fue lo que alguien definió en 1968 como una **"conciencia de justicia y de moral universal"** construida a partir de la experiencia agresiva del imperialismo, por lo cual esa conciencia devenía, primordialmente, una conciencia antimperialista. Así se expresó Fidel Castro en el discurso de clausura del Congreso Cultural de La Habana, donde celebró la acción libre de los intelectuales no encuadrados en estructuras partidarias o iglesias, como la manifestación de una legítima vanguardia universal.

Pero además aglutinó a los intelectuales en apoyo de la Revolución Cubana, la línea cultural por ella establecida a partir de las difundidas "Palabras a los intelectuales" (junio 1961) y aun más desde su apli-

cación práctica una vez concluido el período del sectarismo (marzo 1964). Tal línea, que fue inicial y transaccional, establecía un amplio campo operativo para la cultura tranquilizando así la inquietud despertada por la asunción de la doctrina socialista. Estatuyó con inquietante desenvoltura, que delataba el confesadamente escaso trato de estos temas, una libertad total en las formas literarias, dedicándole al punto esta referencia rápida: "Se habló aquí de la libertad formal. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que se respete la libertad formal. Creo que no hay duda acerca de este problema." Estatuía además una libertad limitada para los contenidos, indicándose que ellos funcionarían sólo dentro del vasto campo de la revolución y no contra él, dándose por sobreentendido cuál era y dónde quedaba situado ese límite, quizás fácil de sentir y de vivir pero difícil de codificar en reglamentos burocráticos.

Esa apertura cultural resultó especialmente acentuada —hasta grados de distorsión de los problemas culturales— por el rechazo de las soluciones estéticas que había alcanzado la Unión Soviética en el segundo período de la revolución —que en asuntos literarios comienza en 1934 con el Primer Congreso de Escritores— a través de las sabidas fórmulas de Zdhánov sobre el "realismo socialista". Tal rechazo adquirió peso y coherencia al ser insertado por Eresto Che Guevara en una crítica global al escolasticismo marxista, proponiendo la investigación y desarrollo de una nueva teoría política, una nueva teoría económica, y, de hecho, una nueva teoría cultural. En materia de literatura ésta postulaba el explícito alejamiento de las fórmulas del "realismo socialista" soviético, acusado de "formas congeladas" donde pervivía el realismo del XIX que era también un arte de clase, aunque Guevara ya iniciaba esa crítica, toda ética, a "nuestro siglo decadente y morboso" que ha reflorecido en las fundamentaciones más morales que sociales de recientes textos cubanos. **"El socialismo y el hombre en Cuba"** que Ernesto Che Guevara remitiera en marzo de 1965 a Carlos Quijano, consagraba la política cultural abierta aunque ya testimoniaba perplejidad ante sus consecuencias, lo que sería punto de arranque de posteriores cuestionamientos.

En todo caso esta opción estética, que no iba más allá de una libertad grande para el manejo de las formas literarias preexistentes a la revolución de 1959 junto a un uso frecuente aunque no exclusivo de los temas revolucionarios, explica la adhesión de la intelectualidad cubana y de la mundial perteneciente a la izquierda independiente, era situada, entre el radicalismo burgués y los integrantes del Partido Comunista. De hecho, por lo tanto, apuntaba a un distanciamiento de la congelada estética soviética apelando en cambio a las teorías que comenzaban a abrirse paso entre los marxistas de Occidente.

Hay que anotar aquí y destacar claramente, ya que aspiramos a un debate honrado, que la intelectualidad comunista, tanto la de los países socialistas como la de los partidos de Occidente, no dejó de apoyar con calor a la Revolución Cubana a pesar de no coincidir con su orientación estética. Los escritores manifestaron adhesión firme y disciplinada a la causa cubana aunque no concordaran con muchas obras literarias que venían de la isla —pienso en **Paradiso** de Lezama Lima, por ejemplo—, ni participaron de las tareas culturales de los institutos cubanos bastante esquivos para invitarlos o para publicar sus obras, y ni siquiera adoptaron una posición beligerante cuando se produjeron ataques contra sus filas como el que en carta abierta dirigieran los escritores cubanos a Pablo Neruda.

Mientras ellos mantenían su actitud solidaria con Cuba en tanto proceso social, simultánea a una cauta discrepancia con su línea artística donde veían confusión ideológica y remanencias de arte burgués decadente, los restantes intelectuales de una izquierda mal encuadrada en las estructuras político-partidarias, cumplieron diversas funciones: difusión y propaganda en el exterior, robustecimiento de esa línea cultural amplia en lo interior, coparticipación en un frente único antimperialista y revolucionario, que se aproximaba y a veces se identificaba con las tesis cubanas sobre la lucha insurreccional. Lo complejo y confuso de esta situación se percibe cuando se anota la coincidencia de estructuras mentales nada revolucionarias en materias culturales (lo que confirmaba la observación dura de Guevara "la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original: no son auténticamente revolucionarios") con posiciones revolucionarias, muchas meramente verbales y retóricas pero otras profundas y prácticas, que recogían en asuntos políticos y sociales las tesis de la dirigencia cubana.

El momento óptimo en las relaciones de este sector intelectual con Cuba, así como el trasfondo político de tal acción cultural confusa, quedó tipificado en el Congreso Cultural de 1968, con las palabras de Fidel Castro al clausurarlo: "Y nosotros, a fuer de sinceros, podríamos decir que muchas veces hemos visto cómo determinadas causas que más afectan al mundo de hoy, cómo determinadas agresiones, cómo determinados crímenes, han encontrado más apoyo, más protesta y más combatividad en grupos de trabajadores intelectuales que en organizaciones de tipo político de las cuales era de esperarse la mayor combatividad". Y con respecto a la ideología de ese nuevo grupo de trabajadores intelectuales, en alusión a los textos del marxismo occidental, especialmente Louis Althusser y su discípulo Régis Debray que fueron muy especialmente atendidos en ese período, agregaba: "Pero necesita el marxismo desarrollarse, salir de cierto anquilosamiento, interpretar con sentido objetivo y científico las realidades de hoy, comportarse como una fuerza revolucionaria y no como una iglesia seudorrevolucionaria". No sólo estaba refiriéndose a las discrepancias tácticas y estratégicas dentro del socialismo mundial, sino a una interpretación de la doctrina que, apoyándose en los marxistas de los países occidentales, consideraba posible disputar a los soviéticos, visibles destinatarios del calificativo de "iglesia". Índices de esta posición podrán encontrarse en las páginas de la revista **"Pensamiento crítico"**.

Aunque el Congreso Cultural de La Habana no formuló ninguna doctrina estética —sus debates versaron preferentemente sobre actitudes revolucionarias de los intelectuales— puede considerarse un buen índice del espíritu reinante la potencia del mexicano Adolfo Sánchez Vázquez sobre **"Vanguardia artística y vanguardia política"**, la cual puede aproximarse a un texto algo anterior, de R. Fernández Retamar, publicado en la revista **"Casa"** en enero de 1967: **"Vanguardia artística, subdesarrollo y revolución"**. Ambos coinciden en un mismo afán futurista, más que en la comprobación de realidades presentes: la coincidencia de la vanguardia política con la vanguardia artística. Para Sánchez Vázquez tal coincidencia ya se habría evidenciado en Cuba, aunque no proporciona ejemplos, ni ellos son muy notorios hasta el momento. Son notorios en cambio: la difusión de obras literarias pertenecientes a la vanguardia europea de entre ambas guerras (la tan llevada trilogía narrativa de Proust, Joyce y Kafka) que los jóvenes escritores cubanos reclamaron y obtuvieron de la Editora Nacional que en ese entonces dirigía Alejo Carpentier; la utilización en la poesía y la prosa literarias así como en la pintura, del repertorio de recursos y formas que generaron los escritores y pintores de la vanguardia europea y norteamericana, con ingeniosas trasmutaciones, como la que hace del "Marilyn Monroe" de Andy Warhol el gran panel dedicado a Martí por Raúl Martínez; una tensión inestable entre el despliegue de la fantasía y la participación temática en programas revolucionarios, lo que evidenciaría dificultades de integración.

Para que Sánchez Vázquez o Fernández Retamar revindicaran la posibilidad de integrar ambas vanguardias, debían previamente manejarse con algunas correcciones recientes (sobre todo de Fischer y Garaudy) respecto al juicio negativo del socialismo sobre la vanguardia artística europea, intentando, como en el coloquio praguense sobre el concepto de decadencia en la estética marxista, un desglose entre el trasfondo decadente de la sociedad capitalista y sus formas creativas, todo lo cual no ha hecho sino prolongar la dicotomía forma y fondo pero al menos ha permitido liberar —y utilizar— los ricos recursos artísticos del arte vanguardista "ideológicamente decadente" de un Kafka o de los poetas surrealistas, sin los cuales probablemente no hubiera habido poesía contemporánea.

Creo que está aquí uno de los centros cuestionados por la nueva línea cultural cubana, dado el manejo de los conceptos de "decadencia" y "arte revolucionario" que aparecen en las resoluciones del Congreso de Educación y Cultura y en el discurso corroborante de Fidel Castro. Para que este cambio operado se torne más notorio conviene evocar el mes de enero de 1967 en la cultura cubana, utilizando tres sucesos coincidentes: la declaración del Comité de Colaboración de la revista "Casa", el homenaje a Rubén Darío en el centenario de su

nacimiento y un coloquio de intelectuales con Fidel Castro.

El Comité de Colaboración de "Casa" condenó en esa ocasión los productos de la industria cultural que deforman a las masas, el abierto o disimulado bloqueo cultural del continente y todas las formas del arte degradado, para afirmar en cambio: "Más que nunca es el momento de decir hasta qué punto estamos convencidos de que la más irrestricta libertad creadora es atributo capital de la revolución a que aspiramos, y que por eso no rechazamos ninguna técnica, ningún procedimiento, ninguna forma de aproximación a las diversas zonas de la realidad. Creemos que el más alto rigor y la más extrema calidad de labor intelectual y artística son siempre revolucionarios porque constituyen el alimento del futuro y dan a la causa del hombre su exigente hermosura. Todo arte genuino sirve a esa causa y debe ser estimulado y defendido, independientemente muchas veces de los propósitos de su autor. Pero al mismo tiempo postulamos la necesidad, igualmente imperiosa, de que el escritor asuma su responsabilidad social y participe con su obra, o con lo que la circunstancia pueda señalarle, en la lucha por la liberación de los pueblos latinoamericanos." El texto es categórico: entiende que todo arte genuino sirve a la causa de la humanidad en forma revolucionaria y le confiere confianza aun en los casos en que no postula obligadamente una prédica revolucionaria. El distingo que posteriormente se debatió entre "literatura de la revolución" y "revolución en la literatura" —que es una elaboración tardía de un planteo discutido en la época del "Opoiaz" soviético entre formalistas y contenidistas proletarios— aquí se soluciona por la aceptación de la doble vía y su unificación al contribuir igualmente a la creación del hombre enriqueciendo sus potencialidades. Obsérvese en cambio, en el discurso de Fidel Castro del 30 de abril de 1971, el siguiente pasaje definitorio: "Nuestra valoración es política. No puede haber valor estético sin contenido humano. No puede haber valor estético contra el hombre. No puede haber valor estético contra la justicia, contra el bienestar, contra la liberación, contra la felicidad del hombre." Estas palabras parecen apoyar en especial la asunción programática hecha por el Congreso de educadores, quienes partiendo de un diagnóstico sobre el significado político y parcializado de la obra de arte, establecen una línea de funcionamiento específico para el creador: "El intelectual revolucionario ha de dirigir su obra a la erradicación de los vestigios de la vieja sociedad que subsisten en el período de transición del capitalismo al socialismo". No sólo se reduce aquel amplísimo campo de la creatividad cultural libre que en todas sus manifestaciones genuinas contribuía al hombre, situándoselo ahora dentro de una voluntaria y explícita asunción del cometido político de la obra de arte, sino que además se imparte una tarea concreta en esa zona política que corresponde a la que se estima una tarea urgente: es la erradicación de los vestigios de la vieja sociedad; mañana puede ser la contribución a planes concretos de edificación del país. Analizaremos luego esta doctrina; aquí sólo quiero apuntar el camino recorrido en los últimos años.

Otro hecho fue el homenaje a Rubén Darío, en el centenario de su nacimiento, que explícitamente se convocó como homenaje al creador de **Cantos de vida y esperanza.** Tal libro, tal autor, por sí solos marcan la misma distancia, señalada antes, respecto a los lineamientos que acaba de asumir la cultura cubana, replanteando el problema de las diversas formas de transformación revolucionaria de una cultura. Prácticamente no se discute hoy que Rubén Darío modificó sustancialmente, junto con los restantes modernistas, la poesía de lengua española, incorporando nuestro continente al concierto universal, creando un repertorio de formas, lengua poética, ritmos, invenciones, no sólo válidos en sí sino también progenitores de la mejor creación posterior. Tampoco creo que se discuta que Rubén Darío no se ajustaba a un modelo de escritor revolucionario como lo fue Martí, y ante una fiscalía moral puede que el hombre resulte hoy muy culpable.

Pero además Darío se ajusta en todo a ese modelo de escritor latinoamericano europeizado que ha resultado el insólito chivo expiatorio de los conflictos culturales del momento. Darío pasó los últimos quince años de su vida en Europa y fue allí que escribió y publicó su mejor libro, esos **Cantos de vida y esperanza** que se festejaron en Varadero, Cuba, en 1967. Creo que el homenaje fue justo y por lo tanto no veo justificada, además de ser incoherente, la serie de ataques a algunos escritores latinoamericanos que residen en Europa. Enumerar los grandes libros que se escribieron fuera de tierras latinoamericanas sería largo: baste recordar que piezas maestras como los **Versos sencillos** de Martí, **España aparta de mí este cáliz** de Vallejo o **El señor presidente** de Asturias, son obra de expatriados, sin contar la nutrida creación de páginas por Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Octavio Paz, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y ahora la última obra de García Márquez **El otoño del patriarca** que se ha venido elaborando en Barcelona, así como pienso que los cuentos de Rubén Bareiro Saguier que premió la "Casa de las Américas" se deben de haber escrito en París, donde vive hace años el escritor paraguayo. Desde las razones de exilio político a las de simple turismo bien rentado son innumerables los motivos que llevan a escritores fuera de su país y en particular a Europa, por lo cual parece muy simplista todo enjuiciamiento global que no atienda a motivos y a frutos. La vieja frase acerca del conocimiento del árbol por sus frutos podría aducirse aquí, agregando que muchas veces las posibilidades mínimas de creación pudieron asegurarse mejor desde Europa que en las propias tierras latinoamericanas. Pero en la crítica subyace no sólo un enjuiciamiento ético sino simultáneamente la compulsión revolucionaria que ha puesto en interdicto la creación artística misma por el sistema del llamado régimen de prioridades, no siendo sino una forma particular de aquel dictamen de Sartre estatuyendo que para los escritores del Tercer Mundo la prioridad consistía en su transformación en maestros de primeras letras abandonando su oficio o vocación propia, con lo cual la literatura se hubiera desarrollado solamente a través de los escritores de los países capitalistas desarrollados. El absurdo a que conducía permitió poner de relieve el peligro de estos regímenes prioritarios que se estatuyen para otros y que han tenido incidencia casi exclusiva sobre las disciplinas literarias o artísticas pero no igualmente para otras de la cultura.

El tercer hecho que consignábamos en el año 1967 fue una larga conversación con Fidel Castro de un núcleo de escritores cubanos y extranjeros reunidos en el Museo de Artes Decorativas de La Habana y de la cual creo que han dado testimonio en su oportunidad Mario Vargas Llosa y Emmanuel Carballo. De los múltiples asuntos allí abordados interesa a estos efectos la discusión sobre el caso de los escritores Siniavski y Daniel, que habían sido detenidos y condenados por la justicia soviética por haber divulgado en el exterior obras literarias contrarias al país. Las opiniones eran variadas dentro del equipo cubano allí presente y el propio Fidel Castro no tenía conocimiento detallado del punto, pero en cambio defendía como principio general el derecho de los escritores inculpados a expresarse y a divulgar libremente su posición. Interrogado acerca de cuál sería su posición si se hubiera tratado de un caso cubano afirmó que, de disponer de papel suficiente para atender las otras obligaciones educativas de la sociedad, no habría vacilado en dar a conocer las opiniones críticas de ambos, dado que entendía conveniente que el país conociera y enfrentara las censuras que se ejercieran dentro de él.

El espíritu de ese año 1967, que, digámoslo muy rotundamente, no nacía del oportunismo de escritores contrarrevolucionarios cubanos o extranjeros como ya ha comenzado a escribirse en un intento de alterar la historia, sino de su propia dirigencia, ese espíritu se definió en la propuesta para convocar a una conferencia de intelectuales del Tercer Mundo, propuesta recogida e instrumentada rápidamente por las autoridades, lo que permitió su convocatoria y realización en enero de 1968, dentro de los lineamientos anotados que correspondían a una posición que en ese mismo año entraría en crisis, al punto que ese congreso es el último acto de un acuerdo generalizado del sector intelectual del frente único. La modificación se consolidará en el discurso de Fidel Castro de marzo de 1969 que se tituló "ofensiva revolucionaria", pero sus efectos internos ya se habían visto en la campaña preparatoria del semanario de las fuerzas armadas, **Verde Olivo**, así como en los lineamientos de la actividad del Consejo de Cultura bajo la conducción de Lisandro Otero.

Para concluir este recuento crítico anotemos que la relación con los intelectuales de fuera tuvo su primera crisis cuando la entrada en Checoslovaquia de las tropas soviéticas, poniendo fin al período Dubcek. El sector intelectual que había movilizado hasta la fecha la Revolución Cubana

y con el cual había compartido desvelos, como era previsible optó por la condenación de la ocupación militar soviética: se apoyaba en elementales razones de legalidad internacional y es posible que también en resquemores antisoviéticos de los cuales había habido testimonio en el Congreso Cultural de ese mismo año. En todo caso su actitud espontánea y generalizada fue la de considerar que revivían las épocas del estalinismo y que la pluralidad de fórmulas socialistas no tenía validez cuando se trataba de países vinculados al sistema defensivo de la Unión Soviética. En su famosa comparecencia ante la televisión, Fidel Castro prestó un apoyo condicionado a la ocupación militar, atacando las que entendía desviaciones del gobierno de Dubcek, apoyo que según se desprende del propio texto de la comparecencia televisiva no resultaba compartido por todos los dirigentes cubanos presentes en el estudio.

Por primera vez hubo una discrepancia en ese frente único, el cual debió reconocer la posibilidad de desencuentros entre los intereses y enfoques nacionales cubanos y las ideologías en curso dentro de Europa y América Latina. Vista la participación central que en la llamada "primavera checa" le cupo a los intelectuales y los diversos textos en que analizaron la experiencia socialista que habían intentado enfrentando la posición condenatoria de la Unión Soviética, es comprensible que los intelectuales de la izquierda independiente expresaran su legítima protesta y se solidarizaran con el llamado que les venía de sus colegas. Aquí se sitúa la crítica que Mario Vargas Llosa formulara a la posición de Fidel Castro, que fuera recogida y discutida por Oscar Collazos como coletazo de su polémica con Cortázar. El texto de Mario Vargas Llosa, al margen de su compartible defensa de la experiencia socialista checa, fue manifiestamente injusto respecto a la posición de Fidel Castro que no intentó comprender situándola en la problemática cubana, pero no creo que haya sido esa página la que motivó la intemperante respuesta de Fidel Castro, en el discurso de homenaje a Lenin del año 1969, afirmando que los intelectuales latinoamericanos que habían condenado a la URSS en ocasión de la invasión de Checoslovaquia, alternativamente o eran idiotas o agentes de la CIA. Creo más bien que en tal reacción debe verse una respuesta sin nombre de destinatario, a Teodoro Petkoff.

Efectivamente, Teodoro Petkoff, que en esa fecha era uno de los dirigentes del Partido Comunista Venezolano (del que habría de separarse posteriormente, formando, junto con Pompeyo Márquez, el **Movimiento al Socialismo**), hizo lo que a mi conocimiento no intentó ningún otro dirigente político o intelectual de América Latina, que es proceder a un examen amplio y sobre todo muy documentado del problema checo, publicando un libro, **Checoslovaquia, el socialismo como problema** (Caracas, Domingo Fuentes, 1966), donde se dedica minuciosa atención al problema de los intelectuales dentro del socialismo. (El libro motivó otro posterior, de Ludovico Silva, que prolonga sus reflexiones sobre la cultura: **Sobre el socialismo y los intelectuales**, Caracas, Ediciones Bárbara, 1970). Utilizando el caso checoslovaco Petkoff parece recoger, en el mismo momento en que es abandonado por los cubanos, el concepto del intelectual como "conciencia crítica" de la sociedad, y esto parecería bastante comprensible si se atiende a la diversidad de situaciones en que se mueven ambos grupos políticos: Petkoff intentando el desarrollo de un movimiento de masas que comience a socavar los cimientos de un estado burgués extraordinariamente dinámico y rico, embarcado en la vía capitalista; Fidel Castro intentando, dentro de un estado socialista, una profundización que llega hasta hacer chirriar la estructura cultural del país.

Creo que no es casual que sea Teodoro Petkoff quien establece, en el primer número de la revista **Libre** que aparece en París bajo la dirección de Juan Goytisolo, la orientación política socialista que ha dado a conocer la revista en su manifiesto y que al mismo tiempo la revista haya sido impugnada desde Cuba porque se financia con dinero proporcionado por una nieta "gauchiste" de Patiño. Las que fueron posiciones del Congreso Cultural de La Habana de enero de 1968, a saber la conciencia antimperialista y anticapitalista junto a una apertura hacia el socialismo y una reivindicación de la vanguardia artística, todo ello dentro del espíritu crítico del intelectual integrante de sociedades burguesas, se expresarían ahora por esas vías y por agrupaciones políticas como el MAS venezolano (al cual explícitamente dijo adherir Gabriel García Márquez recientemente en ocasión de su visita a Caracas) en tanto los intelectuales cubanos avanzan en otra dirección.

Ésta, que tendrá su más honrada y clarificadora discusión en la mesa redonda "Diez años de revolución: el intelectual y la sociedad", no se abrirá camino si no es a través de sucesivas explosiones y con una activa participación militar, como tantos otros aspectos de la vida cubana donde el ejército ha venido desempeñando tareas económicas, organizativas y hasta educativas.

III

LA ofensiva revolucionaria que en la Universidad proclamó Fidel Castro en marzo de 1969 se anunció como una rearticulación cultural según la cual una mayor disciplina, dedicación a la tarea y humildad, o sea un encuadre más rígido de las fuerzas culturales debía ponerse al servicio de un esfuerzo marcadamente voluntarista por la profundización del proceso revolucionario, a su vez reclamado por la difícil situación económica del país y el propósito de enfrentar el subdesarrollo.

Dentro de esta línea se sitúan los diversos conflictos y críticas a los intelectuales y a los organismos culturales de la revolución que se escalonaron a lo largo del año 1968. El ingreso de Lisandro Otero al Ministerio de Cultura en funciones de viceministro acarrea un conflicto con los intelectuales que se alejan en el segundo número de la revista **Revolución y Cultura** que él había creado con fines educativos y propagandísticos; su libro **Pasión de Urbino**, al ser comentado en **El caimán barbudo**, suplemento del periódico **"Juventud rebelde"**, da lugar a la polémica con Heberto Padilla, que se cierra en el nº 19, de marzo de 1968, con la "Respuesta a la redacción saliente" de este último; en octubre del mismo año el comité director de la Unión de Escritores desaprueba públicamente dos premios otorgados por los jurados (de cubanos y extranjeros) correspondientes a Antón Arrufat por su obra teatral **Los siete contra Tebas** y a Heberto Padilla por su libro de poesía **Fuera del juego**, resolviendo que se publiquen con un prólogo condenatorio, lo que así se hace en noviembre del mismo año; ya para entonces funciona un curioso hombre de paja llamado Leopoldo Ávila que procede a una crítica sistemática de los premios concedidos por la "Casa de las Américas" en su concurso de 1968, así como los premios de la Unión de Escritores ya cuestionados, pasando luego a establecer los lineamientos de una política cultural, texto cuya importancia subraya el hecho de ser publicado posteriormente por todos los órganos periodísticos de La Habana; los mismos intelectuales que habían discrepado con la comparecencia del 23 de agosto de 1968 sobre los sucesos checoslovacos, protestan por estos ataques a escritores, los cuales, con excesiva celeridad, son puestos en el haber de un estalinismo todavía hoy indemostrado. Durante estos sucesos se produce el reconocimiento de la deserción de Guillermo Cabrera Infante quien desde 1965 se hallaba alejado de Cuba residiendo en Londres y cuyos cáusticos escritos exacerbaron los ánimos ya tensos a consecuencia de esta serie de complicaciones.

Antes de considerar algunos de estos hechos, digamos que son la primera manifestación de la nueva política cultura que comienza a diseñarse, clausurando el período de libertad y confusión ideológica que desde 1961 hasta 1968 caracterizó la cultura cubana. Posteriormente, en 1969, se producirá la integración de varios escritores a esta nueva línea. El año 1970 interrumpirá todas las discusiones mientras el país se consagra a la zafra de los diez millones y en este 1971 se asume oficialmente la línea con el estrépito provocado por la auto-crítica de Padilla y sus amigos. Agreguemos que la nueva política tiene un celoso ejecutante en el ejército, cuya participación activa en la vida económica del país ha venido acentuándose: será el órgano de las fuerzas armadas, **"Verde Olivo"**, que dirige el teniente Luis Pavón —quien a su cargo militar suma una actividad poética—, el encargado de la crítica más severa a los escritores, atacando con un repertorio adjetival muy inferior, a Virgilio Piñera, el novelista y dramaturgo del grupo de "Orígenes", por la obra **Dos viejos pánicos** que obtuviera el premio de teatro 1968 en Casa de las Américas, a los mencionados Antón Arrufat y Heberto Padilla, y a un escritor de veinticinco años, Norberto Fuentes, que con su libro **Condenados de Condado** había

obtenido el premio de cuentos en Casa de las Américas. Esta serie de críticas ni rozó los problemas estéticos, deteniéndose exclusivamente en la ausencia de planteos políticos en las obras literarias o, en algún caso, un enfoque político considerado erróneo. En el artículo que corona su serie y que mereció que fuera publicado por toda la prensa Leopoldo Ávila comienza diciendo: "Uno de los rasgos más interesantes y sorprendentes de la crítica literaria y en general de la literatura en Cuba es su aparente despolitización. Salvo algún que otro ensayo, más o menos afortunado, referido en muchos casos al pasado, los más constantes colaboradores de nuestras publicaciones culturales pocas veces valoran o escriben obras a través del prisma revolucionario". Estas afirmaciones motivaron algunos artículos destinados al mejoramiento de la crítica literaria, aceptando las líneas trazadas por Leopoldo Ávila, quien afirmaba luego: "La lucha por impedir que una obra de arte se reduzca a un esquema político ha sido la única noción política que ha ocupado y ocupa la cabeza de muchos de nuestros creadores y de algunos de nuestros críticos; los mismos, mientras la Revolución se colocaba en posiciones cada vez más audaces, se estancaban en actitudes ya superadas".

El artículo concluía anunciando un plan —en cierto modo aplicación de unas palabras del Che Guevara en **El socialismo y el hombre en Cuba**— para crear una nueva intelectualidad propósito al cual correspondieron los Encuentros de Escritores Jóvenes desarrollados por el Consejo Nacional de Cultura y las secciones educativas del propio periódico **"Verde Olivo"** con consejos a los escritores incipientes y posteriores concursos entre ellos. Tanto en las recomendaciones a estos escritores potenciales como en las declaraciones de dirigentes políticos, se destacó la necesidad de acompañar los hechos salientes de las grandes tareas nacionales con una afín expresión en el campo de la literatura. No hay duda que **Los niños se despiden** de Pablo Armando Fernández, premio 1968 —y uno de los escritores que han hecho su autocrítica en la UNEAC—, era una novela poética, lezamiana, de sutil tejido artístico, pero estaba lejos de cumplir el cometido de representar los tramos de la revolución, como quizás no se hacía en literatura desde **Bertillón 166** de José Soler Puig o **Maestra Voluntaria** de Daura Olena, novelas premiadas en los primeros años de la revolución y que pertenecían, parafraseando las palabras de Fidel Castro en su discurso del 30 de abril de 1971, a "aprendices" de esos que los de París debían despreciar, porque eran muy torpes ejercicios narrativos de escritores espontáneos, incultos y primerizos.

Que la literatura y el arte cubanos se politizaran activamente y que reflejaran los momentos y las realizaciones que encaraba el país fue un reclamo cada vez más insistente por parte de las autoridades, dejando muy expresamente de lado los aspectos artísticos y las formas que los autores eligieran para sus obras. El ángulo de la demanda establecido por la dirigencia política —interpretando una demanda creciente dentro de los nuevos cuadros partidarios y militares— fue el contenidista: se pidió obra política lo cual, como más de una vez se aclaró para evitar los rechazos previsibles, no significaba necesariamente panfleto. Para calibrar estas posiciones pueden utilizarse un par de testimonios reveladores, en la encuesta que para los diez años de la Revolución dirigió la revista "Casa" a diversos escritores. Tomamos la opinión de dos críticos. Uno de ellos mayor, nacido en 1911, formado dentro del viejo Partido Comunista con un amplio conocimiento del marxismo y también de la literatura hispanoamericana. José Antonio Portuondo, quien decía: "El subdesarrollo y el neocolonialismo intelectual que nos legara el régimen anterior explican los intentos de aclimatar tendencias foráneas que expresan la alineación del hombre bajo el capitalismo, los «redescubrimientos» de fórmulas envejecidas y el afán de hallar reconocimiento y aplauso en viejas metrópolis refiriendo pastiches de modas extranjeras. A una nueva realidad quiso vestírsela con los últimos figurines de París o de Nueva York, de Londres y de Roma. En el otro extremo, nos empeñamos, a veces, en una «originalidad» despreciadora de toda norma clásica, negada con más fuerza cuanto más desconocida, y acentuamos la nota criticista y autocrítica; llegando a la pintura de los aspectos duros, de monstruos y antihéroes, antes de haber reconocido —sin regodeos blandengues con personajes «positivos», pero con sensibilidad justa para el esfuerzo creador— los rasgos afirmativos, poderosos, del pueblo en marcha hacia el socialismo."

Un crítico más joven, Federico Álvarez (1927) apuntaba las dos líneas extremas que establecían los polos de la literatura cubana a los diez años de la Revolución: "Hoy día podemos hablar de nuevo de una tendencia en defensa del acortamiento de la distancia estética entre la obra artística y la realidad, en pro de una inmediatez ilustrativa de la Revolución. Y en el polo opuesto, de una tendencia liberalizante, apoyada en una problematización arbitraria de la perspectiva revolucionaria. Entre ambos se sitúa la verdadera literatura de la Revolución."

Esta pugna de posiciones no tuvo sin embargo expositores más que para una de ellas, la que reclamaba el contenido político militante de la obra de arte. No he visto ningún texto teórico que sostuviera posición contraria. Todos los escritores, incluso los directamente incriminados —alguno acusado de homosexual, alguno de ladrón—, callaron o no tuvieron posibilidad de expresarse. Sólo uno polemizó, sólo uno se opuso a las críticas que se le dirigieron: Heberto Padilla, pero tampoco éste discutió lo bien fundado de la tesis sobre literatura política, sino que se enfrentó a otro problema, el de la burocracia dentro del campo de la cultura y la acción de los funcionarios.

Heberto Padilla, como aquel personaje de un poema de Pasternak, ha entrado en escena bajo el relumbrón de todos los focos y no creo que salga de ella por mucho tiempo, por intensa que sea su tragedia, por grotesco que resulte su espectáculo. Ante todo: es un excelente poeta que luego de una búsqueda formal muy tensa llegó en **Fuera del juego** a su madurez artística; es también un hombre de una estructura mental altamente capacitada a la vez que intensamente crítica; por último su cultura, muy marcada por la modernidad artística, es de las más seguras y fundadas de su generación. A diferencia de otros escritores que alternan poesía con debates sobre temas ideológicos, Padilla actuó en múltiples zonas —periodismo, comercio, empresas— desempeñándose, antes que sus compañeros de generación, en puestos de responsabilidad. Es poeta y hubiera sido buen crítico literario.

Padilla atraviesa todo este período de reconversión ideológica de la literatura cubana, con, hasta el presente, tres momentos distintos de una misma zigzagueante evolución. El primero es su violenta diatriba contra la novela de Lisandro Otero **Pasión de Urbino**, acusando a la revista "El caimán barbudo" de dedicarle desmesurada atención porque se trataba de una novela del viceministro, al tiempo que ignoraban la novela de Cabrera Infante **Tres tristes tigres**. Para tener una idea de lo que es el estilo polémico de Padilla, basta esta transcripción: "La redacción explica la publicidad dada a **Pasión de Urbino** (nada menos que cuatro páginas con una reproducción a todo color de la portada) diciendo que «la encuesta se abre precisamente porque los 5.000 ejemplares de la novela se agotaron en una semana». Que lo hayan hecho porque les dio la gana, porque ella se adecuaba a su escala de valores, parece más razonable que el esfuerzo de otorgarle jerarquía artística a la venta de cinco mil ejemplares de una novelita cuyo precio era de cuarenta centavos y cuyo título parece extraído de un catálogo de Corín Tellado. Si querían hacer una encuesta literaria, ¿no era más adecuado **Paradiso**, de José Lezama Lima, que, además de que costaba cinco pesos y se agotó en menos de una semana merecía atención y análisis, o **La noche de los asesinos** de José Triana?" Toda la polémica fue dirigida a imponer a los redactores del periódico el reconocimiento —imposible— de que actuaban como meros funcionarios elogiando al funcionario superior, y de ahí la evocación del burlón texto del polaco Mrozek: "Un cabo escritor no puede criticar el poema de un teniente escritor, quien no tiene más remedio que aplaudir los cuentos del capitán escritor que, a su vez, debe elogiar las novelas del general escritor por muy malas que sean", que él traducía así: "En una Cuba que ha roto esas estructuras, se da el caso de que un simple escritor no puede criticar a un novelista-vicepresidente sin sufrir los ataques del cuentista-director y los poetas-redactores parapetados detrás de esa genérica, la redacción".

Y refiriéndose al peligro que comportaba su defensa de Guillermo Cabrera Infante, agregaba estas palabras: "Algunos amigos me advierten que puedo estar haciendo la defensa de un culpable. Es posible, pero a condición de que esa culpabili-

dad sea probada. Lo inadmisible es que un culpable —escritor eminente— se beneficie del equívoco creado por nosotros o sufra las consecuencias de un error cuya responsabilidad debe exigirse a quien la tenga sin cobardía de ningún tipo. Ciertos marxistas religiosos aseguran por ahí que revolucionario verdadero es el que más humillaciones soporta: no el más disciplinado, sino el más obediente; no el más digno, sino el más manso. Allá ellos. Yo admiraré siempre al revolucionario que no acepta humillaciones de nadie y mucho menos a nombre de una revolución que rechaza tales procedimientos."

Es comprensible que quienes conocen estos textos y la persona que los escribió no puedan establecer vinculación coherente con el texto de la autocrítica donde exactamente sobre el mismo tema dice que atacó "injustamente a un amigo de muchos años como era Lisandro, para defender a un traidor declarado, agente de la CIA, como es Guillermo Cabrera Infante". Máxime cuando Padilla, quien vivió un tiempo en Moscú, conoce los procesos difíciles de la desestalinización, ha traducido a sus amigos, los poetas soviéticos nuevos y ha escrito sobre los problemas del socialismo en la Unión Soviética, concluía su alegato en **"El caimán barbudo"** con esta provocativa mención de un heterodoxo: "Como ha escrito recientemente Solzheñitzin, «una literatura que no capte el ambiente de la sociedad en que se realiza, que no se atreva a entregarle a esa misma sociedad sus penas y temores, que no avise a tiempo la amenaza de peligros morales y sociales, una literatura de tal índole no merece llamarse literatura, es solamente una fachada». Así ejercerá plenamente su tarea en nuestra nueva sociedad, dentro de la revolución, no a un lado, ni frente a ella, sino en ella, asumiéndola."

Este hombre que reclamaba esta asunción dentro de la revolución en el mes de marzo de 1968, obtenía en el mes de octubre del mismo año un premio de la UNEAC por un libro de poemas, **Fuera del juego**, título que el Comité de la UNEAC interpretaba como una explícita "autoexclusión de su autor de la vida cubana". ¿De la vida cubana o de la trama burocrática que para él desfiguraba la revolución? En todo caso un libro crítico, el primero de su género en el país, un libro amargo y cuestionador, que obligaba a redefinir con más precisión que antes dónde estaba ese límite dentro del cual la crítica era respetada puesto que pertenecía al proceso revolucionario, necesitado de constante vigilancia. Muy pocas obras se inscribieron en ese campo interno de la crítica revolucionaria— y quizás la mejor haya sido las **Memorias del subdesarrollo** de Desnoes— pero en cuanto a esta los jueces de la UNEAC la situaron fuera de él.

El prólogo con el cual fue publicado el libro es un buen ejercicio de esa crítica políica que exigía el misterioso censor de **"Verde Olivo"** (cuya identidad nunca resultó revelada y que por lo tanto quedó asociada a la personalidad del director del semanario, Luis Pavón, hoy viceministro de Cultura) pero es discutible si sus efectos resultan positivos para la comprensión de la obra de arte. En esa crítica el autor es censurado por ambigüedad, criticismo, antihistoricismo, escepticismo e individualismo, subrayándose muy intensamente una idea que reaparecerá en textos posteriores, firmados, acerca de que el mantenimiento de algunos principios animadores de la actividad crítica del escritor, válidos en las sociedades burguesas, cambian radicalmente de signo al situarse dentro de las sociedades socialistas, deviniendo contrarrevolucionarios. El problema del margen de la crítica en la sociedad socialista es replanteado —si nos atenemos a los textos de la dirigencia del primer período que lo estatuían ampliamente— y será discutido incesantemente, aunque no ejercido por los escritores en este corto período posterior a 1968, hasta llegar a las evaluaciones de la mesa redonda **Diez años de revolución.**

La dirección de la Unión de Escritores no hace ningún análisis estético ni plantea los problemas de la expresión artística, sino que concluye en el rechazo "del contenido ideológico" del libro de Padilla, como el de Arrufat, anotando: "Es posible que tal medida pueda señalarse por nuestros enemigos declarados o encubiertos y por nuestros amigos confundidos, como un signo de endurecimiento. Por el contrario, entendemos que ella será altamente saludable para la revolución, porque significa su profundización y su fortalecimiento al plantear abiertamente la lucha ideológica".

La respuesta a estos juicios, por parte de los jurados que votaron el libro de Padilla —J. M. Cohen, César Calvo, José Lezama Lima, José Z. Tallet y Manuel Díaz Martínez— está realmente "fuera del juego" y no entienda mucho de lo que se debate, pero anota que varios de los poemas cuestionados —no más de media docena— ya habían sido publicados en revistas cubanas sin provocar otra inquietud que la de ver a un poeta debatiendo de modo angustiado las ambigüedades de la historia. Ahora todo el libro es menospreciado en una autocrítica que ni siquiera respeta lo que en él haya de arte y donde Padilla dice de sí: "Y así fui escribiendo poemas insidiosos y provocadores que bajo la hábil apariencia de desgarramiento por los problemas y exigencias de la historia, no expresaban otra cosa que el temperamento de un descreído, de un cínico, de un versificador atrapado por sus propias limitaciones morales e intelectuales".

El alcance de la crítica ideológica a que es sometido el libro de Padilla —se traslucе que será el último en publicarse en esas condiciones— revela la vasta imprecisión en que ella se mueve. Obviamente en el libro no hay ningún poema expresamente contrarrevolucionario, acusándose al autor de ocultar y disimular sus malas intenciones. Corresponde entonces a la crítica una tarea de comisario policial para poner en evidencia a la víctima, lo que en ocasiones proporciona lecturas verdaderamente incomprensibles. De la poesía no queda nada luego de ellas, que evocan las lecturas de Labriol. Todo esto no sería demasiado grave si hubiera otro crítico que debatiera el punto y si la crítica no tuviera aquí efecto suspensivo, sustituyendo el efecto aclarativo e informativo que normalmente adopta en los países burgueses. Es el primer ejemplo, he dicho, de una crítica política e ideológica concreta de la literatura, y si el principio general de tal sistema puede ser teorizado con cierta facilidad y aun impunidad, las cosas que adquieren otra gravedad cuando nos enfrentamos a los ejemplos particulares y a sus consecuencias suspensivas, tanto sobre la obra, sobre el poeta, como sobre las restantes obras y poetas, quienes no siempre se mueven con tanta comodidad en el torrente cambiante del cauce revolucionario y comienzan a preguntarse hacia dónde hay que ir, qué debe escribirse, concluyendo muy fácilmente en el manejo del estereotipo que les señalan los funcionarios. Contrario sensu es casi simpática, casi divertida, esta exclamación de un escritor honrado y tradicionalista, Onelio Jorge Cardoso, cuando el discurso de Fidel Castro en el Congreso de Educación y Cultura. Es evidente que Cardoso sintió que todo se le hacía claro, ordenado y seguro, cuando dijo: "Creo que era ineludible que tuviéramos ya una dirección, una guía, una política cultural, como se le quiera llamar, para salir de este caos ideológico en el campo creacional".

Llegamos así al tercer momento de Padilla: su autocrítica. No voy a preguntar por qué la hizo. Todo hombre puede encontrar en su camino a Damasco la presencia del Dios vivo y estoy dispuesto a admitir que Padilla encontró algo todavía más terrible, como es el poder del estado socialista. Tanto vale decir que creo que debe descartarse, por inexcusablemente injuriosa para la revolución, la tesis de las torturas o del documento fraguado por algún escriba policial, que se ha manejado en el campo de las críticas. Estoy dispuesto a reconocer que ha sido escrita por Padilla, lo que en nada disminuye el aire fraudulento de la pieza, tan evidente que ha impedido su manejo por cualquiera de las partes. Fraudulento por lo anacrónico: estas autocríticas tuvieron su hora en la década del treinta y en su aparición convencieron a muchos (es curioso leer sin embargo los juicios públicos de Brecht sobre ellas en sus ensayos políticos oponiéndole los juicios privados de sus Diálogos con Benjamín ahora publicados) pero su repetición, idéntica, treinta años después, las rodea de un airecillo grotesco con repentinas comicidades que parecen dar la razón a Marx sobre la diferente forma de presentarse los mismos sucesos en las series históricas; los escritores soviéticos enjuiciados actualmente, como los checoslovacos en la misma situación, ya no hacen autocríticas y sospecho que sus fiscales ni siquiera se las piden, máxime cuando ya se ha reconocido que muchas de las anteriores fueron fraguadas por imposición física o abusiva persuasión sicológica; me parecería un rasgo de excesivo subdesarrollo prever un Koestler latinoamericano escribiendo otra vez **Oscuridad a mediodía.** Fraudulento también en el plano lingüístico, donde los latiguillos parecen convocados fatalmente para una apoteosis del estilo "kitsch" con delicias de este or-

den: "En Francia —donde la cultura tiene un dinamismo extraordinario y donde se busca agregar escándalo a cualquier obra con tal de suscitar el interés de los compradores [...]". O: "Me escribió dos cartas [Du Seuil] a las que yo, astutamente, no contesté". Fraudulento por último en su funcionalidad más visible para el exterior, resultando que un hombre que comienza por decir de sí que es un calumniador agrega en seguida, sobre la única garantía de su "honrada palabra", que Karol y Dumont son agentes de la CIA y arroja basura sobre Hans Enzensberger, Julio Cortázar, curiosamente todos ellos amigos de la revolución y críticos de sus errores.

Si el documento es desechable totalmente, así como las declaraciones que siga acumulando Padilla, cada día obligado a más vanos estrépitos y denuncias, derivados de la mecánica propia del sistema adoptado, en cambio hubiera sido conveniente saber por qué se le detuvo, por qué no se le juzgó si era un contrarrevolucionario como dice sin cesar de sí mismo (aunque sólo da ejemplos de que era un calumniador), por qué se le puso en libertad y se aceptó que escribiera una autocrítica y la repitiera como un payaso sobre el escenario de la UNEAC. Los motivos de Padilla interesan menos, porque es obviamente mucho menos importante, que los motivos de la revolución y sobre éstos no ha habido palabra.

En su aparición ante sus colegas de la UNEAC, Padilla procedió a mencionar los nombres de su esposa y sus amigos como culpables y a su conjuro, Belkis Cuza Male, Pablo Armando Fernández, César López y Manuel Díaz Martínez se levantaron e hicieron su autocrítica. Ignoro en qué términos. En el informe de la agencia France Presse se cita otro nombre que no dio a conocer Prensa Latina en el suyo. Al parecer Padilla también citó a Norberto Fuentes quien, levantándose entre los demás escritores, afirmó que no tenía nada que ver con las posiciones contrarrevolucionarias y que por lo tanto no estaba dispuesto a ninguna autocrítica. En este penoso episodio, fue por lo tanto Norberto Fuentes quien salvó ese principio de dignidad simplemente humana del escritor que en todo este proceso se buscó quebrar, incluso teorizándolo.

El caso de Norberto Fuentes, mucho menos exhibido que el teatral de Heberto Padilla, nos sirve para mostrar otra vuelta de tuerca del proceso de reeducación de los escritores que se ha emprendido en Cuba dentro de los lineamientos de la nueva política cultural.

Norberto Fuentes, que era periodista, y que, por haber nacido en 1943 pertenece a la más reciente promoción literaria cubana, se dio a conocer en 1968 al ganar el premio de cuentos del concurso de Casa de las Américas, con su libro **Condenados de Condado** que votaron unánimemente Jorge Edward, Claude Couffon, Emilio Adolfo Westphalen, Rodolfo Walsh y Federico Álvarez. En él hizo su aprendizaje literario con especial brillo bajo el doble patrocinio de Hemingway y de Isaac Babel, autores que las editoras de la revolución habían puesto en sus manos en el primer período cultural que acaba de clausurarse. Un estilo tenso, elíptico, de tendencia objetivante, una sintaxis narrativa rápida, una sensibilidad presta para el fenómeno de la violencia, una escritura clara, nerviosa, que era un habla apenas sistematizada literariamente, le sirvieron para contar en una serie de cuentos o estampas, diversos episodios de la guerra del Escambray contra los bandidos, que ya había informado periodísticamente en diversos artículos publicados en revistas habaneras y hoy recogidos en el volumen **Cazabandido.**

Dentro de su libro confiesa directamente su deuda con los cuentos de Caballería roja y seguramente no previó al decirlo que le esperaría el mismo conflicto que a Babel con el ejército rojo, cuando el general Budienni lo acusó de no rendir el homenaje apropiado al heroísmo de sus soldados. Este episodio singular de la historia de las letras ha sido recontado hace pocos años por Fernández Retamar, prologando unos relatos de la primera época de la literatura soviética, transcribiendo allí la admirable carta con que Máximo Gorki salió en defensa de Babel utilizando su prestigio de escritor y de revolucionario. Del mismo modo, el libro de Norberto Fuentes recibe la acusación del ejército a través del artículo de Leopoldo Ávila en **"Verde Olivo"**, porque en él no ha puesto de relieve y exaltado el heroísmo de los soldados, en nítido contraste con el comportamiento de los bandidos que debe ser inferior, es decir que en un plano literario se reprocha que la visión realista objetivante no se acompaña de la idealización de los comportamientos recogiendo una visión subjetiva alterna. Marginalmente puede preguntarse si estos reparos no hubieran impedido la publicación en Cuba de **El Don apacible** de Sholojov. Los ataques de **"Verde Olivo"** se prolongaron en la polémica sostenida en MARCHA por González Bermejo y Jorge Ruffinelli, reiterando el primero los mismos argumentos. La semejanza con el caso Babel concluye aquí; no hubo un Gorki que saliera en su defensa, aduciendo las dificultades generales del proceso que vivía el país y lo reciente de sus transformaciones. Tampoco creo que el parecido pueda prolongarse; sin duda no habrá para Fuentes un campo de concentración, cosa que no existe en Cuba, pero continúa marginado de la vida nacional limitándose a cumplir sus obligaciones de revolucionario (cinco meses de zafra) y a escribir una literatura que al parecer no tiene posibilidad por ahora de ser publicada en su país.

Aquí es la especificidad y autonomía de la obra de arte lo que ha resultado cuestionado y negado; nadie le ha disputado que todos los sucesos que cuenta su libro son verdaderos, ni que su obra se instala en un "realismo válido, socialista y crítico", como ha dicho Federico Álvarez. Pero eso no alcanza: se le exige una determinada interpretación de esa realidad bajo la advocación de un subrepticio idealismo. Tocamos aquí un centro neurálgico: la interpretación de la realidad, que es el punto clave donde una obra tiene su coherencia interior y que muchas veces se sitúa más allá de todo el esfuerzo de racionalización de que es capaz el artista, no queda librada a su investigación, a su tacto directo con la materia, a la evolución armónica de su ideología en esta tarea exploratoria, sino que se le proporciona bajo las especies de un sistema cuya simplicidad está de acuerdo con su operatividad y las circunstancias del momento. No es tampoco emanación directa del espíritu revolucionario, sino la expresión de un hombre que firma con el seudónimo de Leopoldo Ávila. Tengo mis serias dudas acerca de las consecuencias artísticas de este mecanismo que comienza a parecerse demasiado a la literatura dictada por los funcionarios, según aquellas previsoras palabras del Che Guevara: "Se busca entonces la simplificación, lo que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios. Se anula la auténtica investigación artística y se reduce el problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por tanto, no peligroso)."

IV

DECÍAMOS que esta nueva política cubana había sido diseñada hace tiempo; agreguemos que había sido debatida también en múltiples aspectos, incluso los estrictamente operativos como la ruptura del frente único con los escritores progresistas extranjeros, por lo cual produce enorme perplejidad el cruce de insultos e imprecaciones a un lado y otro de las fronteras cubanas, como si los actores durante un ensayo se posesionaran hasta las lágrimas con papeles metódicamente enseñados y marcados. Este debate se cumplió el 2 de mayo de 1969 en el estudio del pintor Mariano y fue publicado por la revista **"Casa"** Nº 56 de fecha setiembre-octubre de 1969 antes de ser recogido por Siglo XXI en un tomito.

Participaron en él tres escritores cubanos de lo que podemos llamar la generación de la revolución, es decir aquellos escritores que ya habían comenzado su obra en 1959 e integraban por lo tanto la promoción que se incorporaba a las letras para renovarlas: Roberto Fernández Retamar, Edmundo Desnoes y Ambrosio Fernet, poeta, narrador y crítico fundamentalmente, aunque todos ejercitantes de la crítica literaria. Junto a ellos estaban dos latinoamericanos que se han cubanizado por una larga estada dentro de Cuba, a partir de la revolución: el poeta salvadoreño Roque Dalton y el poeta haitiano René Depestre. Por último otro latinoamericano que ha visitado varias veces Cuba sin haber residido mucho tiempo en ella, el periodista político y reciente poeta Carlos María Gutiérrez. Todos ellos grabaron una apacible conversación sobre temas rechinantes, bajo el título **"Diez años de revolución: el intelectual y la sociedad"**.

Se trata de una verdadera autocrítica colectiva donde este grupo formado por amigos que se han ido adaptando a un trabajo de equipo a lo largo de años de tareas intelectuales comunes dentro de la revolución, procede a historiar los distintos mo-

mentos de su vida cultural pasada —y lo hace con renovado espíritu crítico—, enfrentándose a la nueva política cubana un poco bajo los apremios que formula Gutiérrez y que lo asemejan, como allí se dice, a un ocasional "agente provocador". Esta autocrítica colectiva tiene un acento de verdad que falta en la individual de Padilla aunque la última haya sido inmensamente más estrepitosa comparada con la oscura e inadvertida de sus restantes compañeros de generación, y además nos permite recuperar el nivel adulto, serio y criterioso para enfrentar los problemas intelectuales utilizando formas comprensibles y lógicas. Quiero decir que no hay aquí arrebatadas frases sobre el arte para el pueblo y demás latiguillos de la oratoria al uso, que si pueden ser eficaces para arrancar aplausos en una sala llena de maestros, no superan corrientemente esa función y no permiten comprender de qué se trata y qué se propone.

Por plantearse en torno a ese habitual esquema —"el intelectual y la sociedad", "el intelectual y la revolución", etcétera—, el debate se sitúa explícitamente en lo que llamaríamos una zona intermedia del problema cultural, lo que si por una parte hace su interés, por otra claramente resta resonancia a los temas tratados. Estos intelectuales se plantean sus situaciones específicas dentro del marco de la nueva política cultural cubana, como si dijéramos "y ahora, ¿qué hacemos nosotros?" y sus enfoques atienden a este asunto para ellos primordial, que por lo tanto resulta individual en el campo operativo que les cabe, y cuyos límites, sus diversos planteos no cesan de reconocer. Tal como en algún momento dirán, analizan su situación en tanto trasmisores de una política, pero dejan fuera de discusión los motivos, las explicaciones y la legitimidad de esa política cultural, o sea lo que es anterior a la trasmisión de ella, y también dejan de lado curiosamente su implementación en el campo de la estética. Por ser trasmisores podría esperarse que se preocuparan del estudio de las soluciones concretas en el terreno del arte, de los lineamientos generales de la política, dado que ésa será su función en los años inmediatos y de ellos se aguardarán las instrucciones adecuadas. Sin embargo, expresamente abandonan toda incursión en la estética, prefiriendo instalarse en esa zona intermedia en una justificación ideológica, dentro de esa dominante ideologizante que viene haciendo daño a la cultura cubana pero que, todo lo indica, habrá de incentivarse en el nuevo período.

Si cada uno de los participantes aporta un matiz original, es Gutiérrez quien sostiene el debate en forma lúcida con un análisis preciso y desnudo. Sus argumentos recogen con objetividad el proceso que vive Cuba y sólo puede dicreparse en la ponderación del mismo y en su valoración. Su tesis es como sigue: a diez años de la revolución y como una necesidad ineludible para contribuir al despegue económico, la dirigencia revolucionaria ha decidido abandonar las formas eclécticas que en ese tiempo se difundieron, y estructurar férreamente una cohesión ideológica del cuerpo social, integrando los individuos a una tarea colectiva hasta "sacrificar, si es necesario, géneros, escuelas, estilos, la estética toda, ante la urgencia mortal de crear esa consolidación de una nueva relación de las fuerzas productivas, base sin la cual toda cultura es una estructura sin cimientos". A partir de estos presupuestos debe encararse la ruptura fatal del frente único con los escritores progresistas de los países burgueses y la evolución acelerada del grupo intelectual cubano, que habrá de ir erradicando sus orígenes burgueses todavía persistentes, individualistas, inclinados al uso del falso concepto de la "conciencia crítica" para integrarse a las tareas que les incumbe en la sociedad socialista homogénea. De ahí que Gutiérrez atribuya a los intelectuales cubanos una actividad funcionarial, a sabiendas de las connotaciones tradicionales del término, cuando dice: "Porque a ustedes sólo les corresponde (y si se limitan o resignan a ello, desaparecerá la mala conciencia o la parálisis para la acción) una tarea de trasmisión, de vasos comunicantes, entre una masa y una dirigencia; y, en un segundo aspecto, la de funcionarios de la revolución en su sentido etimológico más llano: ejecutores de una función encargados de un funcionamiento". Quedaría por último esa pregunta que ni Gutiérrez ni los demás contestan, a saber: "¿En qué forma, una vez producida esa asunción de su verdadero sitio dentro del proceso, debe traducirse en acción tal convencimiento?" Algunos subrayan la educación por obra de la participación en las tareas de construcción socialista (Dalton), otros ponen el acento en la conformación ideológica y crítica (Desnoes), pero tampoco ellos contestan —salvo algunas referencias marginales de Fernández Retamar a la literatura testimonial— cómo se traduce el convencimiento, al que por autodisciplina se ha llegado, en creaciones.

El punto de partida de la política cultural nueva, el enmarcamiento real a que las letras han sido sometidas, proviene de varias cosas coincidentes: una muy difícil situación económica, un salto adelante (la zafra de los diez millones) que ha desarticulado el funcionamiento económico general, una propuesta de creciente planificación que reclama todos los recursos nacionales dentro de un proyecto de desarrollo al que corresponde un largo período, un aprovechamiento más rígido de las fuerzas del trabajo (leyes sobre deserción, ausentismo, etcétera), una eliminación drástica aun a riesgo de complicaciones del funcionamiento (la liquidación de timbiriches) de los últimos restos de estructuras individualistas burguesas en el campo económico, una incorporación, también drástica, del pequeño propietario rural a estructuras colectivizadas (planes del cordón de La Habana, etcétera), un planteo que parece más coherente, menos errátil que tantos anteriores, de los procesos del desarrollo. Este conjunto de medidas en el campo económico responde mucho a un voluntarismo que todavía no ha adquirido, al parecer, una medida prudente de las posibilidades mismas de la realidad y que se arroja a una modificación brusca que presione sobre los restantes elementos del cuadro socio-económico. Van acompañadas, sin embargo, de una modificación social que se ha hecho ya visible, por incorporación en los cargos de responsabilidad menor y en los elementos de trasmisión de la estructura social, de elementos provenientes de las clases campesinas urbanizadas y culturizadas rápidamente, así como de los sectores proletarios citadinos. Esta nueva contextura social es más notoria en los órdenes del ejército, y las condiciones de disciplina férrea, disponibilidad instrumental moderna, encuadre ideológico rígido, han hecho del ejército el sector privilegiado para el avance revolucionario violento. Su participación en tareas económicas, desplazando en ocasiones a las organizaciones partidarias bien enderoles, le ha conferido un papel protagónico, que seguramente conservará por un largo tiempo, en este nuevo tramo del desarrollo cubano. Su posición le ha permitido cumplir también un papel relevante, sustituyendo parcialmente al partido, en la orientación ideológica y en la fijación de normas culturales.

Esto justamente es lo que primero marca la nítida diferencia con el período estalinista soviético al cual se ha comparado, creo que imprudentemente, este momento cubano. No fue el ejército sino el aparato político el que manejó Stalin para encuadrar al país, incluyendo en esta tarea al propio ejército bajo la fórmula de los comisarios políticos, los cuales, según tengo entendido, no existen dentro del ejército cubano, unificándose en sus oficiales la doble función política y militar. En cuanto al partido mismo, Fidel Castro acaba de hacer un llamado a la democratización de sus bases —lo que indirectamente corrobora algunas críticas de Enzensberger—, en un evidente intento de conferirle mayor dinamismo y representatividad para que pueda conducir mejor el esfuerzo económico del país. Mientras eso no se alcance —y el partido cubano ha tenido numerosos problemas de organización— siguen siendo el ejército y las organizaciones de base, como los CDR, los que pueden encauzar y disciplinar el esfuerzo nacional.

A nadie puede escapársele la semejanza de este momento de Cuba con el soviético que se abre con los planes quinquenales, particularmente el segundo de 1932, y no puede escapársele la vinculación de esta planificación más rígida y exigente de las capacidades nacionales con las instrucciones igualmente rígidas a los escritores para que participaran del esfuerzo cumpliendo una tarea ideologizante revertida benéficamente sobre la base infraestructural donde se cumplían las grandes empresas transformadoras. Aquella unánime campaña de obras dedicadas a exaltar el segundo plan quinquenal constituyó una de estas manifestaciones, pero fue sólo en 1934 cuando la dirigencia soviética decidió recurrir a fondo a la contribución cultural en los planes cada vez más duros y exigentes que ponía en marcha. En ese año reunió el Primer Congreso de Escritores, que puede aproximarse a este Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura celebrado en Cuba el

pasado abril, con algunas diferencias notorias que no deben desatenderse. En el congreso soviético de 1934 Zdhanov presentó, con la contribución marginal de Máximo Gorki, sus tesis sobre el realismo socialista, que, adoptadas por la asamblea, devendrían el **corpus** ideológico y técnico central de la literatura soviética hasta nuestros días. Nada parecido en la Cuba actual donde se han asumido diversas proposiciones de tipo organizativo y político, algunas suficientemente vagas y oratorias como para que sea difícil precisar, por el momento, qué contenido alcanzarán, pero ninguna disposición de tipo estético. Bajo las banderas de la "prioridad" se ha reclamado un arte estrictamente político que acompañe e ilustre la construcción del socialismo cubano y cuya certificación radique en la conducta revolucionaria del escritor en primer término, en la significación revolucionaria de sus escritos, en segundo término, en su adecuación a los reclamos operativos del momento, en tercer término. Las indicaciones sobre temas artísticos propiamente dichos han sido más bien adversativas y contaminadas de posiciones éticas más que estéticas. Ejemplo, estos acuerdos del citado congreso cubano: "El arte es un arma de la revolución. Un producto de la moral combativa de nuestro pueblo. Un instrumento contra la penetración del enemigo... La cultura de una sociedad colectivista es una actividad de las masas, no el monopolio de una élite, el adorno de unos pocos escogidos y la patente de corso de los desarraigados... Combatimos todo intento de coloniaje en el orden de las ideas y de la estética. No rendimos culto a esos falsos valores que reflejan las estructuras de las sociedades que desprecian a nuestros pueblos... Los medios culturales no pueden servir de marco a la proliferación de falsos intelectuales que pretenden convertir el esnobismo, la extravagancia, el homosexualismo y demás aberraciones sociales, en expresiones del arte revolucionario, alejados de las masas y del espíritu de nuestra revolución."

Estas negaciones, tan vastas, no concurren a precisar un camino artístico sino una opción política y una evidente adopción de la literatura ideologizante destinada a servir al proceso revolucionario. Confieso que todo el planteo es siempre demasiado vago y hasta retórico, como podrá apreciar cualquiera que contraste estas posiciones tanto con las tesis de Zdhanov como con el Foro de Yenan donde Mao se sitúa en un plano social a partir del problema de la demanda y organiza coherentemente los distintos sistemas de funcionamiento de la producción literaria.

Si nos atenemos a las instrucciones del congreso y del discurso de Fidel Castro —desde luego puede haber serias modificaciones en su aplicación práctica— tendremos en Cuba una literatura del tipo de la literatura soviética del realismo socialista, aunque no será exactamente ése el producto previsible. Todas las revoluciones, tanto las socialistas de nuestro siglo, como las burguesas del XVIII y XIX, partieron siempre de la literatura pre-existente que encontraron en el momento histórico en que irrumpieron y sólo cuando el proceso de transformación que ellas acarreaban consiguió modificar sensiblemente la estructura social, pudieron alcanzar un arte más específico donde se expresaba su cosmovisión, y al que unos llegaron por el régimen de la demanda del mercado económico y otros por la imposición de la dirigencia política. Las revoluciones pueden responder a la misma doctrina y sistemas organizativos, pero ocurren en países distintos, con tradiciones culturales propias, en tiempos diferentes y en diferentes momentos del proceso de desarrollo de una filosofía política. El arte soviético del realismo socialista se instaló cuando no había llegado a desarrollarse en Rusia la revolución artística de entre ambas guerras, la que fue asociada por sus críticos a la política agresiva del capitalismo europeo y rechazada junto con las estructuras sociales en que progresó, de tal modo que la poesía surrealista francesa, el diseño industrial de la Bauhaus, el arte abstracto de la Escuela de París, el psicoanálisis freudiano de la escuela de Viena, el ballet expresionista alemán, no pudieron ser incluidos dentro de la herencia cultural a la que se confirió legitimidad y que de hecho correspondió a un arte también clasista, el de la burguesía de fines del XIX.

Todo ese bagaje, sin embargo, ha sido ya asimilado por la cultura cubana a través de al menos dos generaciones de escritores y artistas, de manera que no es repudiable. Ha sido nacionalizado por sus grandes creadores y ha sido liberado de las implicaciones ideológicas en que se le podía considerar como una de las formas enfermas de la cultura. Por lo tanto nada indica que el cartel cubano perderá su felicidad de diseño moderno, ni que los poetas dejarán de manejar las asociaciones insólitas del surrealismo, ni que, a pesar del arcaísmo representado por Alicia Alonso, no se pueda desarrollar un ballet moderno, ni que el cine extravíe su educación en el documental europeo o en el montaje americano.

Pero estas posibilidades adquiridas pueden sufrir regresiones y sobre todo, seguramente, estancamientos. Si se asume que el arte europeo —y no digamos el norteamericano!— de la actualidad es un arte decadente y enfermo, presenciaremos el rechazo de las aportaciones artísticas y literarias que no se podrán desglosar útilmente de su sostén socio-económico. Si a esto se agrega que el bloqueo a Cuba ha retardado notoriamente su información cultural externa —una de las coordenadas que se conjugan con la creación interior para generar los productos culturales de más significación— se comprenderá que no parezca una política feliz del punto de vista exclusivo de la creatividad, la adoptada.

Cuando después de leer los sutiles razonamientos de Carlos María Gutiérrez a propósito de esta era inminente de disciplinas, trasmisión e implementación a nivel artístico de las instrucciones políticas recibidas, obediencia, funcionalismo, contribución humilde a la tarea asignada, paso a leer sus poemas de **Diario del cuartel**, reconozco que él tiene razón cuando dice que no es poeta, y encuentro un testimonio cercano a la experiencia vivida, junto con el manejo a nivel divulgativo, de los aportes inventivos de Vallejo e Idea Vilariño. La función cognscitiva e inventiva de la poesía no está allí. El avance en el vacío, el descubrimiento de una realidad nueva, el proceso creador que es la vida y el hombre y la sociedad humana y, ¿por qué no? el socialismo, no tiene equivalente en esta tarea aplicada y escolar que creo comienza a merodear el arte del gusto de los funcionarios y que es, para los adultos, como esos poemas que encantan a las nodrizas y éstas trasladan a los niños.

Reflexiono entonces que tal concepción de la cultura y del arte no es un error que se refiere exclusivamente a esos campos, sino un error que se refiere a la aplicación de las ideas políticas, y que es nuestro enfoque de lo que deba ser el socialismo, lo que hemos pasado a tener que discutir, porque según el socialismo al que optemos y según la concepción del hombre que tras él busquemos, así será nuestra concepción del arte. Este problema me parece especialmente urgente, cuando veo sustituir el espíritu crítico por el espíritu obediente y llega el momento en que son ensalzados los funcionarios en tanto los creadores comienzan a resultar enojosos rezagos individualistas del mundo burgués, o cosa así. Creo que los estancamientos culturales se vengan cruelmente: a cincuenta años de la revolución socialista soviética los poetas siguen siendo los desmesurados de la primera época, como en este coloquio que analizo dice con sensibilidad René Depestre. Los poetas siguen siendo Maiakovski o Esenin o Pasternak y no Evtushenko, a pesar del esfuerzo con que éste trata de volver por aquellos valores iniciales. Del mismo modo, a cincuenta años de la revolución, la literatura narrativa que sale del marasmo es un realismo flagrantemente crítico, el de los cuentos y novelas de Solzheñitsin, quien paga duro salario por su retraso utilizando un sistema narrativo arcaico, casi decimonónico, al cual confiere intensidad y verdad por obra de ese espíritu crítico que hoy se propone declinen los escritores cubanos para mejor cumplimiento de la nueva política cultural.

Querría agregar algunas reflexiones sobre un problema que debe abordarse con toda honradez. No faltarán ahora quienes vengan afirmando que el socialismo es sinónimo de regimentación, que fatalmente concluye en la liquidación de la creatividad y que nos condena a una grisura democrática, funcionarial. La madre, en el drama de Wesker, decía que cuando saltaba la instalación eléctrica ella descreía del electricista y no de la electricidad, pero además es cuestión de preguntarse si este fracaso de los intelectuales para encontrar nuevas fórmulas es consecuencia de que no hay ninguna otra que la ya probada en otros países socialistas, o de que el desarrollo creciente del socialismo todavía no ha podido alcanzar la acumulación que le permita sortear indemne estos períodos o, por último, que ellos, los intelectuales, no fueron capaces de esa invención a que los fla-

maba el Che Guevara en su famoso texto, como lamentándose de no poder él acometer también ese campo del nuevo mundo, de la nueva sociedad, con ánimo templado y audacia creativa.

Decía Vaz Ferreira que toda crítica debe ir acompañada de proposiciones concretas. Quisiera poder coordinar algunas ideas que he ido rumiando en estos años, como una contribución a la solución de estas arduas cuestiones. Me propongo por lo tanto volver sobre estos asuntos, cuando pueda.

DECLARACION DEL PRIMER CONGRESO NACIONAL DE EDUCACION Y CULTURA

• Los delegados al Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, reunidos en La Habana en los días comprendidos del 23 al 30 de abril de 1971, "Año de la Productividad", formulan la siguiente declaración:

De acuerdo con el planteamiento de nuestro primer ministro, comandante Fidel Castro, expresado en la Asamblea de Trabajadores de la Enseñanza de La Habana, sobre la necesidad de analizar y resolver problemas planteados durante las discusiones de dicha asamblea, surge este Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura.

En su convocatoria, el congreso se propuso los siguientes objetivos:

—Recoger las manifestaciones concretas de la problemática educacional en todos los niveles y tipos de enseñanza.

—Conocer los factores que afectan la labor de los trabajadores de la educación.

—Propiciar la oportunidad de que con el aporte creador de las masas se promueva el estudio de problemas que requieran un análisis continuado, sistemático y profundo para las soluciones correspondientes.

—Ofrecer recomendaciones que puedan servir de base para elaborar nuestra política educacional.

Con este propósito, se organizaron numerosas reuniones en la base, congresos intermedios municipales, regionales y provinciales, y se invitó al pueblo a aportar ideas y proyectos relacionados con la educación y aquellos temas de estrecha relación con ésta.

Proclamamos con satisfacción la participación en este congreso de mil ochocientos delegados, representativos del magisterio, de los organismos educacionales, científicos y culturales, así como delegados de nuestro partido, de la CTC, de los CDR, de la UJC, de la FMC, de la ANAP, de la UPC y de los organismos de producción y servicios.

Por otra parte, el congreso debatió y analizó las influencias culturales negativas que pugnan por penetrar en nuestro medio, a las cuales la Revolución hace frente con toda decisión y energía. Estas reuniones de base en torno a los problemas culturales hicieron necesario que se ampliaran los objetivos iniciales del congreso y que se transformara en el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura.

De acuerdo con los objetivos planteados, se desarrollaron las discusiones del temario, en once comisiones y en sesiones plenarias.

Se ha recogido con sumo cuidado el cuerpo de recomendaciones aprobadas en las plenarias generales que servirán de base para ayudar a trazar la política educacional y cultural de Cuba.

Los principales aspectos que han sido motivo de debates, acuerdos y recomendaciones, fueron los siguientes:

El ausentismo, la deserción y el retraso escolar requieren medidas concretas y enérgicas sobre la obligatoriedad de la enseñanza y la

responsabilidad de padres y alumnos ante la escuela, ya que la educación es un derecho y un deber de todos.

El congreso consideró, entre otras medidas, el fomento de actividades escolares que tiendan a motivar en los alumnos el deseo de permanencia en la escuela y, por otra parte, una mejor articulación entre los planes de estudio de los diversos niveles que contribuirá a desarraigar la deserción. Además, es necesario incrementar el estudio en los Centros de Orientación y Diagnóstico de cada provincia, para que en colaboración estrecha con los maestros se realice el despistaje de los alumnos deficitarios, y su ubicación en nuevas escuelas de enseñanza especializada.

En una sociedad socialista, es necesario crear una conciencia de responsabilidad ante el cuidado y mantenimiento de la propiedad colectiva. Esta solicitud hay que formarla en el niño desde los primeros años. Pero esto debe recibir un ejemplo constante de los encargados de dirigir su formación, y tomar parte en las actividades que nos conduzcan al logro de estos fines.

La introducción de una disciplina donde se enseñan las normas de la moral socialista y se considere el maltrato a la propiedad social como un demérito en la evaluación del estudiante, y el cumplimiento estricto de las normas en cuanto al cuidado de la propiedad social escolar, representan soluciones para el desarrollo de una actitud favorable a la formación del educando.

La formación multifacética del escolar fue considerada y dentro de ésta la enseñanza de la educación física, señalándose la vital importancia de las actividades físicas y deportivas durante toda la vida con el fin de mejorar su salud. Por ello y para su correcto desarrollo posterior se precisa crear en este sentido hábitos sólidos en el niño.

Un objetivo insoslayable de la educación es conjugar el amor a la patria socialista con el de los otros pueblos del mundo, mediante el fortalecimiento de las actividades y tareas dirigidas a la solidaridad entre los hombres y los pueblos que luchan por su liberación.

Creemos que una profundización del concepto de solidaridad como actitud hacia todos los pueblos, especialmente los que luchan contra el imperialismo yanqui; una programación escolar que tienda a conocer mejor nuestro propio pueblo y los pueblos que constituyen la vanguardia de esa lucha; el restablecimiento de los plenos estudiantiles, la preparación cuidadosa de las jornadas de escolaridad que conduzcan a un proceso de sensibilización, la creación de comisiones histórico-culturales en cada centro secundario, la inclusión de temas relacionados con los pueblos de Indochina y otros que se enfrentan a la agresión y opresión imperialistas constituyen sugerencias dirigidas a obtener resultados en el desarrollo de la educación para la solidaridad.

El congreso opina que la creación de hábitos de estudio correctos en los alumnos los vincula más idóneamente a la sociedad y a la vida misma. En estos hábitos inciden factores que se originan en el hogar, la escuela y el medio social general.

Para mejorar la actitud del alumno ante el estudio, consideramos la necesidad de orientar a los maestros sobre las actitudes de los educandos, el fortalecimiento del trabajo de orientación vocacional, la comprensión de los objetivos que persiguen los estudios, la creación de condiciones para que los alumnos aprendan a estudiar, la supresión de toda medida que tienda al finalismo en los alumnos, la intensificación de actividades autodirigidas y el empleo funcional de los instrumentos básicos del aprendizaje.

La preparación para la defensa de la patria tiene una doble función: capacitar en el manejo de las armas y contribuir a la formación integral de nuestros jóvenes.

El cumplimiento de las orientaciones de la Defensa Civil en los centros docentes, la intensificación de los círculos de interés en las FAR, la inclusión de la preparación combativa en los centros de formación de maestros y en los planes de estudio de las carreras universitarias constituyen algunas de las propuestas encaminadas a intensificar la preparación militar revolucionaria de nuestra juventud.

El Congreso consideró la importancia de la educación artística para el desarrollo estético-ideológico y su extensión a todas las escuelas y niveles de enseñanza.

Se puso de relieve el papel de la orientación vocacional en la formación de la juventud, destacándose la importancia que tienen las diversas profesiones y la necesidad de llevar a cabo actividades que produzcan una revaluación de las profesiones que son vitales para el desarrollo económico de nuestra patria, al objeto de producir intereses dentro del alumnado que sean favorables a la selección de tales profesiones.

La información profesional a su debido tiempo es importante como elemento de la orientación vocacional, enfatizándose la necesidad de intensificar los círculos de interés científico-técnicos que favorezcan el desarrollo de las aptitudes profesionales.

La formación mediante el trabajo no supone la especialización unilateral, sino el desarrollo multifacético en el marco de la más amplia cultura.

Para lograr en las nuevas generaciones una conciencia de productores y no de consumidores, debe incluirse en todos los niveles de enseñanza la participación programada y periódica del estudiante en las actividades productivas.

En la formación ideológica de nuestros educandos, la participación en los trabajos productivos constituye un formidable instrumento de la pedagogía revolucionaria. Se recomienda esta actividad para todos los estudiantes de la enseñanza media y superior.

La forma más avanzada de participación en el nivel secundario que es la Escuela en el Campo surge como una sólida experiencia enmarcada dentro de nuestra realidad socioeconómica. Los jóvenes combinarán en estos centros el estudio con el trabajo productivo durante todo el curso, y, al mismo tiempo que se educan, aportarán su esfuerzo al desarrollo del país. Las experiencias ya en parte adquiridas deben ser observadas y evaluadas con suma atención.

Un aspecto ampliamente debatido fue la influencia de los métodos de disciplina en la formación del educando. Nuestra sociedad necesita hombres conscientes de las normas y valores de nuestra Revolución. Por ello, las relaciones del adulto con el niño no pueden ser coercitivas ni punitivas. La incorporación de los valores sociales a la conducta sólo se logra mediante la comprensión de éstos, y cuando entre educador y educando se establecen relaciones de reciprocidad, solidaridad y respeto mutuo.

Para elevar la disciplina en nuestros centros docentes, el congreso considera oportuno profundizar la formación técnica e ideológica de los maestros y profesores, organizar seminarios que orienten a los que trabajan con alumnos que presentan dificultades de conducta, una mayor relación escuela-padres, el uso de medios masivos para la orientación sicopedagógica a padres y maestros, y definir los lineamientos generales de los reglamentos escolares.

La educación debe reflejar y estimular los cambios que resultan de las transformaciones revolucionarias, tanto materiales como de conciencia; también, y sobre todo, debe resumir, orientar y profundizar la creación de un hombre nuevo, de un pueblo nuevo, que a la par que se desembaraza del lastre del pasado, sea capaz de crear conscientemente condiciones superiores de existencia individuales y sociales. Ese gran objetivo cuyo esclarecimiento requiere definiciones expresas, tendrá que realizarse, en gran medida, vinculando a los educandos de un modo cada vez más estrecho con el trabajo como práctica social y como producción concreta.

La educación no puede circunscribirse a establecimientos específicos, sino esforzarse igualmente en la formación de obreros calificados, de técnicos y de especialistas, en los propios centros de trabajo, para lo cual debe contarse con la fuerza docente de que puedan disponer por sí y con la cooperación de educadores, técnicos y científicos de otros centros y organismos.

Para instrumentar la progresiva transformación y creación de un hombre representativo del futuro, se requerirán medidas de integración de todos los niveles, lo que supone el estudio y aplicación de planes y programas que respondan a esa finalidad y no sean modificados con excesiva frecuencia. Algunas de estas cuestiones fueron objeto de análisis que abarcaron desde la enseñanza primaria hasta la de idiomas y diversas especialidades universitarias. Si el proceso formativo por medio de la educación debe realizarse desde la niñez hasta los posgraduados y a lo largo de una actividad permanente de estudio y trabajo, de desarrollo de la personalidad, de integración y de comunicación con la sociedad, es obvio que, como se manifestó en el congreso, debe existir una articulación y unidad sustancial de toda la enseñanza.

Tales condiciones sólo pueden darse con una docencia del más alto valor científico posible, lo cual implica la superación de los educadores como guía y ejemplo en todos los órdenes de la actividad social.

La enseñanza científica es parte fundamental de la educación y requiere el estímulo de la experimentación y de la investigación. Se enfatizó en que el aprendizaje y la práctica de las ciencias deben conjugarse con el cultivo y el disfrute de las manifestaciones más diversas de la cultura.

Se consideró que la función del maestro en nuestra sociedad socialista tiene una extraordinaria significación y jerarquía, pues su responsabilidad fundamental es la formación ideológica de las nuevas generaciones. Debe, por tanto, poseer cualidades relevantes, y ello obliga a establecer rigurosas normas para la selección del personal que accede al ejercicio de la docencia y de los aspirantes a ingresar en los centros en que se forma. El congreso reconoce que el trabajo del maestro merece un alto grado de estimación social y requiere, además, el apo-

yo de todo el pueblo; pero el propio maestro debe ganar el aprecio de la sociedad con su trabajo abnegado, su calidad docente y su identificación con los factores sociales, económicos y políticos que influyen en la Revolución. Es necesario conferir un rango prioritario a la formación de los educadores y adoptar las medidas que garanticen su eficacia, tanto en lo científico y pedagógico como en lo político e ideológico.

El Congreso recoge, como clamor unánime en relación con la formación de maestros para los distintos niveles y tipos de enseñanza, la aspiración de que tal formación debe ser única y que ha de lograrse sobre la base de la unidad de fines, orientación ideológica y pedagógica, planes de estudio, metodología e investigación educacional. Igualmente recomienda la creación de mayor número de centros formadores de personal docente en provincias, lo cual facilita la utilización de los recursos de las instituciones científicas, culturales y artísticas de la comunidad, y aproxima las escuelas al lugar de origen y posible destino de los futuros maestros.

Aunque el Congreso considera el carácter transitorio de los planes emergentes de formación regular como solución definitiva, reconoce el importante papel que en nuestro desarrollo educacional desempeñan los maestros populares que constituyen el porcentaje mayoritario de nuestro personal docente.

Es necesario mantener estos planes emergentes para resolver el déficit previsto en distintos niveles y tipos de enseñanza; para lo cual se debe insistir en las siguientes medidas: una rigurosa exigencia en la selección de los aspirantes a maestros; una mayor duración del curso introductorio; profesores que posean la necesaria preparación y experiencia para impartirlos; la dirección, organización y control de los cursos de estudios dirigidos; el entrenamiento previo al inicio del curso dirigido para posibilitar la formación de hábitos de estudio y la adquisición del método adecuado para los estudios independientes; la reconsideración del sistema de evaluación establecida: la distribución a tiempo de las guías y materiales de estudio y el mejoramiento de éstos; la estructuración y planeamiento de tales estudios de modo que propicien la puntual asistencia a los encuentros y mayor tiempo para el estudio individual del maestro-alumno.

Los progresos que con acelerado ritmo se producen en el campo de la ciencia, la técnica y la cultura, y los requerimientos que a la educación plantea nuestro proceso revolucionario de desarrollo nacional hacen necesario que todo el personal docente y técnico dirigente reciba una superación sistemática y continua.

Se consideró premisa indispensable para una verdadera ciencia de la educación acometer los planes de la Licenciatura en Pedagogía de manera que satisfaga el desarrollo y la aplicación de métodos modernos de enseñanza e impulse la investigación educacional.

Ante la realidad de un apreciable porcentaje de nuestro personal docente que posee poca experiencia y preparación profesional, se hace preciso intensificar la ayuda técnica que le permita afrontar mejor sus responsabilidades.

El congreso insiste en que la ayuda técnica debe llegar al maestro en forma continuada y sistemática y que debe utilizar a los maestros de más experiencia y calificación sin que para llevar a cabo esta actividad tengan que ser separados de sus aulas. Se hizo un análisis de los métodos utilizados para promover a los maestros y de la información que debe contener su expediente. La evaluación del maestro debe hacerse sobre la base de su conducta y aptitud, los aspectos técnico-docentes y políticos; debe ser periódica y servir de base para la promoción del educador. A la vez debe evitarse que estos cambios afecten la estabilidad de los cursos.

Los delegados analizaron los problemas referentes al tiempo del trabajador de la enseñanza, recargado a veces de innecesarias reuniones, y concluyen que es importante normar el tiempo del maestro y jerarquizar las tareas que más beneficien a la educación y al proceso revolucionario en general.

Los métodos y los medios de enseñanza que actualmente se emplean en nuestro sistema nacional de educación deben ser sometidos a una sistemática revaluación por parte del Ministerio de Educación con la participación de los maestros.

La realización de experiencias o ensayos pilotos y el desarrollo de estudios e investigaciones sobre los métodos y los medios de enseñanza a aplicar o emplear, deben constituir un requisito necesario previo a su implantación.

Los métodos de enseñanza de la matemática moderna, el aprendizaje de lectura-escritura, la enseñanza de las ciencias a base de procesos integrados o con la aplicación de modernas técnicas del método inductivo, el aprendizaje audiolingual y visual para idiomas extranjeros, y otros métodos y recursos de la tecnología pedagógica que actualmente se aplican o ensayan en nuestro sistema, se consideran logros aunque no exentos de dificultades.

Las experiencias que sobre aplicación de métodos y modernas técnicas de enseñanza, en las que se combinan las prácticas de la conferencia, los seminarios y el estudio independiente del alumno, con materiales de autoinstrucción programada; así como las que se refieren a métodos y técnicas remediales que se vienen realizando por profesores de centros docentes de educación media y superior se consideran de valor para ser tomadas en cuenta y aplicadas con mayor extensión por el Ministerio de Educación.

La televisión escolar ha sido considerada ampliamente por el Congreso y se plantean recomendaciones basadas en estudios e investigaciones realizados con vistas a la superación de las dificultades y a una mejor utilización de este logro de la educación cubana.

El congreso estima necesario que intelectuales revolucionarios escriban sobre temas de literatura infantil y de la Revolución Cubana en su lucha contra el subdesarrollo, como lectura para jóvenes y adultos. Esto constituyó una sentida reclamación de los educadores.

Se aprobó el expediente acumulativo integral y único del estudiante con vigencia desde el prescolar hasta la universidad, que registre las características y los cambios que se observan en el proceso de desarrollo del educando en todos sus aspectos. Igualmente se analizó la participación de los maestros en los planes del Ministerio de Educación y el establecimiento de órganos y mecanismos que garanticen la unidad del sistema educativo.

Es importante el flujo de la información actualizada sobre planes, medidas y acuerdos de los órganos superiores del Ministerio de Educación, del movimiento y las tendencias educativas internacionales; la promoción, el control y la información al magisterio de los estudios y las investigaciones que el desarrollo de nuestro movimiento educativo requiere, así como la necesidad de que todos los medios de comunicación masivos y las instituciones de cultura de que dispone nuestra Revolución refuercen la política y la obra educativo-cultural que desarrolla el maestro y la escuela en la formación de las nuevas generaciones de nuestra patria socialista.

En atención a que más de seiscientos treinta mil escolares asisten a escuelas de tipo multigrado, organización escolar derivada de la dispersión de la población rural, se debe ofrecer especial atención al logro de un funcionamiento más eficiente de este complicado y transitorio tipo de institución escolar.

Se destacó la importancia de las bibliotecas escolares como un agente decisivo en la formación del educando y su condición de parte integrante de la escuela, así como la conveniencia de crear un instituto tecnológico de nivel medio para la formación de bibliotecarios escolares.

Al discutir los diferentes calendarios escolares, se puso de manifiesto la multiplicidad de éstos y la falta de articulación entre los distintos niveles, así como la necesidad de adoptar medidas para superar esa situación.

El congreso consideró, destacándolo, el concepto de que tanto el director como el inspector escolar tienen la responsabilidad política, técnica y administrativa en el ejercicio de sus funciones docentes.

El congreso considera que el pueblo no sólo es objeto de una educación masiva, integral y continuada, sino también protagonista de ésta, hecho trascendente a la vez que posible únicamente en los procesos revolucionarios; y que los Organismos Populares de la Educación constituyen el vehículo idóneo para organizar y coordinar la acción popular encaminada al impulso de la educación y a la solución de sus problemas.

Por tales razones, los delegados saludan el documento elaborado por la Dirección Revolucionaria en que se establecen la estructura y funcionamiento de los Organismos Populares de la Educación y se adhieren a su fundamentación y contenido.

El congreso reconoce la necesidad de movimientos como el de "Padres Ejemplares", "Brigadas de Madres Combatientes por la Educación" y "Apadrinamiento de Escuelas" y los saluda fraternalmente.

Tales movimientos expresan de modo objetivo todo lo que las organizaciones de masas pueden hacer mediante su participación eficaz. Se enfatiza la necesidad de realizar una amplia divulgación de éstos; estimular a sus integrantes y establecer nexos adecuados entre las escuelas y los centros de trabajo, las bases campesinas, los CDR y el resto de los organismos de los trabajadores, campesinos, mujeres y estudiantes.

El congreso hace hincapié en que las organizaciones de masas que integran los Organismos Populares de la Educación consideren como una de sus tareas importantes, la captación de estudiantes para las escuelas formadoras de maestros y profesores; y que por medio de sus órganos correspondientes establezcan con las familias de los educandos nexos que permitan la mutua cooperación y ayuda en la labor formativa de los escolares.

Los delegados a este congreso estiman que los Organismos Populares de la Educación hacen una notable contribución a la atención de los problemas sociales que afronta el trabajador docente.

El congreso considera la necesidad y conveniencia de que los Organismos Populares de la Educación, particularmente los Consejos de Escuela, participen activamente en el trabajo ideológico en el ámbito de la comunidad de la escuela, tanto en el análisis de los problemas como en las medidas que se tomen para solucionarlos.

Para afrontar mejor esta tarea, conviene que se sistematice la superación cultural e ideológica de los responsables de educación de las organizaciones de masas y de los miembros de los Organismos Populares de la Educación, como procedimientos idóneos, y que para no hacer inoperante esta superación, las organizaciones estabilicen la situación de los cuadros que atienden esos frentes, evitando cambiarlos con frecuencia.

CONDICIONES AMBIENTALES

El congreso analizó a fondo la influencia del medio ambiente en la educación.

Fueron tratados entre otros los siguientes aspectos:

—Vinculación entre el hogar y la escuela.
—Relaciones entre los centros de producción y las escuelas de la comunidad.
—Modas, costumbres y extravagancias.
—Religión.
—Delincuencia juvenil.
—Sexualidad.
—Utilización del tiempo del alumno en actividades extradocentes en la comunidad.
—Medios masivos de comunicación.
—La actividad cultural.

En relación con cada uno de esos aspectos el congreso aprobó lo siguiente:

VINCULACIÓN ENTRE EL HOGAR Y LA ESCUELA

1. Que se hace necesario el fortalecimiento de los Consejos de Escuela con el fin de introducir en éstos un trabajo más directo y educativo con los padres de los educandos. A este efecto se instrumentará en los lugares en que se evidencie la necesidad de un plan en esta dirección y en la medida en que las condiciones lo permitan, la creación y establecimiento de las Escuelas de Padres en la enseñanza general, dependientes directamente del Consejo de Escuela; no como una institución aparte, sino como un programa de actividades, en los ángulos educativos en su sentido más amplio, proyectado además hacia la formación integral del educando en un ajuste pleno de su salud mental, física y social.

2. Que en la educación de los padres participen todos los recursos que existan en la comunidad y que puedan ser brindados en ese ámbito a través de los medios con que cuenten los organismos y organizaciones de masas y políticas.

3. Que se divulgue la importancia de la relación familia-escuela, padres-hijos, comunidad-escuela como instrumentos formativos de nuestra sociedad, en su conjunto, destacando la importancia trascendental de estas relaciones a cuya funcionalidad inmediata debemos dirigir nuestros esfuerzos.

4. La familia ha cobrado en nuestra sociedad una nueva significación al vincularse a las instituciones colectivas que hacen posible la formación integral y cabal del hombre, y la construcción del socialismo. La necesidad de elevar al máximo y en breve plazo la base económica del país desarrolla masivamente a hombres y mujeres. La consecuencia de la movilización de los factores sociales es una modificación en parte de la estructura de la familia, que por otro lado constituye en la sociedad socialista un vehículo para la inserción de la niñez y de la juventud en el medio social.

5. Que tanto el retraso escolar como la subescolarización de los jóvenes son consecuencia del ausentismo y la deserción escolar, factores estos que propician las desviaciones de conducta y aparecen como una constante en la generalidad de los casos de delincuencia juvenil.

6. Que la Revolución, al jerarquizar el papel de la escuela, ha dignificado el trabajo del maestro estableciendo y ratificando en múltiples ocasiones su importancia en la formación ideológica de las nuevas generaciones. La conducta del maestro, su ejemplaridad y su actitud revolucionaria determinan el reconocimiento social de su autoridad.

7. Que la existencia de deficientes mentales en sus distintas gradaciones, la repercusión que tiene el retraso escolar en el bajo rendimiento intelectual de los educandos y la alta representación que tienen estos factores en los distintos trastornos de la conducta, nos lleva a proponer:

a) Que se incrementen las instituciones para el internamiento y atención de los casos más agudos de retraso mental en la medida en que sea necesario.

b) Que se establezcan, dentro de nuestras posibilidades, nuevas escuelas especializadas para retrasados mentales a fin de proporcionar la ubicación pertinente a estos educandos.

c) Que a los efectos de mejorar el rendimiento intelectual de los deficientes mentales ligeros y fronterizos, ubicados en las escuelas del sistema regular, se incrementen, en lo posible, las instituciones adecuadas para ellos.

d) Que atendiendo a la situación educacional que presentan los escolares con trastornos de la conducta, en los distintos niveles de la enseñanza, se estudie la posibilidad de crear escuelas para atención de este tipo de patología.

8. Que en la formación del alumno hay una responsabilidad social inherente a padres y maestros, y de la cual deben responder solidariamente, ya que las deficiencias de la acción de cada uno en su medio tienen la repercusión correspondiente inmediata en el otro, por lo que deben extenderse entre ambos los vínculos de la cooperación, el entendimiento y la armonía.

9. Que es evidente la necesidad de impartir a los padres educación para la salud, dado que los malos hábitos higiénicos adquiridos en el medio familiar repercuten e influyen sobre el medio escolar, en perjuicio de la salud.

RELACIONES ENTRE LOS CENTROS DE PRODUCCIÓN Y LAS ESCUELAS DE LA COMUNIDAD

El Ministerio de Educación tiene la alta responsabilidad de poner en manos de la juventud los conocimientos de la ciencia y de la técnica usando para ese fin los mejores recursos didácticos para un aprendizaje efectivo y útil, activo y funcional. La alta tecnificación que exigen la industria, la agricultura y la ganadería, determina una formación de los estudiantes de estas ramas que responda al eficiente desarrollo de la producción.

Ante la importancia de los Centros de Estudios Tecnológicos para el desarrollo del país, son fundamentales las relaciones que estos centros mantengan con los organismos productivos de cada comunidad, debido no sólo a los recursos en base material de estudio que poseen los centros de trabajo de las diversas ramas, sino a la experiencia práctica que pueden aportar los talleres y sus técnicos a nuestros estudiantes. Es imprescindible que los contenidos teóricos de las distintas materias de estudio se articulen metodológicamente de forma que no se limite la investigación del alumno a un campo determinado.

En la Enseñanza Tecnológica la capacitación y el adiestramiento deben marchar juntos; la vinculación del alumno con la producción directa es un logro económico que no solamente conjuga el estudio con el trabajo y la teoría con la práctica, sino que establece el nudo social fundamental entre la escuela y la fábrica. La práctica se apoya en la experimentación, desarrollando la capacidad crítica que permita a los estudiantes tener visión de los procesos modernos de la producción, desarrollando un pensamiento técnico de alta productividad.

Otro vínculo necesario de los centros de enseñanza tecnológica es el que se establece con los organismos de investigación al objeto de incorporar a los graduados que van a dedicarse a la docencia, así como a los profesores en ejercicio, en la colaboración estrecha y diaria con sus labores investigativas.

Las distintas ponencias que sobre el aspecto del título han sido consideradas en la comisión, alertan, con la presentación de situaciones concretas, sobre la necesidad de superar las debilidades existentes en las relaciones entre los centros de producción, las escuelas tecnológicas y las que se establecen con los centros de investigación y experimentación. Algunas veces los conocimientos prácticos de los egresados no son satisfechos con ubicaciones correctas, aunque la práctica preprofesional haya tenido un buen desarrollo en muchos lugares dentro de todas las enseñanzas.

Los acuerdos van desde la petición de apadrinamiento hasta el establecimiento de una política conjunta de fábricas y escuelas, entre los centros de enseñanza técnica y profesional y los ministerios y empresas, de especialidades afines, lo que resolvería favorablemente muchas situaciones relativas a la superación y capacitación del personal técnico, las pasantías, la ayuda técnica, las investigaciones, la ubicación de graduados y el análisis conjunto de los planes de estudios y de los programas, todo ello con las ventajas consecuentes para el desarrollo económico del país.

Fueron motivos de recomendaciones, entre otros, los que siguen:

—Que se cree una política encaminada a estrechar los lazos producción-escuela y que los organismos y empresas insistan en la continuación del desarrollo técnico de los egresados, al mismo tiempo que los centros de estudio mantengan contacto con estos últimos preocupándose por sus actividades en la producción. Se recomienda que las prácticas que realizan los alumnos en los centros productivos estén en función de la docencia y a favor de la formación. Otra recomendación plantea la incorporación a la producción, por especialidades, de los profesores de asignaturas técnicas, y que aquellos egresados que hayan sido seleccionados como profesores debieran pasar algún tiempo en los centros de investigación de su especialidad antes de incorporarse al oficio docente.

En otros aspectos de la discusión se recogieron recomendaciones que tratan de la ayuda que los alumnos pueden ofrecer a obreros de bajo nivel cultural; y que en los centros de trabajo se conozca y estimule la asistencia y el aprovechamiento de los trabajadores que estudian en los planes de la Educación de Adultos.

Se recomendó el intercambio de visitas entre los alumnos juveniles que estudian en distintos talleres y centros de producción, aprobándose además la situación ventajosa y necesaria de una estrecha coordinación entre el MINED, que tiene la responsabilidad técnica de las Escuelas Talleres, con las administraciones de los centros de producción.

Finalmente merece destacarse el acuerdo sobre las visitas de los niños de escuelas primarias a los centros productivos, al objeto de estimular su orientación profesional futura con el conocimiento de los procesos productivos en forma directa.

MODAS, COSTUMBRES Y EXTRAVAGANCIAS

Se precisó en el debate que el aspecto fundamental a considerar en la evaluación de un joven en la Revolución, debe ser su actitud social, es decir, su participación en el esfuerzo colectivo de transformación revolucionaria de la sociedad. Se analizaron profundamente los aspectos referentes a las modas, costumbres, etcétera, desde el punto de vista sociológico, ideológico y político.

Se considera, que si bien es cierto que algunas manifestaciones de extravagancia, exhibicionismo, etcétera, no deben constituir centro de atención de la Revolución por estar restringidas a grupos minoritarios y generalmente marginales, la necesidad de mantener la unidad monolítica ideológica de nuestro pueblo y el combate a cualquier forma de desviación entre los jóvenes, determinan la necesidad de implementar las medidas necesarias para su erradicación.

Se analizó la moda, en su aspecto social de hábito de vestir, su natural evolución y la necesidad del desarrollo de un trabajo orientador por organismos especializados de la Revolución. Se diferenció la aberración extravagante, generada unas veces en la asimilación acrítica de manifestaciones similares de grupos extranjeros, y otras, por la actitud contrarrevolucionaria de microgrupos que las utilizan como mecanismos de identificación entre sí y de protesta contra la Revolución, siendo necesario en ambos casos el enfrentamiento directo y su eliminación.

Se alertó sobre los grupos extravagantes extranjeros y su actitud en la putrefacta sociedad burguesa, que aunque no necesariamente sean expresión de lucha revolucionaria sino de evasión de la realidad enajenante de esa sociedad, llevan en su seno un germen de protesta. Tal antagonismo contra el sistema capitalista no puede entenderse que sirva de ejemplo o estímulo a nuestros jóvenes que tienen la posibilidad de su realización individual en la construcción comunista.

Las conclusiones derivadas del debate son las siguientes:

1. La Revolución ha de tener en cuenta el fenómeno social de la moda dentro del marco de nuestras características económicas, ambientales e ideológicas.

2. Al estudiar este fenómeno de modas, costumbres, extravagancias, etcétera, ratificamos la necesidad de mantener la unidad monolítica e ideológica de nuestro pueblo, y el combate a cualquier forma de desviación entre los jóvenes.

3. Que es necesario el enfrentamiento directo para la eliminación de las aberraciones extravagantes.

4. La Revolución debe orientar una política consecuente en relación a la moda, que con una acción positiva neutralice o impida la entrada de tendencias de la moda que se originan en países capitalistas de gran desarrollo cuya base económica, mercantil e ideológica debe tenerse presente y que cuando las aceptamos indiscriminadamente devienen un factor de dependencia cultural.

5. Que a partir del hecho de la influencia de determinadas modas que se atribuyen la representación de formas de rebeldía juvenil, debe hacerse un trabajo de divulgación y explicación sobre el origen, desarrollo, asimilación y exportación del fenómeno por las sociedades decadentes que lo trasmiten, tergiversan y comercializan, como un intento último de colonización cultural.

RELIGIÓN

1. Se precisó que la actividad de las distintas religiones no significa un fenómeno de peso en el desarrollo ideológico de nuestro pueblo, ni en el ámbito de nuestra sociedad, monolíticamente activa en el propósito de la construcción del socialismo.

Se analizó profundamente el cuadro religioso del país, su complejidad, la actitud de cada iglesia, secta y grupo religioso, definiéndose de manera diferenciada la actitud consecuente de la Revolución en cada caso concreto. Se destacó notablemente, por su actividad de enfrentamiento a la Revolución, las sectas de mayor importancia:

a) Testigos de Jehová. — Su génesis ideológica y política en el centro internacional que radica en los Estados Unidos, su método de trabajo, el contenido de su literatura y la forma concreta de actuar en nuestro medio rural.

b) Bando Evangélico Gedeón (batiblancos). — Grupo en descenso, con una abierta actividad contrarrevolucionaria.

c) Adventistas del Séptimo Día. — La contradicción más notable —el que no realicen actividades los sábados, no enviando los niños a la escuela, no trabajando, etcétera.

Se analizó y precisó las zonas de mayor influencia y quedó claramente establecido que la vigencia de dichas sectas sobre algunos sectores de la población, descansa en:

a) El método de trabajo que aplican sus miembros, que se acercan a los campesinos, los atienden, ayudan con actividades individuales, a veces esforzadas, de sus activistas.

b) El nivel cultural de la población sobre la que trabajan.

c) El hecho indiscutible de que siempre que un grupo o secta logra penetrar y captar algunos núcleos de nuestra población, esto es expresión de un pobre trabajo de los organismos políticos, administrativos, de masas y educacionales.

Quedó precisado, también, que existen múltiples experiencias demostrativas de que el trabajo revolucionario desarrollado integralmente por nuestro partido, organismos de masas, políticos y la escuela, mediante el acercamiento al pueblo, el conocimiento de sus problemas, la sensibilidad por sus preocupaciones y dificultades, su elevación cultural, etcétera, ha erradicado de muchas áreas la ascendencia de las sectas.

Se analizó la situación concreta en nuestro país de la iglesia católica a la luz del movimiento mundial de reforma de ésta, la actitud de la jerarquía eclesiástica respecto al proceso revolucionario y al papel que desempeña hoy en nuestro continente el movimiento revolucionario de ciertos sectores católicos, cuyo punto de mira es nuestra Revolución. La separación de los problemas socioeconómicos de los filosóficos, orientado a los miembros de la misma, que posibilita y estimula incluso el aporte individual a la actividad de construcción económica y social de la Revolución, unido a nuestra política de aceptar el aporte de todos en el trabajo revolucionario, abre las puertas a su participación.

Se planteó la actividad de captación entre los niños por parte de la iglesia, y el activismo mediante programaciones deportivas, fiestas etcétera, organizadas por ella, destacándose este hecho como demostrativo de nuestro trabajo insuficiente, la no utilización de los enormes recursos potenciales de la Revolución a disposición de los organismos políticos, de masas y la escuela, y nuestra debilidad a la actividad ideológica y política práctica. La programación de actividades extraescolares, la atención de niños y jóvenes en la organización del tiempo libre y recreación, como política a seguir, será la solución definitiva de estos problemas.

2. La política de la Revolución respecto a la actividad religiosa ha descansado en los siguientes principios:

a) No considerar el fenómeno religioso como centro o elemento prioritario de nuestro trabajo. Nuestros esfuerzo fundamental debe estar dirigido a la construcción de la sociedad socialista, debiendo en este caso, desde luego atender y definir los pasos que la Revolución debe dar en el combate ideológico.

b) Separación absoluta Estado-iglesia, escuela-iglesia, en todos los campos.

c) No estimular, apoyar o ayudar a ningún grupo religioso, ni pedir nada de ellos.

d) No compartimos las creencias religiosas ni las apoyamos; tampoco el culto.

e) La revolución respeta las creencias religiosas como derecho individual de cada cual, así como el culto. No impone, no persigue, no reprime a nadie por sus creencias religiosas.

f) Teniendo como centro la construcción socialista, la Revolución da cabida y oportunidad en su obra transformadora a todo el mundo, independientemente de si profesa creencias religiosas, o no.

g) Respecto a las sectas oscurantistas y contrarrevolucionarias, desenmascararlas y combatirlas.

3. Se precisó como instrumento de combate fundamental de la Revolución:

a) La enseñanza científica en la escuela para combatir la mentira, la superchería y la farsa contrarrevolucionaria.

b) Los hechos de la Revolución: los profundos cambios en el terreno social, económico y político.

4. Finalmente, se precisó que, siendo materialistas, marxistas-leninistas, nuestro camino no debe ser la antirreligiosidad burda, sino la enseñanza científica, la elevación cultural del pueblo y el ofrecimiento a los maestros de materiales educativos al respecto.

DELINCUENCIA JUVENIL

El congreso considera que, siendo la delincuencia juvenil en sus distintas manifestaciones

una parte de la patología social que en escala nacional debe ser atendida, controlada y reprimida, no fundamentalmente por la jerarquía o magnitud que ésta puede haber alcanzado en el ámbito nacional, sino por la capital importancia que este fenómeno social tiene en el proceso actual en que vivimos, se plantea la necesidad de su combate frontal y a ese efecto, y previo al estudio de las causas y factores que la generan, se abordaron los siguientes puntos:

a) La importancia que en la producción de este fenómeno tienen el retraso mental y el retraso escolar.

b) La alta proporción de estos jóvenes que en el momento de ser detenidos no se encuentran incorporados a las actividades escolares.

c) La situación de estos muchachos que por no haber alcanzado la edad laboral no pueden incorporarse a las actividades productivas.

d) Las malas condiciones habitacionales de los hogares de donde proceden estos jóvenes.

e) El bajo per cápita económico familiar.

f) La alta proporción de estos menores que proceden de hogares disueltos o incompletos.

g) La incidencia de problemas de tipo religioso o de sectas religiosas, fundamentalmente las procedentes del continente africano (ñáñigas o abacuá).

h) La repercusión que en esto tiene el quebrantamiento de las normas de convivencia social establecidas por las leyes, y la falta de sistematización de la represión de algunas actividades delictivas y contravencionales.

i) La carencia de medios o su deficiente utilización en funciones de asistencia social.

j) La ausencia de un sistema nacional de prevención social que coordine los esfuerzos y utilice los medios existentes de los distintos organismos y organizaciones en función de una actividad preventiva.

Todo esto unido a la realidad existente en los actuales Centros de Reducación, que no cuentan con los educadores, medios técnicos, personal calificado e instalaciones adecuadas, para lograr la readaptación social de los menores remitidos a estas instituciones, además de otros factores deficitarios que inciden en la educación y en el tratamiento social adecuado de estos, nos conducen a la situación actual de este minoritario sector de la juventud.

En base a lo anteriormente señalado se llegaron a los siguientes acuerdos:

—Que la Enseñanza Especializada contemple el tratamiento de menores con retraso mental que cometan hechos delictivos o que tengan una conducta antisocial, en las aulas existentes y en aquellas que se establezcan.

—Que se creen los mecanismos necesarios para situar en Escuelas-Talleres, becas o instituciones apropiadas, a los menores inadaptados que no presentan retraso mental y que no requieren ser enviados a instituciones de reducación, y los egresados de estos últimos.

—Organizar cursos emergentes de capacitación que permitan la función técnica del personal que interviene en el proceso de readaptación de estos menores, bien sea en instituciones de reducación u otros centros adecuados.

—Que hasta tanto el MINED no desarrolle las condiciones necesarias para asimilar los centros de reducación, se realice por este organismo, en coordinación con el MININT, un análisis de las necesidades de maestros y medios auxiliares de la enseñanza con la finalidad de resolverlos en la medida de las posibilidades. Asimismo, el INDER y Cultura deberán realizar un análisis similar en lo referente a sus actividades y con la misma finalidad.

—Que se someta a análisis y discusión por parte de la Dirección de Educación las ponencias elaboradas y presentadas a la Comisión de Estudios del Comité Central del Partido que tratan sobre:

—Los Centros de Evaluación

—Las Comisiones de Dictámenes técnico-científicos.

—Las instituciones de reducación.

—El sistema de Prevención Social.

SOBRE LA SEXUALIDAD

La Comisión analizó el problema social de la sexualidad, y dentro de ello las ideas y conceptos sobre el tema. Estudió las relaciones sexuales en sentido general e hizo especial análisis del fenómeno en la adolescencia y la juventud.

Se hizo un recuento de cómo se ha transformado la situación de las relaciones sexuales en la sociedad prerrevolucionaria, cuando tales relaciones estaban conformadas por el sistema de explotación, por la profunda desigualdad social y por la violencia que producían la lacra característica de la prostitución y las distintas modalidades de la mercantilización del sexo con su secuela de aberraciones.

En el momento presente, la transformación estructural y el desarrollo de nuestra sociedad han erradicado definitivamente esas manifestaciones propias de las sociedades de explotación pero —como sucede en todo proceso revolucionario— el cambio ha traído aparejadas nuevas contradicciones que exigen un esfuerzo constante de renovación creadora en las conductas, los hábitos sociales y las ideas.

El criterio general acepto que es preciso extender, excepto en algunos tipos de enseñanzas que por su índole y características lo hagan imposible, la enseñanza coeducacional. Que se debe brindar una información oportuna y suficiente sobre las relaciones sexuales y el proceso de procreación, dando respuestas veraces y científicas a las interrogantes de los niños y de los jóvenes en la escuela y en el hogar. A fin de disipar la ignorancia y los prejuicios que existen sobre estas materias y sin necesidad de instituir cursos especiales, se debe ofrecer el conocimiento de estos en el marco de la enseñanza general.

También se precisó que es indispensable situarse correctamente para valorar la importancia de las distintas contradicciones y de los diversos frentes de actividad revolucionaria, y que en consecuencia habrá que dar prioridad a la defensa material e ideológica y al desarrollo socioeconómico, que son los campos de antagonismo fundamental. Que los cambios en el plano de las relaciones sexuales dinaman de la sociedad a medida que ésta se desarrolla en lo económico, lo social y lo cultural y va ganando una ideología más consecuentemente revolucionaria.

Por último, se hizo énfasis en la atención que ha de dispensarse a los sentimientos y opiniones de los jóvenes, conocer sus puntos de vista y dar la posibilidad a la discusión y el análisis profundo para promover una concepción de lo que significa el amor en la formación de la pareja humana y los motivos que deben unirla, no con un criterio meramente biológico, sino con una idea de plenitud humana que incluya la admiración recíproca y la estimación profunda, en función de valores vitales y estéticos, pero por valores sociales, políticos y morales fundamentalmente.

Se analizó la prostitución en su origen socioeconómico dentro de la sociedad burguesa, su liquidación total a lo largo de estos años de trabajo revolucionario dentro de la transformación operada en nuestra sociedad. Que las manifestaciones residuales y microlocalizadas existentes, caen más bien dentro del campo delincuencial.

Respecto a las desviaciones homosexuales se definió su carácter de patología social. Quedó claro el principio militante de rechazar y no admitir en forma alguna estas manifestaciones ni su propagación destacándose, sin embargo, que sería el estudio, la investigación y el análisis profundo de este complejo problema lo que determinaría siempre las medidas a tomar.

Quedó establecido que el homosexualismo no debe ser considerado como un problema central o fundamental de nuestra sociedad, pero que es necesario su atención y solución.

Se profundizó en el origen y evolución del fenómeno así como su magnitud actual, sobre el carácter antisocial de esta actividad y las medidas preventivas y educativas que deben implementarse. El saneamiento de focos e incluso el control y reubicación de casos aislados, siempre con un fin educativo y preventivo. Se estuvo de acuerdo en diferenciar los casos, su grado de deterioro y la actitud necesariamente distinta frente a los diversos casos y grados.

En base a estas consideraciones se llegó a la conclusión de que es conveniente poner en práctica las medidas siguientes:

a) Extensión del sistema coeducacional: Reconocer la importancia de la coeducación en la formación de niños y jóvenes.

b) Educación sexual adecuada a padres, maestros y alumnos. Este trabajo no debe hacerse en el marco de una asignatura especial, sino en la programación de la enseñanza general común, de la biología, fisiología, etc.

Realizar un trabajo de divulgación a maestros y padres de estas materias para que éstos puedan a su vez satisfacer de una manera honrada y científica las interrogantes de niños y jóvenes.

c) Promover una consideración justa de la sexualidad. Realizar un trabajo de divulgación con adolescentes y jóvenes que contribuya a participar de un conocimiento científico de la sexualidad, a borrar prejuicios e inseguridades que determinan en algunos casos una jerarquización inadecuada de este fenómeno.

d) Promover una discusión con los jóvenes en los casos en que sea necesario que se profundice en el aspecto humano de las relaciones entre los sexos.

En el tratamiento del aspecto del homosexualismo la Comisión llegó a la conclusión de que no es permisible que por medio de la "calidad artística" reconocidos homosexuales ganen influencia que incida en la formación de nuestra juventud.

Que como consecuencia de lo anterior se precisa un análisis para determinar cómo debe abordarse la presencia de homosexuales en distintos organismos del frente cultural.

Se sugirió el estudio para la aplicación de medidas que permitan la ubicación en otros organismos, de aquellos que siendo homosexuales no deben tener relación directa en la formación de nuestra juventud desde una actividad artística o cultural.

Que se debe evitar que ostenten una representación artística de nuestro país en el ex-

tranjero personas cuya moral no responda al prestigio de nuestra Revolución.

Finalmente, se acordó solicitar penas severas para casos de corruptores de menores, depravados reincidentes y elementos antisociales irreductibles.

UTILIZACION DEL TIEMPO DEL ALUMNO EN ACTIVIDADES EXTRADOCENTES EN LA COMUNIDAD

Estas actividades pueden ser, entre otras de distinto carácter, las siguientes:

—Visitas dirigidas a salas de museos y galerías, para lo cual deberán crearse sala didácticas en los diferentes regionales;

—celebrar concursos en las escuelas que originen talleres literarios y propendan a desarrollar la capacidad creadora de escritores noveles;

—que se acerquen a los jóvenes las actividades musicales, como los conciertos de la Orquesta Sinfónica Nacional;

—programar excursiones y actividades de campismo;

—practicar deportes y recurrir a la gimnasia como entrenamiento muscular y esparcimiento de los alumnos;

—celebrar un festival cultural estudiantil que culmine las actividades de todo un año;

—cumplir los verdaderos objetivos de las actividades pioneriles y no entenderlas como simples metas a cumplir;

—crear círculos pioneriles donde el niño pueda desarrollar actividades educativas tales como: pintar, aprender algún instrumento musical, etcétera.

—y otras que proporcionen, por ejemplo, actividades científicas y culturales en las vacaciones.

En el aspecto de las creaciones más concretas se recomienda:

—Encuentros de aficionados intercentros.

—Organización de brigadas de trabajo para mantenimiento y cuidado de las áreas verdes, edificios, parques y monumentos.

—Visitar centros de producción, como una etapa del proceso de investigación de un asunto desarrollado en el aula.

—Lograr que el trabajo artístico con niños y adolescentes sea oficialmente orientado por el MINED y que éste quede dentro del Plan Único de la Escuela.

MEDIOS MASIVOS DE COMUNICACION

La radio, la televisión, el cine, la prensa, son medios masivos de comunicación, instrumentos poderosos de conformación ideológica, forjadores de la conciencia colectiva, cuya utilización y desarrollo no pueden ser dejados al azar de la improvisación y de la espontaneidad.

En consecuencia con este principio, el Congreso proclama la necesidad de que exista una sola dirección político-cultural, en estrecha coordinación con los medios masivos de comunicación, orientada de acuerdo con las necesidades de la educación masiva e imprescindible para nuestro desarrollo: la necesidad de que entre el Ministerio de Educación y los organismos responsables de los medios de difusión se establezca una estrecha vinculación, con objeto de elaborar programas radiales, televisados, cinematográficos, artículos periodísticos, de revistas y obras literarias y artísticas, que contribuyan de modo efectivo a la formación de jóvenes y niños.

La radio y la televisión constituyen, entre los medios masivos de comunicación, los de más amplia y profunda influencia en las grandes masas del país.

Por ello, los organismos culturales deben prestar, de modo regular y sostenido, una mayor colaboración para utilizar la radio y la televisión como vehículos de las distintas manifestaciones y realizaciones en sus más altas y elaboradas expresiones, ajustándose a las realidades y posibilidades técnicas y políticas de las programaciones establecidas.

El Congreso insistió en la necesidad de considerar la radio y la televisión no sólo como medios de entretenimiento y diversión, sino, fundamentalmente, como instrumentos de gran eficacia en la formación de la conciencia del hombre nuevo.

El cine, como medio masivo de comunicación, es el arte por excelencia de nuestro siglo. Lenin dijo: "Es de todas las artes, la más importante".

Vivimos en un mundo en el que se desarrolla una confrontación a muerte entre los intereses imperialistas encabezados por el imperialismo yanqui y los intereses revolucionarios de los pueblos que tienen su vanguardia en los países socialistas y en los movimientos revolucionarios de liberación nacional. En esta coyuntura que caracteriza nuestra época, el fortalecimiento ideológico permanente de nuestro pueblo es tarea de primer orden. Somos el primer país socialista del continente latinoamericano, sometido a múltiples y constantes hostigamientos, intrigas y agresiones del imperialismo yanqui, que hemos resistido y vencido en todos sus intentos por destruirnos y en medio de un tenaz y heroico esfuerzo de transformación económica enderezado a liquidar la herencia del subdesarrollo.

Cuba lleva adelante una Revolución que tiene en el marxismo-leninismo y en las tradiciones de lucha que conforman nuestra historia sus bases de sustentación y enriquecimiento ideológico-cultural. El estudio y profundización de los países de nuestra cultura, de nuestra personalidad como nación, de los elementos que la integran y de sus líneas de desarrollo, a lo largo de más de cien años de lucha, es actividad imprescindible por traer aparejadas las posibilidades de superación constante del nivel ideológico-cultural de las masas.

Esto demanda un trabajo sistemático y coherente en el que los medios de comunicación de masas y las manifestaciones artísticas de la cultura, a partir de sus especificidades, deben promover en nuestro pueblo la inquietud y el conocimiento de nuestra historia. En la medida en que este esfuerzo coordinado alcance sus objetivos, estaremos en condiciones de encarar con más fuerza y eficacia la penetración cultural imperialista y poder discernir del conjunto de ideas e influencias contemporáneas cuáles debemos aceptar y cuáles rechazar. El árbol de nuestra cultura será el fruto de este trabajo en el que nos afirmaremos en primer lugar en nuestra condición nacional y latinoamericana, punto de partida para una asimilación crítica de la cultura universal.

Es por eso que el Congreso pide la continuación e incremento de películas y documentales cubanos de carácter histórico como medio de eslabonar el presente con el pasado y plantea diferentes formas de divulgación y educación cinematográficas para que todo nuestro pueblo esté en condiciones de ser cada vez más un espectador activo y analítico ante las diversas manifestaciones de este importante medio de comunicación.

El creciente adelanto tecnológico de los medios masivos de comunicación y de sus insospechadas perspectivas obliga a nuestra sociedad revolucionaria a contrarrestar la contaminación del aire por la ideología imperialista mediante la creación de anticuerpos ideológicos que anulen sus nocivos efectos. La alternativa que los hechos plantean no es la asepsia, sino la lucha. De ahí la necesidad imperiosa de emprender, en forma sistemática, los debates, análisis, estudios y enjuiciamientos públicos que preparen a las masas a enfrentarse críticamente a todas las formas de expresión de la ideología burguesa.

Incluso debe irse a la búsqueda de métodos revolucionarios ante la previsible penetración del cine y la televisión imperialistas por el sistema de satélites.

No es hurtando la cara, sino presentando batalla abiertamente, como puede vencerse en esta lucha irreconciliable con la ideología imperialista.

Los problemas planteados por la influencia del medio social en la educación, demandan, por sus implicaciones y consecuencias, soluciones encaminadas a extirpar las raíces que los sustentan.

En el campo de la lucha ideológica no caben los paliativos ni las medias tintas. La única alternativa son los deslindes claros, precisos y tajantes. Sólo nos es dable la coexistencia ideológica con la creación espiritual de los pueblos revolucionarios, con la cultura socialista, con las formas de expresión de la ideología marxista-leninista.

Parafraseando a José Martí, decimos:

Injértese en nuestra Revolución el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestra Revolución.

LA ACTIVIDAD CULTURAL

El desarrollo de las actividades artísticas y literarias de nuestro país debe fundarse en la consolidación e impulso del movimiento de aficionados, con un criterio de amplio desarrollo cultural en las masas, contrario a las tendencias de élite.

El socialismo crea las condiciones objetivas y subjetivas que hacen factible la auténtica libertad de creación y, por ende, resultan condenables e inadmisibles aquellas tendencias que se basan en un criterio de libertinaje con la finalidad de enmascarar el veneno contrarrevolucionario de obras que conspiran contra la ideología revolucionaria en que se fundamenta la construcción del socialismo y el comunismo, en que está hoy irrevocablemente comprometido nuestro pueblo y en cuyo espíritu se educan las nuevas generaciones.

El Congreso estima que en la selección de los trabajadores de las instituciones supraestructurales, tales como universidades, medios masivos de comunicación, instituciones literarias y artísticas etc., se tomen en cuenta sus condiciones políticas e ideológicas, ya que su labor influye directamente en la aplicación de la política cultural de la Revolución.

Es insoslayable la revisión de las bases de los concursos literarios nacionales e internacionales que nuestras instituciones culturales promueven, así como el análisis de las condi-

ciones revolucionarias de los integrantes de esos jurados y el criterio mediante el cual se otorgan los premios.

Al mismo tiempo, se precisa establecer un sistema riguroso para la invitación a los escritores e intelectuales extranjeros, que evite la presencia de personas cuya obra e ideología están en pugna con los intereses de la Revolución, específicamente con los de la formación de las nuevas generaciones, y que han desarrollado actividades de franco diversionismo ideológico alentando a sus amanuenses del patio.

Los medios culturales no pueden servir de marco a la proliferación de falsos intelectuales que pretenden convertir el esnobismo, la extravagancia, el homosexualismo y demás aberraciones sociales, en expresiones del arte revolucionario, alejados de las masas y del espíritu de nuestra Revolución.

El Congreso considera que tanto en la música, como en las demás manifestaciones del arte y la literatura, se concentre el esfuerzo en:

1. Trabajar en el desarrollo de nuestras propias formas y valores culturales revolucionarios.

2. Desarrollar el conocimiento de los valores culturales de los pueblos hermanos latinoamericanos.

3. Asimilar lo mejor de la cultura universal, sin que nos lo impongan desde afuera.

4. Desarrollar programas con fines didácticos en los que se estudie el carácter y origen de la música cubana.

La cultura actúa sobre la realidad que la origina y toma partido en las luchas de los pueblos que han sido víctimas de la opresión a lo largo de siglos de colonialismo y de explotación capitalista. La cultura, como la educación, no es ni puede ser apolítica ni imparcial, en tanto que es un fenómeno social e histórico condicionado por las necesidades de las clases sociales y sus luchas e intereses a lo largo de la historia. El apoliticismo no es más que un punto de vista vergonzante y reaccionario en la concepción y expresión culturales.

Para la burguesía, la eliminación de los elementos culturales propios de su clase y de su régimen se identifica con la desaparición de la cultura como tal.

Para la clase obrera y el pueblo trabajador, la cultura, nacida de la lucha revolucionaria, es la conquista y desarrollo de lo más valioso del acervo cultural humano cuyo acceso le fue impedido durante siglos por los explotadores.

El intelectual revolucionario ha de dirigir su obra a la erradicación de los vestigios de la vieja sociedad que subsisten en el período de transición del capitalismo al socialismo.

2

La formación plena del hombre exige el desarrollo de todas las capacidades que la sociedad pueda promover en él. En la sociedad comunista no existen trabas para este desarrollo integral.

La educación también se lleva a cabo a través de la participación en todas las manifestaciones del arte y la literatura.

La escuela socialista, junto a las demás fuerzas organizadas de la sociedad, es el principal factor para la formación multilateral del hombre. La actividad artística constituye uno de los elementos esenciales desde los primeros grados escolares.

La educación científico-técnica, político-ideológica, física, moral y estética, constituye nuestro concepto de la formación integral del hombre.

3

Durante la etapa colonial, lo africano, a pesar de la brutal opresión, se funde con lo español formando las bases de lo que será la cultura cubana.

En las primeras décadas del siglo pasado se conforman los rasgos iniciales de nuestra nacionalidad, la cual se va reflejando en el arte y la literatura.

Las luchas independentistas de nuestro pueblo afianzan la cultura nacional portadora de características propias, y a la vez, capaz de asimilar los elementos culturales universales.

José Martí, en su vida y su obra, es el más alto exponente de esa cultura cubana y de la identificación del intelectual hasta la muerte misma con la causa de su patria y de su pueblo. En las filas de los mambises, junto a los campesinos, a antiguos negros esclavos liberados por la Revolución, a los artesanos y otros trabajadores de la ciudad, combatieron y murieron profesionales, universitarios, artistas y escritores.

A las corrientes intelectuales revolucionarias que crearon una cultura nacional, se opuso una corriente entreguista que fue la expresión de las tendencias políticas reaccionarias de su época: los anexionistas, los reformistas y los autonomistas, plattistas de 1901 que luego medraron en la seudorrrepública.

La Revolución patriótica, antimperialista y popular preconizada y dirigida por Martí, quedó trunca por la intervención yanqui en 1898. A partir de ese momento, el imperialismo norteamericano, arrogante y brutal, llevó su programa de neocolonización económica, política y cultural.

La neocolonia instaurada en Cuba supuso que las riquezas básicas pasaran a manos de los monopolios yanquis, que se ejerciera la política que más convenía a los designios de la nueva metrópoli, que se reprimiera al pueblo y que se pusiera en marcha todo un plan de aplastamiento de la cultura nacional.

Despreciaron y pretendieron destruir nuestras manifestaciones culturales, para imponernos el criterio de que carecíamos de una tradición propia.

Introdujeron sus ideas en los textos escolares para tergiversar nuestra historia. Mediante el control de los medios de comunicación masiva, ridiculizaron a nuestro pueblo, impusieron los esquemas del llamado "modo de vida americano" y desataron una campaña de embrutecimiento colectivo, a través de la colonización del gusto estético.

Bajo el dominio imperialista, se perpetuaron las lacras coloniales que, al frenar el desarrollo, dejaron como secuela una educación minimizada, un millón de analfabetos adultos y la comercialización de la enseñanza bajo todas las formas de discriminación.

La clase obrera, los campesinos, los estudiantes y los intelectuales honestos, fieles a nuestra tradición patriótica, se enfrentaron combativamente a esta situación.

Lo mejor de la intelectualidad cubana, rompiendo el cerco imperialista, fue heredera intransigente del legítimo pasado cultural en las nuevas condiciones históricas.

4

La toma revolucionaria del poder posibilitó que los escritores y artistas pudieran canalizar su obra con facilidades nunca vistas, sin el acoso de la sociedad capitalista.

La Campaña de Alfabetización, la nacionalización de la enseñanza y de los medios de comunicación masivos, los planes de becas y la creación de los organismos culturales fueron premisas esenciales de esta transformación. Surgía en el pueblo la avidez por los libros, las obras teatrales, las películas, el arte.

La Revolución Cubana contó desde el primer momento con la solidaridad de todos los pueblos y de la parte más valiosa de la intelectualidad internacional. Pero junto a quienes se unían honestamente a la causa revolucionaria, entendían su justeza y la defendían, se insertaron intelectuales pequeñoburgueses seudoizquierdistas del mundo capitalista que utilizaron la Revolución como trampolín para ganar prestigio ante los pueblos subdesarrollados. Estos oportunistas intentaron penetrarnos con sus ideas reblandecientes, imponer sus modas y sus gustos e incluso, actuar como jueces de la Revolución.

Son portadores de una nueva colonización. Son los que pretenden dictarnos normas en política y en cultura, desde las capitales del mundo occidental. Estos personajes han encontrado en nuestro país un grupito de colonizados mentales que han servido como caja de resonancia a sus ideas.

Éstos, que recogen del suelo los yugos rotos por nuestro pueblo en más de cien años de lucha, son acreedores de nuestro más profundo desprecio, manifestado en el proceso de fortalecimiento de nuestras organizaciones de masas y particularmente del movimiento obrero, en las asambleas de los trabajadores de la educación, de todas las ramas de la actividad social. Son los trabajadores quienes han denunciado sus ideas reblandecientes que intentan denigrar a nuestro pueblo y deformar a nuestros jóvenes.

Es el pueblo quien en todo momento ha sabido salvar y defender la cultura. Junto a él está la mayor parte de nuestros artistas y escritores, todos nuestros verdaderos valores, cuya actividad se ha visto en cierto modo estorbada durante los últimos años por esta corriente obstruccionista y colonizante.

5

Somos un país bloqueado.

Construimos el socialismo a sólo unos pasos del centro del imperialismo mundial, en medio de un continente que hasta hace muy poco tiempo fue el traspatio donde aquél ejerció su poder más absoluto.

La amenaza de agresión militar del imperialismo yanqui contra Cuba no es una especulación; ha estado presente a todo lo largo de nuestro proceso revolucionario.

Nuestro pueblo lucha contra el imperialismo y construye el socialismo en todos los frentes.

El arte es un arma de la Revolución.

Un producto de la moral combativa de nuestro pueblo.

Un instrumento contra la penetración del enemigo. La revolución socialista en sí es el más alto logro de la cultura cubana y, partiendo de esta verdad insoslayable, estamos dispuestos a continuar la batalla por su más alto desarrollo.

Nuestro arte y nuestra literatura serán valio-

sos medios para la formación de la juventud dentro de la moral revolucionaria, que excluye el egoísmo y las aberraciones típicas de la cultura burguesa.

La cultura de una sociedad colectivista es una actividad de las masas, no el monopolio de una elite, el adorno de unos pocos escogidos o la patente de corso de los desarraigados.

En el seno de las masas se halla el verdadero genio y no en cenáculos o en individuos aislados. El usufructo clasista de la cultura ha determinado que hasta el momento sólo algunos individuos excepcionales descuellen. Pero es sólo síntoma de la prehistoria de la sociedad, no el rasgo definitivo de la cultura.

La verdadera historia de la humanidad, la que se inicia en la lucha revolucionaria y en la consecuente toma del poder, está protagonizada por las masas. Es entonces que importa irreversiblemente la condición humana, política e ideológica de cada hombre.

El hombre liberado, desalienado, dueño de su destino no estará sujeto al aprisionamiento de su ser en una determinada práctica excluyente.

La inteligencia de las masas ejercerá la cultura en todas sus potencialidades creadoras, abriendo la posibilidad del pleno desarrollo del individuo.

Los maestros, técnicos, científicos, estudiantes, todos los trabajadores, pueden, en el terreno de la literatura, como en otros, transmitir muchas de sus ricas vivencias y desarrollar aptitudes artísticas y literarias.

La formación ideológica de los jóvenes escritores y artistas es una tarea de máxima importancia para la Revolución. Educarlos en el marxismo-leninismo, pertrecharlos de las ideas de la Revolución y capacitarlos técnicamente es nuestro deber.

La Revolución libera el arte y la literatura de los férreos mecanismos de la oferta y la demanda imperantes en la sociedad burguesa. El arte y la literatura dejan de ser mercancías y se crean todas las posibilidades para la expresión y experimentación estética en sus más diversas manifestaciones sobre la base del rigor ideológico y la alta calificación técnica.

El arte de la Revolución, al mismo tiempo que estará vinculado estrechamente a las raíces de nuestra nacionalidad, será internacionalista. Alentaremos las expresiones culturales legítimas y combativas de la América Latina, Asia y África, que el imperialismo trata de aplastar. Nuestros organismos culturales serán vehículos de los verdaderos artistas de estos continentes, de los ignorados, de los perseguidos, de los que no se dejan domesticar por el colonialismo cultural y que militan junto a sus pueblos en la lucha antimperialista.

Condenamos a los falsos escritores latinoamericanos que después de los primeros éxitos logrados con obras en que todavía expresaban el drama de estos pueblos, rompieron sus vínculos con los países de origen y se refugiaron en las capitales de las podridas y decadentes sociedades de la Europa Occidental y los Estados Unidos para convertirse en agentes de la cultura metropolitana imperialista. En París, Londres, Roma, Berlín Occidental, Nueva York, estos fariseos encuentran el mejor campo para sus ambigüedades, vacilaciones y miserias generadas por el colonialismo cultural que han aceptado y profesan. Sólo encontrarán de los pueblos revolucionarios el desprecio que merecen los traidores y los tránsfugas.

En este sentido, sería oportuno recordarles lo planteado por un delegado en el Congreso Cultural de La Habana:

> Los occidentales estamos ya tan contaminados, que el intelectual responsable debería, en primer lugar, decir a todo hombre de un país menos preso en las redes: desconfía de mí. Desconfía de mis palabras. De todo lo que tengo. Estoy enfermo y contagioso. Mi única salud es saberme enfermo. Aquel que no se sienta enfermo, es quien lo está más hondamente.
>
> Nuestra enfermedad es la colonización de las conciencias. Nos fue inoculada durante una larga guerra sicológica sostenida por el capitalismo contra los pueblos que gobierna.

Los pueblos de los países colonizados y explotados del mundo actual no vacilarán a la hora de elegir el camino. No sólo tienen que luchar contra la opresión económica de los monopolios, sino también oponerse y rechazar las ideas y los modelos culturales neocolonizantes. El imperialismo ha practicado contra estos pueblos el genocidio cultural, ha intentado subvertir sus valores nacionales y su lengua. Este proceso de aniquilamiento ha sido una constante en nuestros tres continentes, y se ha manifestado con brutal magnitud en Vietnam, Laos y Camboya.

Es decir, la batalla de vida o muerte hay que darla en todos los frentes: en el económico, en el político y en el ideológico.

Desde las metrópolis, los aliados conscientes del imperialismo tratan de influir en los pueblos subdesarrollados y someterlos al neocolonialismo cultural. Es la realidad que han tenido que sufrir los países explotados.

Combatimos todo intento de coloniaje en el orden de las ideas y de la estética. No rendimos culto a esos falsos valores que reflejan las estructuras de las sociedades que desprecian a nuestros pueblos. Rechazamos las pretensiones de la maffia de intelectuales burgueses seudoizquierdistas de convertirse en la conciencia crítica de la sociedad. La conciencia crítica de la sociedad es el pueblo mismo y, en primer término, la clase obrera, preparada por su experiencia histórica y por la ideología revolucionaria, para comprender y juzgar con más lucidez que ningún otro sector social los actos de la Revolución.

La condición de intelectual no otorga privilegio alguno. Su responsabilidad es coadyuvar a esa crítica con el pueblo y dentro del pueblo. Pero para ello es necesario compartir los afanes, los sacrificios, los peligros de este pueblo. Quienes, con la vieja "arrogancia señorial" a que aludía Lenin, se atribuyen el papel de críticos exclusivos, mientras abandonan el escenario de las luchas y utilizan a nuestros pueblos latinoamericanos como tema para creaciones literarias que los convierten en favoritos de los salones burgueses y las editoriales del imperialismo, no pueden erigirse en jueces de las revoluciones. Por el contrario, sus pueblos, de los que desertan, sabrán juzgarlos. Y los distinguen ya de los intelectuales verdaderamente revolucionarios, aquellos que han quedado con el pueblo y en el pueblo, participando en la difícil tarea cotidiana de crear y combatir, compartiendo con esos pueblos todos los riesgos y, lo mismo que Martí y el Che, cambiando la "trinchera de ideas" por la "trinchera de piedras" cuando a ello los ha llamado imperativamente su deber.

Nuestras expresiones culturales contribuirán a la lucha de los pueblos por la liberación nacional y el socialismo.

No transigiremos con lo que el imperialismo difunde como sus expresiones artísticas más logradas, entre las que resalta la pornografía, que constituye la manifestación inequívoca de su propia decadencia.

Una sociedad nueva no puede rendir culto a la inmundicia del capitalismo. El socialismo no puede comenzar por donde finalizó Roma. Nuestras obras artísticas elevarán la sensibilidad y la cultura del hombre, crearán en él una conciencia colectivista, no dejarán terreno alguno para el diversionismo enemigo en cualesquiera de sus formas.

Mientras el imperialismo utiliza todos sus medios para sembrar el reblandecimiento, la corrupción y el vicio, nosotros profundizamos el trabajo en nuestra radio, televisión, cine, libros y publicaciones que circulan en el país, de modo que se constituyan, cada vez más, en barreras infranqueables que enfrenten resueltamente la penetración ideológica de los imperialistas.

Los farsantes estarán contra Cuba. Los intelectuales verdaderamente honestos y revolucionarios comprenderán la justeza de nuestra posición. Éste es el pueblo de Girón y de la Crisis de Octubre. El pueblo que ha mantenido, mantiene y mantendrá su Revolución a sólo noventa millas del imperialismo.

Muchos escritores seudorrevolucionarios que en la Europa Occidental se han enmascarado de izquierdistas, en realidad tienen posiciones contrarias al socialismo; los que juegan al marxismo pero están contra los países socialistas; quienes se dicen solidarios con las luchas de liberación pero apoyan la agresión israelí y la conquista de territorios auspiciada por el imperialismo norteamericano contra los pueblos árabes; los que en definitiva han convertido el izquierdismo en mercancía, perderán la careta.

Cese ya para siempre el juego con el destino de los pueblos. Nosotros, desde esta plaza sitiada, proclamamos que nuestros pueblos tienen que dar un grito de independencia bien alto contra el coloniaje cultural.

Este congreso hace suyas por su actualidad y vigencia plena aquellas formidables palabras de José Martí:

> Lloren los trovadores de las monarquías sobre las estatuas de sus reyes, rotas a los pies de los caballos de las revoluciones; lloren los trovadores republicanos sobre la cuna apuntalada de sus repúblicas de gérmenes podridos; lloren los bardos de los pueblos viejos sobre los cetros despedazados, los monumentos derruidos, la perdida virtud, el desaliento aterrador; el delito de haber sabido ser esclavo, se paga siéndolo mucho tiempo todavía. Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar; tenemos agraviada la legión gloriosa de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos.

DISCURSO DE FIDEL CASTRO

(1º de mayo 1971)

● Señores invitados.

Compañeros de la presidencia.

Compañeras y compañeros delegados al Primer Congreso Nacional de la Educación y la Cultura.

Compañeras y compañeros del Sindicato Nacional de Educación, Cultura y Ciencia...

¿Falta algo ahí?

Como saben los compañeros del Congreso, hoy llevamos ya dieciséis horas y cuarto trabajando todos sin parar un solo minuto. Por eso nosotros no queremos abusar, ni mucho menos que algunos se vayan a dormir a esta hora, y por eso trataremos de ser breves.

No vamos a hablar de los puntos, las conclusiones, las recomendaciones, porque de eso largamente se ha hablado y se acaba de exponer en la Declaración del Congreso.

Nos parece que lo más importante es señalar, a los efectos de sacar las conclusiones útiles, otros aspectos que merecen señalarse. En primer lugar, este Congreso ha sido el desarrollo consecuente de una línea de masas en la educación.

En este Congreso han participado prácticamente todos los profesores y maestros del país, que suman casi cien mil. Tuvieron lugar miles de reuniones en la base. Se trajeron al Congreso, y se discutieron, 413 ponencias. Se recibieron en el Congreso 7.843 recomendaciones. Se compatibilizaron 4.703, es decir: quedaron 4.703 después de compatibilizadas. Y se discutieron 4.703 recomendaciones. Y se aprobaron entre dos mil quinientas y tres mil —falta el dato exacto— que saldrán, junto con los dictámenes, en las Memorias de este Primer Congreso.

De manera que aquí se ha traído la expresión fiel de lo que piensan, lo que sienten, lo que anhelan, lo que preocupa y lo que desean nuestros educadores. Al éxito del Congreso ha contribuido el apoyo pleno de todas las organizaciones de masas y de los organismos. De manera que en su Congreso los educadores han contado con un apoyo total del país.

El Congreso se ha caracterizado por su magnífica organización, su extraordinario trabajo previo —que comenzó desde la base—; se ha caracterizado por la seriedad de los análisis y las discusiones; se ha caracterizado por la profundidad de los debates; se ha caracterizado por el extraordinario espíritu de trabajo.

Se trabajó de verdad y sin descanso en este Congreso, ¡tanto que apenas se durmió! Y como resultado de ese trabajo se ha logrado lo que puede calificarse de un magnífico programa educacional para nuestro país, es decir, para esta etapa de la Revolución. De hecho tenemos ya el programa de la educación para la Revolución para esta década, y que resume la experiencia de nuestros educadores en estos años.

El Congreso ha puesto de manifiesto algo que no nos toma por sorpresa, que es el considerable número de cuadros y de valores educacionales que se han ido desarrollando en estos años de Revolución.

El Congreso puso en evidencia también los niveles que se van alcanzando y la complejidad creciente de estos problemas. Y, por tanto, la necesidad de un mayor esfuerzo de superación, de un mayor rigor en el estudio y en el trabajo, para responder a una exigencia creciente de la calidad y de la técnica en la medida en que crece el propio nivel de nuestros educadores y en la medida en que crecen, por supuesto, las complejidades en nuestros problemas educacionales.

Se reveló un superior espíritu de camaradería entre los delegados del Congreso. Y, entre los compañeros, prevaleció en todo

instante un espíritu verdadero de fraternidad, de compañerismo, de cooperación, sin egoísmos, sin individualismos, sin grupismos, sin ninguna manifestación por parte de nadie absolutamente del deseo de prevalecer o de predominar o de ganar popularidad.

El Congreso se caracterizó, además, por una gran exigencia. Y en las sesiones plenarias prevalecía un fuerte espíritu de crítica y, podríamos decir, de presión por cada uno de los delegados que pedía hacer uso de la palabra. Es decir, la rápida e inmediata inconformidad con el menor detalle, con el menor descuido, con la menor pérdida de tiempo.

De manera que a nosotros nos parecía que este Congreso era un poco la imagen de la futura sociedad de nuestro país. Y habrá que ver si en un mundo así podrá vivir un analfabeto, un ignorante, y si incluso se plantea desde ahora, entre otras muchas razones que se han expuesto de orden económico, científico y de todo tipo, la educación como condición elemental de vida espiritual y moral del hombre del futuro. Porque creemos que en una sociedad que avanza hacia niveles superiores de cultura la vida para el ignorante será moralmente insoportable.

Nosotros observábamos todas estas características a medida que se desenvolvía el Congreso, y meditábamos sobre estos problemas.

Los debates fueron amplísimos en las comisiones, los criterios fueron expuestos con absoluta franqueza, con absoluta libertad, como no se puede concebir en ninguna otra sociedad que no sea socialista, expresando en todo instante únicamente los intereses de la comunidad, los intereses de la patria, que son los intereses de los trabajadores, los intereses de los estudiantes, los intereses de los niños.

No exponían aquí los profesores y maestros sus preocupaciones por un grupito de niños privilegiados que podían ir a la escuela, no venían aquí a defender con calor y con pasión las iniciativas y los criterios que irían a beneficiar a una minoría de clase explotadora y privilegiada. Defendían los criterios y los intereses de los hijos de nuestros trabajadores y de nuestros campesinos, a lo largo y ancho de la isla; expresaban y reflejaban las inquietudes por aquellos niños que van a las escuelas humildes todavía, sí, muy pobres todavía, pero muy dignas, de las montañas de Baracoa o de la Sierra Maestra o del Escambray o de la Ciénaga de Zapata o de la Península de Guanahacabibes. Estaban representando los intereses de todos los niños sin excepción; luchaban por todo aquello que de un modo o de otro podía mejorar la calidad de la enseñanza que reciben esos niños, la enseñanza del millón seiscientos mil niños matriculados en nuestras escuelas primarias, la de casi doscientos mil estudiantes de los cursos regulares de la enseñanza media y superior y de cientos de miles de adultos que estudian en las escuelas de superación obrera y campesina y otras escuelas; en fin, los intereses de más de dos millones trescientas mil personas que estudian, que quiere decir los intereses más sagrados de nuestro pueblo, los intereses más fundamentales de nuestra patria, de los cuales depende el presente, pero sobre todo depende en grado extraordinario el futuro.

Eso es lo que representan aquí los delegados al Congreso, todos: los intereses de toda la sociedad, de una sociedad que ha erradicado la explotación del hombre por el hombre, que ha erradicado el sistema de explotación que existía. Y por eso, sólo en un proceso revolucionario y sólo después de una Revolución tan profunda como la que ha tenido lugar en nuestra patria podía tener lugar un Congreso como éste. Porque en el pasado ¿qué habría sido un Congreso como éste? —y eso nos decían algunos delegados—. Demandas de tipo económico de toda índole, en medio de una lucha lógica por la supervivencia, facciones. Aquí habrían estado representadas todas esas corrientes que fueron combatidas.

Aquí habríamos tenido un conjunto de profesores y maestros representando en algunas ocasiones, desde luego, estos mismos intereses que representan ahora: los de los campesinos, los de los obreros, los de los estudiantes; habían tenido posiblemente una minúscula participación en este Congreso.

Habrían estado representadas todas las organizaciones y partidos burgueses, un Congreso dividido en una decena de partidos; habrían estado representados —por supuestos— los intereses de los explotadores, bien representados. Aquí habrían estado representadas todas las corrientes más oscurantistas, más retrógradas y más negativas.

Eso no habría podido llamarse jamás Congreso.

¿Pero qué caracterizó muy especialmente este Congreso? ¿Qué nos llamó extraordinariamente la atención? Y es que en este Congreso, donde se discutieron incontables cuestiones, donde se presentaron cientos de ponencias y miles de recomendaciones, en que lógicamente muchas de esas materias dos debates, sobre todo aquellas que tenían que ser y eran objeto de apasionanían que ver con las técnicas, con los problemas de los métodos, evaluaciones, problemas prácticos de los muchos que se han referido aquí; en este Congreso, donde se discutió tanto sobre todos los problemas discutibles y controvertibles, sin embargo, en lo que se refiere a las cuestiones ideológicas, en lo que se refiere a las cuestiones revolucionarias, en lo que se refiere a las cuestiones políticas, había una posición firme, sólida, unánime, monolítica.

Y los temas que suscitaban más ardor, más pasión y más unanimidad, los que provocaron los más clamorosos aplausos, fueron precisamente esos temas que abordaban las cuestiones ideológicas, las cuestiones políticas, las cuestiones revolucionarias, y que revelaban hasta qué punto las ideas revolucionarias, las ideas patrióticas, las ideas internacionalistas, las ideas marxistas-leninistas han calado profundamente en el corazón y en la conciencia de nuestro pueblo y muy especialmente en una gran parte de nuestros educadores.

Y cómo los maestros enviaron aquí delegados que eran fiel reflejo de ese pensamiento, de esas ideas, de esas posiciones verticales y radicales en la política que es fundamental.

Y por eso nosotros nos sentimos alentados y nos sentimos optimistas de saber que nuestros educadores —en cuyas manos está la educación de más de dos millones de personas, la educación de la actual generación—, nuestro movimiento de educadores ha alcanzado ya esos niveles de conciencia revolucionaria y política.

Se ha logrado elaborar un conjunto de ideas magníficas. No podríamos pretender, ni muchos menos, que hemos logrado ya la perfección, que todas las ideas ya fueran las óptimas. Pero sí tenemos la impresión de que nos hemos acercado a lo máximo, a lo óptimo.

Y lógicamente en años sucesivos, y respondiendo incluso a nuevas experiencias y a nuevas necesidades, haremos mayores avances. Pero con lo que se ha elaborado bien se puede decir que se inicia en nuestra educación una nueva etapa, que se inicia una verdadera revolución en nuestra educación.

Creemos que este Congreso significará un salto de calidad incuestionable; creemos que este Congreso contribuirá a poner en primer plano la importancia de la educación; creemos que este Congreso contribuirá decisivamente a que nuestro pueblo todo tome conciencia de la importancia fundamental de este problema.

Creo que este Congreso que ha logrado a priori el apoyo de todos y muy especialmente de nuestras organizaciones de masas, tendrá asegurado ese apoyo en los años futuros en un nivel superior al que hayamos alcanzado jamás.

Creo que este Congreso contribuirá a elevar extraordinariamente la dignidad de los educadores, que este Congreso elevará ante la conciencia de todo el pueblo el papel de los educadores como reconocimiento a su trabajo y, además, como reconocimiento a su sentido del deber.

Y aunque el papel del educador merezca el reconocimiento de todo el pueblo merecen especial reconocimiento esas palabras emanadas del Congreso al expresar que los propios educadores contribuirán decisivamente a ello, que los propios educadores deberán alcanzar el más alto puesto en la estima de nuestro pueblo por su propio esfuerzo, por su propio trabajo, por su propio espíritu de superación. En el Congreso se señalaron las dificultades que todavía nos encontramos —las muchas dificultades— en la realización práctica de las tareas de la educación; problemas de muy diversa índole que iban desde los problemas de la familia, los problemas de los servicios, los problemas del transporte y, en fin, muchas de esas dificultades de orden material que obstaculizan el trabajo, el desempeño óptimo de la actividad, muchas de las cuales infortunadamente tardaremos todavía años por resolver. Pero que, sin embargo, hay entre ellas muchas que pueden ser aliviadas, que pueden ser mejoradas en la misma medida en que todo el pueblo, todas las organizaciones de masas y todos los organismos pongan especial empeño en ayudar a obviarlas.

Esa toma de conciencia acerca de la importancia de la educación por todo el pueblo, sin duda nos ayudará a facilitar las condiciones de trabajo de los maestros. Esa toma de conciencia que es la que hace que cuando alguien en un carro —en los lugares donde no hay ningún otro vehículo— se encuentre un maestro esperando para ir a la escuela o de regreso de la escuela, en seguida se acuerde de que es un maestro, que ese maestro está formando a las nuevas generaciones, que cada hora que pierda, cada minuto que pierda lo pierde el país, y se detenga allí, por apurado que vaya, para prestarle una cooperación y una ayuda.

He citado este ejemplo como uno de los muchos, de los miles de ejemplos en que la toma de conciencia, el espíritu de cooperación puede cooperar con el trabajo de la educación. De la misma manera los organismos que están al frente de los servicios, y muy especialmente las organizaciones de masas, cuyo apoyo es tan fundamental y decisivo en las tareas de la educación.

Porque algo en lo cual había unánime criterio es que la educación, donde los educadores juegan un papel muy importante, es sin embargo deber de todos y tarea de todos, obligación de todos y esfuerzo de todos.

Por nuestra parte, por parte de la dirección de nuestro partido y del Gobierno Revolucionario, que siempre ha tenido preocupación por los problemas de la educación, que sin duda de ninguna clase ha dado a esta actividad grandes recursos de todo tipo, al extremo de que hoy trabajan en el campo de la educación, de la cultura y de la ciencia —como expresó aquí en el día de hoy la compañera Olga— ciento setenticinco mil trabajadores, casi cien mil profesores y maestros, sin contar las decenas de miles de jóvenes que están preparando para esta actividad. Tendrán —decimos— del partido y del Gobierno Revolucionario el máximo interés, porque para todos nosotros este Congreso servirá además para que tengamos una información más pormenorizada, más detallada de los problemas, y además dispongamos de ese magnífico material que se ha elaborado para trabajar en el campo de la educación.

Pues aunque se hayan puesto al servicio de la educación grandes recursos, todavía no veíamos con suficiente claridad todavía no acabábamos de ver con suficiente claridad cómo aún quedaban recursos potenciales para apoyar la actividad de la educación; recursos que la Revolución tiene en sus manos y que, aunque han trabajado en ese sentido, pueden todavía aportar mucho más a la educación.

Tenemos, desde luego, a las organizaciones de masas identificadas absolutamente con la tarea de los educadores. Pero además tenemos otros recursos técnicos, tenemos esos medios masivos de comunicación, tenemos esos recursos que se han señalado.

Tenemos el Instituto del Libro, por ejemplo. Es cierto que se ha hecho un esfuerzo de impresión grande. Es cierto que se han triplicado, cuadruplicado los libros impresos. Es cierto que, incluso, si vamos a atender el 100 % de las necesidades, todas esas imprentas y todas esas capacidades son todavía limitadas, aun incluyendo la nueva imprenta que nos facilitaron los amigos de la República Democrática Alemana y que está a punto de entrar en producción.

Pero hay que tener un criterio preciso acerca de las prioridades de nuestro Instituto del Libro. Y ese criterio se puede resumir con estas palabras: en los libros que se impriman en el Instituto del Libro, la primera prioridad la deben tener los libros para la educación, la segunda prioridad la deben tener los libros para la educación, ¡y la tercera prioridad la deben tener los libros para la educación! Eso está más que claro.

A veces se han impreso determinados libros. El número no importa. Por cuestión de principios hay algunos libros de los cuales no se debe publicar ni un ejemplar, ni un capítulo, ni una página, ¡ni una letra!

Claro está que tenemos que tener en cuenta el aprendizaje, nuestro aprendizaje. Claro está que en el transcurso de estos años hemos ido cada día conociendo mejor el mundo y sus personajes. Algunos de esos personajes fueron retratados aquí con nítidos y subidos colores. Como aquellos que hasta trataron de presentarse como simpatizantes de la Revolución, ¡entre los cuales había cada pájaro de cuenta! Pero que ya conocemos, y nuestra experiencia servirá para los demás, y servirá para los países latinoamericanos, y servirá para los países asiáticos y los países africanos.

Hemos descubierto esa otra forma sutil de colonización que muchas veces subsiste y pretende subsistir al imperialismo económico, al colonialismo, y es el imperialismo cultural, el colonialismo político, mal que hemos descubierto ampliamente. Que tuvo aquí algunas manifestaciones, que no vale la pena ni detenerse a hablar de eso. Creemos que el Congreso y sus acuerdos son más que suficientes para aplastar como una catapulta esas corrientes.

Porque en definitiva, en Europa, si usted lee un periódico burgués liberal de Europa y en Europa, para ellos los problemas de este país, no, no son los problemas de un país a noventa millas de los Estados Unidos, amenazado por los aviones, las escuadras, los millones de soldados del imperialismo, sus armas químicas, bacteriológicas, convencionales y de todo tipo. No es el país librando una épica batalla contra ese imperio que nos quiere hundir y bloquear por todas partes, ¡no! No son estos problemas que nos plantean las condiciones de un país subdesarrollado, que tiene que librar su sustento en condiciones difíciles. No son los problemas de los más de dos millones de niños y jóvenes o de estudiantes que tenemos que atender, llevarles libros, materiales, lápices, ropa, zapatos, muebles, pupitres, pizarras, medios audiovisuales, tizas, alimentos en muchas ocasiones —puesto que tenemos medio millón aproximadamente que comen en las escuelas—, aulas, edificaciones, ropa, zapatos. ¡No! Para esos señores que viven aquel mundo tan irreal estos no son problemas, esto no existe.

Hay que estar locos de remate, adormecidos hasta el infinito, marginados de la realidad del mundo, para creer que éstos no son nuestros problemas, para ignorar estos reales problemas que tenemos nosotros, que van desde el libro de texto, el medio audiovisual, el programa, la articulación de los programas, los métodos de enseñanza, los niveles, las preparaciones, etcétera, etcétera, etcétera. Y creen que los problemas de este país pueden ser los problemas de dos o tres ovejas descarriadas, que puedan tener algunos problemas con la Revolución porque "no dan el derecho" a seguir sembrando el veneno, la insidia y la intriga en la Revolución.

Por eso, cuando trabajábamos en estos días en el Congreso, algunos decían que seguramente a eso me iba a referir yo esta noche. Pero, ¿por qué? ¿Por qué tengo que referirme a esas basuras? ¿Por qué tenemos que elevar a la categoría de problemas de este país problemas que no son problemas para este país? ¿Por qué, señores liberales burgueses? ¿Acaso no sienten y no palpan lo que opina y lo que expresa la masa de millones de trabajadores y campesinos, de millones de estudiantes, de millones de familias, de millones de profesores y maestros, que saben de sobra cuáles son sus verdaderos y fundamentales problemas?

Algunas cuestiones relacionadas con chismografía intelectual no han aparecido en nuestros periódicos. Entonces: "¡Qué problema, qué crisis, qué misterio, que no aparecen en los periódicos!" Es que, señores liberales burgueses, estas cuestiones son demasiados intrascendentes, demasiado basura para que ocupen la atención de nuestros trabajadores y las páginas de nuestros periódicos.

Nuestros problemas son otros. Y ya aparecerán las historias, y ya aparecerán los problemillas en alguna revista literaria: más que suficiente. Y algún rato de ocio, de aburrimiento —si es que cabe— lo puede dedicar el público como un entretenimiento o como una ilustración útil a esas cuestiones que quieren a toda costa que las elevemos a la categoría de problemas importantes.

Porque ellos allá, todos esos periódicos reaccionarios, burgueses, pagados por el imperialismo, corrompidos hasta la médula de los huesos, a mil millas de distancia de los problemas de esta Revolución y de los países como el nuestro, creen que ésos son los problemas. ¡No!, señores burgueses: nuestros problemas son los problemas del subdesarrollo y cómo salirnos del atraso en que nos dejaron ustedes, los explotadores, los imperialistas, los colonialistas; cómo defendernos del problema del criminal intercambio desigual, del saqueo de siglos. Esos son nuestros problemas.

¿Y los otros problemas? Si a cualquiera de esos "agentillos" del colonialismo cultural lo presentamos nada más que en este Congreso, creo que hay que usar la policía, no obstante lo cívicos y lo disciplinados que son nuestros trabajadores y que son estos delegados al Congreso. No se pueden ni traer, es lo sabe todo el mundo. Así es. Por el desprecio profundo que se ha manifestado incesantemente sobre todas estas cuestiones.

De manera que me he querido referir

a esto para explicarles el porqué a los liberales burgueses.

Están en guerra contra nosotros. ¡Qué bueno! ¡Qué magnífico! Se van a desenmascarar y se van a quedar desnudos hasta los tobillos. Están en guerra, sí, contra el país que mantiene una posición como la de Cuba, a noventa millas de los Estados Unidos, sin una sola concesión, sin el menor asomo de claudicación, y que forma parte de todo un mundo integrado por cientos de millones que no podrán servir de pretexto a los seudoizquierdistas descarados que quieren ganar laureles viviendo en París, en Londres, en Roma. Algunos de ellos son latinoamericanos descarados, que en vez de estar allí en la trinchera de combate, en la trinchera de combate, viven en los salones burgueses, a diez mil millas de los problemas, usufructuando un poquito de la fama que ganaron cuando en una primera fase fueron capaces de expresar algo de los problemas latinoamericanos. Pero lo que es con Cuba, a Cuba no la podrán volver a utilizar jamás, ¡jamás!, ni defendiéndola. Cuando nos vayan a defender les vamos a decir: "No nos defiendan, compadres, por favor, no nos defiendan". "¡No nos conviene que nos defiendan!" "¡No nos conviene que nos defiendan!", les diremos.

Y desde luego, como se acordó por el Congreso, ¿concursitos aquí para venir a hacer el papel de jueces? ¡No! ¡Para hacer el papel de jueces hay que ser aquí revolucionarios de verdad, intelectuales de verdad, combatientes de verdad! Y para volver a recibir un premio, en concurso nacional o internacional, tiene que ser revolucionario de verdad, escritor de verdad, poeta de verdad, revolucionario de verdad. Eso está claro. Y más claro que el agua. Y las revistas y concursos, no aptos para farsantes. Y tendrán cabida los escritores revolucionarios, esos que desde París ellos desprecian, porque los miran como unos aprendices, como unos pobrecitos y unos infelices que no tienen fama internacional. Y esos señores buscan la fama, aunque sea la peor fama: pero siempre tratan, desde luego, si fuera posible, la mejor.

Tendrán cabida ahora aquí, y sin contemplación de ninguna clase ni vacilaciones, ni medias tintas, ni paños calientes, tendrán cabida únicamente los revolucionarios.

Ya saben, señores intelectuales burgueses y libelistas burgueses y agentes de la CIA y de las inteligencias del imperialismo, es decir, de los servicios de Inteligencia, de espionaje del imperialismo: en Cuba no tendrán entrada, ¡no tendrán entrada!, como no se la damos a UPI y a AP. ¡Cerrada la entrada indefinidamente, por tiempo indefinido y por tiempo infinito!

Es es todo lo que tenemos que decir al respecto.

Ahora, esos instrumentos: cuanto libro se publique aquí, cuanto papel se imprima, cuanto espacio dispongamos útil dondequiera, en todos los medios de divulgación, no digo que los vayamos a usar ciento por ciento en la educación. Desgraciadamente, no podemos. Pero no podemos, no porque no están disponibles ahí, sino porque no tendríamos los materiales, el personal calificado necesario para dedicar la televisión entera, entera a la educación. Si la educación es atractiva, la cultura forma parte de la educación; las mejores obras culturales, las mejores creaciones artísticas del hombre y de la humanidad forman parte de la educación. Pero todo lo que puedan ser usadas, serán usadas. Y deberán ser cada vez más usadas.

Aquí se habla de la necesidad que tenemos de películas infantiles, de programas de televisión infantiles, de literatura infantil. Y no Cuba, prácticamente el mundo está carente de eso. Pero, ¿cómo vamos a tener programas infantiles si surgen algunos escritores influidos por esas tendencias y entonces pretenden ganar nombre, no escribiendo algo útil para el país sino al servicio de las corrientes ideológicas imperialistas? Cómo han estado recibiendo premios esos señores, escritores de basura en muchas ocasiones. Porque independientemente de más o menos nivel técnico para escribir, más o menos imaginación, nosotros como revolucionarios valoramos las obras culturales en función de los valores que entrañen para el pueblo.

Para nosotros, un pueblo revolucionario en un proceso revolucionario, valoramos las creaciones culturales y artísticas en función de la utilidad para el pueblo, en función de lo que aporten al hombre, en función de lo que aporten a la reivindicación del hombre, a la liberación del hombre, a la felicidad del hombre.

Nuestra valoración es política. No puede haber valor estético sin contenido humano.

No puede haber valor estético contra el hombre. No puede haber valor estético contra la justicia, contra el bienestar, contra la liberación, contra la felicidad del hombre. ¡No puede haberlo!

Para un burgués cualquier cosa puede ser un valor estético, que lo entretenga, que lo divierta, que lo ayude a entretener sus ocios y sus aburrimientos de vago y de parásito improductivo. Pero esa no puede ser la valoración para un trabajador, para un revolucionario, para un comunista. Y no tenemos que tener ningún temor a expresar con toda claridad estas ideas. Si los revolucionarios hubieran tenido temor por las ideas, ¿dónde demonios estarían? Tendrían diez cadenas en el cuello y cien mil patas sobre los hombros —no digo pies—, patas de verdugos y de opresores y de imperialistas. Por algo una revolución es una revolución y existe y se desarrolla. Y por algo existen los revolucionarios y para algo existen los revolucionarios. Y ésas son y tienen que ser y no puede haber otras valoraciones. Pues decíamos que, claro, es lógico que nos falten libros de literatura infantil. Unas minorías privilegiadas escribiendo cuestiones de las cuales no se derivaba ninguna utilidad, expresiones de decadencia. ¡Ah!, pero en parte también porque aquí se han adoptado ciertos criterios. En los tiempos contemporáneos, ¿se considera intelectual a quién? Hay un grupito que ha monopolizado el título de intelectuales y de trabajadores intelectuales. Los científicos, los profesores, los maestros, los ingenieros, los técnicos, los investigadores, no, no son intelectuales. Ustedes no trabajan con la inteligencia. Según ese criterio, los educadores no son intelectuales.

Pero también ha habido una cierta inhibición por parte de los verdaderos intelectuales, que han dejado en manos de un grupito de hechiceros los problemas de la cultura. Esos son como los hechiceros de las tribus en las épocas primitivas, en que aquéllos tenían tratos con Dios, con el diablo también, y además curaban, conocían las hierbas que curaban, las recetas, las oraciones, las mímicas que curaban.

Y ese fenómeno todavía en medio de nuestro primitivismo se produce. Un grupito de hechiceros que son los que conocen las artes y las mañas de la cultura y pretenden ser eso.

Y por eso se ha planteado que nosotros en el campo de la cultura tenemos que promover ampliamente la participación de las masas y que la creación cultural sea obra de las masas y disfrute de las masas. Y que los mejores valores que ha creado la humanidad en todos los siglos, desde la literatura antigua, las esculturas, las pinturas, igual que lo fueron los principios de la ciencia, la matemática, la geometría, la astronomía, puedan ser patrimonio de las masas, puedan estar al alcance de las masas, puedan comprenderlas y disfrutarlas las masas. Y que las masas sean creadoras.

¿No tenemos acaso casi cien mil profesores y maestros? ¿No hemos visto nosotros en este Congreso brillantísimas intervenciones, agudas y profundas inteligencias, imaginación, carácter, tantas virtudes a raudales? ¿Es que acaso entre casi cien mil profesores y maestros, para señalar sólo un sector de nuestros trabajadores, no podrían promover un formidable movimiento cultural, un formidable movimiento artístico, un formidable movimiento literario? ¿Por qué no buscamos, por qué no promovemos, para que surjan nuevos valores, para que podamos atender esas necesidades, para que podamos tener literatura infantil, para que podamos tener muchos más programas de radio y de televisión educacionales, culturales, infantiles? Es eso lo que debemos hacer, es eso el movimiento de masas que debemos proponer.

¿Qué mejor ejemplo que el de hoy, en los espectáculos que brindaron los alumnos, jovencitos de la secundaria y de preuniversitaria? Algunos de esos alumnos representaban determinadas escuelas, donde todos los alumnos participan en algún Círculo de Interés Científico, y donde todos los alumnos participan en actividades culturales, y escriben, escriben poesía, y obras literarias, y obras de teatro, y representan, y practican todas las actividades culturales. Y aquí los hemos visto esta noche.

Si nosotros podemos hacer eso en todas las escuelas, y podemos hacerlo —¿no vimos un grupo de niños?—, podemos y debemos hacerlo desde los círculos infantiles, en la escuela primaria, en la secundaria, en la fábrica. ¿Qué pueden preocuparnos a nosotros las magias de esos hechiceros? ¿Qué pueden preocuparnos, si nosotros sabemos que tenemos la posibilidad de a todo un pueblo hacerlo creador, de a todo un pueblo hacerlo intelectual, hacerlo escritor, ha-

cerlo artista? ¡Todo un pueblo! Si la revolución es eso, si el socialismo es eso, si el comunismo es eso, porque pretende para las masas, pretende para toda la sociedad liberada de la explotación, los beneficios de la ciencia, de la cultura, del arte. Si eso, y todo lo que forme parte del bienestar del hombre... ¿Por qué luchamos? ¿Para qué luchamos?

¿Y qué era lo que precisamente excitaba el interés de ustedes, la pasión de ustedes, en este congreso, sino pensando en lo que podían llevar allí de cultura, de adelanto, de mejora, de bienestar, de felicidad, a los niños y a los jóvenes y a los obreros que ustedes enseñan?

Y eso es lo que queremos para todo el pueblo. Eso es lo que queremos para las futuras generaciones. Y en nuestras manos está. ¿Qué nos lo impide? ¿Qué nos lo puede impedir? ¡Nada! Ninguna barrera, ningún obstáculo se impone, como no sean todavía nuestras limitaciones materiales, nuestra falta de niveles, nuestra falta de cuadros. ¡Eso es lo único!

Aquí todos los recursos disponibles, todas las riquezas, todos los brazos, todas las inteligencias, todos los corazones, están al servicio de eso.

Y ésa será nuestra sociedad del futuro, representada aquí por estos jóvenes. Pero es que tenemos que arreglárnoslas para llevar a la actividad a millones de niños y de jóvenes, luchar, trabajar por el desarrollo económico del país, por la base material, que junto al desarrollo de la ciencia, de la educación y del movimiento de cuadros y de personal calificado nos permita hacerlo.

¡Nada nos lo puede impedir! Esa es la maravillosa ventaja de nuestra patria hoy, No vivimos en el capitalismo, no hay burgueses saqueando a los obreros, ¡no! Nuestros recursos están en manos del propio pueblo.

Y así, mientras Europa capitalista decae, y decae cada vez más, y no se sabe a dónde va a parar en su caída, como barco que se hunde... Y con los barcos, en este mar tempestuoso de la historia, se hundirán también sus ratas intelectuales. Cuando digo ratas intelectuales, esté claro que no nos referimos, ni mucho menos, a todos los intelectuales. No: ¡allá también son una minoría! Pero digo los marineros, las ratas que pretenden convertir en cosa trascendental su mísero papel de tripulantes de embarcaciones que se hunden en los mares tempestuosos de la historia.

Es así. Y es cuestión de años, ¡y tal vez ni siquiera de muchos! Es cuestión de tiempo. Esas sociedades decadentes, podridas y carcomidas hasta la médula de los huesos por sus propias contradicciones, no durarán largo tiempo. Y mientras van hacia el fondo, nosotros, con trabajo, con esfuerzo, con dificultades, sí, pero vamos hacia arriba.

Este congreso lo demuestra. ¿Qué es esto sino la corroboración de esta idea, el fruto de esta revolución, el fruto de esta profunda transformación de nuestras estructuras económicas y nuestras estructuras sociales? Parte del cual es esta unanimidad, esta fuerza monolítica, esta formación ideológica profunda, esta masa politizada de educadores, que saben dónde están las debilidades, dónde están los problemas, cómo debemos combatirlos, qué debemos priorizar en esa lucha. Y que nada nos lo puede impedir. Que hoy nos lo impiden, repito, nuestras limitaciones, pero cada día tendremos más recursos, cada día tendremos más escuelas como la que inauguramos en días recientes; cada día tendremos más base material, más instalaciones, más medios audiovisuales, más recursos.

Ahora será seguido con los incrementos de producción de barras para la construcción, de cemento, de industrias de la construcción; iremos disponiendo cada vez de recursos mayores, para construirlas primero una, después dos; después serán decenas, y después serán cientos. Y sabemos que ese es nuestro porvenir. Y ya no es un porvenir lejano: ya se ve, ya se vislumbra.

Estamos conscientes de cuánta escuelita pobre: todavía seiscientos treinta mil muchachos en aulas multígradas todavía en el país, muchas escuelas todavía en peores condiciones. ¡Pero vamos hacia adelante! Ese es nuestro porvenir, un porvenir ya no lejano.

Los próximos años serán testigos de esos avances, los próximos años, ¡seguro!, producto de este espíritu que hoy tiene nuestro pueblo, nuestras masas de trabajadores, espíritu similar al que revelan nuestros educadores.

Debemos señalar, al hablar de estos problemas, cómo nuestro país en medio del bloqueo, en medio de las agresiones imperialistas, sin embargo ha podido luchar, ha podido defenderse, ha podido fortalecerse;

cómo, a pesar de nuestra escasez de recursos, hemos podido ir sobreviviendo estos años; podremos ir mejorando, y avanzando en la misma medida en que otros países también hermanos comienzan a despertar, en la misma medida en que otros pueblos hermanos empiezan a sumarse a esta batalla, en la misma medida en que comienza el aislamiento a la inversa —poco a poco y después ampliamente— del imperialismo que nos aisló y nos bloqueó.

Hay que decir que en estos años hemos tenido la cooperación, el apoyo de los países socialistas. Y, como hemos señalado en otras ocasiones, de la Unión Soviética muy especialmente. Por eso, hoy tenemos la satisfacción de contar aquí con una delegación soviética presidida por el presidente del GLOSPLAN y viceprimer ministro de la Unión Soviética, el compañero Baibakov, que en estos días ha estado discutiendo planes de cooperación económica con Cuba, esencialmente las formas de nuevos desarrollos de renglones básicos de nuestra economía como, por ejemplo, la electricidad, que nos proponemos elevar a trescientos mil kilowatts los próximos... en algo más de trecientos mil. Estamos montando instalaciones industriales eléctricas: Tallapiedra, Regla se empezará a montar, O'Bourke se está terminando, se harán otras instalaciones en Santiago de Cuba y Matanzas, que ya tenemos los equipos; y aparte de eso, capacidades adicionales por trecientos mil kilowatts, que serán suministrados los equipos por la Unión Soviética y que nos permitirá elevar en más de un 50 por ciento nuestra actual capacidad eléctrica, ya es más del doble de la que teníamos antes del triunfo de la Revolución.

Y ya sabemos la necesidad que tenemos de esos recursos básicos para el desarrollo económico, para el propio desarrollo de la educación, aunque ciertamente hemos señalado la importancia fundamental de que esos recursos costosos nosotros los usemos de manera óptima y los sepamos ahorrar.

Hay también implicados en estos análisis con la delegación soviética planes de desarrollo de la industria textil, también con el propósito de duplicar nuestras capacidades en los próximos cinco años, de la industria de pulpa y de papel, de la minería, de la mecanización de la caña, de los talleres automotrices y otros programas en estudio.

De manera que sin duda, con un esfuerzo serio y responsable en todos los campos, como se está viendo en la educación, nosotros no tenemos la menor duda de que venceremos las dificultades cualesquiera que sean y marcharemos adelante.

También en la noche de hoy se encuentra presente la delegación de otro país que ha tenido una actitud amistosa hacia nosotros y que ha estado cooperando en planes de asistencia técnica, que es la delegación de Suecia.

En el terreno de la educación, ellos nos están ayudando ahora a la construcción de un magnífico Instituto de Electrónica, muy moderno, con todos los medios de la base material. E igualmente, para la provincia de Las Villas, un Instituto de Refrigeración, que es sumamente importante para nosotros, y de mecánica especializada.

También nosotros ya hemos empezado a trabajar en ese Instituto de Electrónica. Se están empezando a hacer también los primeros esfuerzos en el de refrigeración. Tenemos también y estamos en la necesidad de llevar adelante construcciones en la Facultad de Tecnología de la Universidad de La Habana, para instalar equipos que hemos estado recibiendo.

De manera que frente a las dificultades, los obstáculos, frente al bloqueo imperialista, frente a la irritación y al mal humor de los imperialistas, nosotros marcharemos adelante. Y sin duda que lo lograremos al ritmo más rápido posible en la medida en que optimicemos nuestro esfuerzo, en que optimicemos nuestros recursos, en que superemos nuestras debilidades, nuestras deficiencias.

Y en esa marcha hacia adelante, los educadores tienen un papel fundamental más que definido y expresado en el documento del Congreso, un papel decisivo. Aunque desde luego —como les decía esta tarde a algunos delegados—, el fruto del esfuerzo de hoy, los verdaderos frutos del esfuerzo de hoy, en la medida en que realicemos este magnífico programa trazado por el Congreso, no son frutos próximos.

Les decía: próximamente tendremos sólo satisfacciones morales. En los próximos cinco años, diez años, con esa enorme masa de más de un millón de niños en la primaria, con esa explosión de alumnos hacia las secundarias de más de cien mil por año,

en la medida en que superemos nuestras actuales dificultades materiales y tengamos todos los libros y mejores libros, y mejores programas y más articulados, y más cuadros y mejores niveles y mejor base material y más medios audiovisuales y más maestros y más escuelas, los frutos del esfuerzo trazado en este Congreso y de los esfuerzos del país nos proporcionarán en lo fundamental satisfacciones morales.

Desde luego, los millones de personas que estudien recibirán algo más que satisfacciones morales. Recibirán una mejor educación, una magnífica perspectiva de futuro. Las familias cuyos hijos se eduquen, cada vez en forma más eficiente, recibirán algo más que satisfacciones morales. Experimentarán la satisfacción y la felicidad de ver para sus hijos esas perspectivas.

Para la economía del país en bienes materiales no habrá desde luego ahora, sino en largos años, los frutos.

Y si miramos hacia adelante, los frutos de este Congreso, los mejores, los más altos, ya no sólo en el orden moral, ya no sólo en el orden de los beneficios directos de tener una mejor educación o la felicidad de la familia por esa causa, sino en el orden material, están a veinte años vista, a veinticinco, tal vez treinta, cuando logremos mejores profesores de los multígrados de primero, segundo y tercer grados, cuando logremos muchos de los anhelos que nos hemos propuesto. Sólo dentro de quince, veinte, veinticinco, treinta años podrá el país ver los mejores frutos.

Pero al menos tendremos todos grandes satisfacciones de orden moral. Nuestros maestros y nuestros profesores, nuestros educadores, nuestros trabajadores de la cultura y de la ciencia tendrán el bienestar moral, tendrán la felicidad, tendrán la satisfacción de lo que más nos preocupa. Porque si les preguntamos a ustedes qué los haría más felices en los años futuros, ustedes dirían: ¡ese programa de educación, el cumplimiento de ese programa, el vencimiento y la superación de las dificultades, más recursos, más escuelas, más medios, más cuadros, más apoyo!

Y nosotros estamos seguros que para esta masa de casi cien mil educadores, su mayor satisfacción, su mayor felicidad la irán experimentando en la medida en que vayan obteniendo esos logros y en la medida en que esos logros sean resultado del esfuerzo de ustedes mismos, en la medida en que sean fruto de este Congreso.

Hoy, dentro de unos minutos, habrá terminado este evento. Mas no debemos declararlo propiamente clasurado. Hemos, si se quiere, clausurado una reunión. Ahí está el programa, ahí están los acuerdos. Ahora hay que llevarlos a cabo, ahora hay que cumplirlos.

¿Por qué vamos a disolvernos al uso tradicional? ¿Por qué dejar de seguirnos considerando Congreso de Educación y Cultura? ¿Por qué no considerarnos delegados de este Congreso hasta el próximo Congreso? ¿Por qué no declararnos aptos para reunirnos en cualquier otro momento en que haga falta otra vez?

Si estamos contentos, si estamos satisfechos de esta camaradería, de esta fraternidad, de esta hermandad; si sabemos que tenemos grandes tareas por delante que tenemos que cumplir; si sabemos que tenemos que ir cumpliendo esas tareas y que irlas controlando, ¿por qué no seguirnos considerando Congreso? ¿Por qué no tener de nuevo otras oportunidades de reunirnos en estos próximos tres años, si no por una semana, en ocasiones por un día, dos días, para llevar a cabo cualquier política, para discutir cualquier cuestión, para tratar cualquier problema?

Y por eso nosotros proponemos, como el último acuerdo de esas sesiones, que nos sigamos considerando Congreso de Educación y Cultura en activo, y que nos sigamos considerando aptos y dispuestos para volvernos a reunir en cualquier situación, en cualquier circunstancia para ver cómo marcha el programa, cómo marcha el trabajo, hasta que dentro de tres años sean elegidos los nuevos delegados del Congreso.

Y por eso les preguntamos a ustedes si están de acuerdo (Aplausos y exclamaciones de "sí").

Entonces que levanten la mano los que estén de acuerdo (Los delegados levantan la mano).

¡Perfectamente!

Y siguiendo la costumbre del Congreso: ¿hay alguien en contra? (Exclamaciones de "no".)

¡Muy bien!

Entonces les deseamos, compañeros, los mayores éxitos en el cumplimiento del programa trazado por el Congreso.

¡Patria o muerte! ¡Venceremos!

BIBLIOTECA DE MARCHA

LA SEMANA PRÓXIMA APARECE

El cumpleaños de Juan Angel

por MARIO BENEDETTI

Dijo Benedetti sobre esta novela: "En su temática y en su desarrollo, creo que **El cumpleaños de Juan Ángel** es la expresión literaria de una toma de conciencia, que no sólo atañe al personaje sino también al autor, aunque la peripecia de aquél no tenga nada que ver con la de éste. **El cumpleaños**... es una novela breve, o más bien un relato. Tiene la particularidad de que está escrita en verso. Eso no quiere ser un capricho ni un alarde técnico, ni tampoco un compromiso hacia el futuro en el sentido de que mis próximos cuentos o novelas vayan a ser escritos en verso. El proceso que me llevó a elegir, en este caso, el verso como instrumento, es simplemente éste: durante dos o tres años tuve presente el tema de esta novela. Varias veces empecé a escribirla en prosa, y no resultó. En alguna ocasión llegué a treinta o cuarenta páginas. Hasta que un día advertí que la espina dorsal del relato era una idea poética (la obra abarca toda la jornada de un cumpleaños del protagonista, pero a medida que pasan las horas de ese día, cambia también la edad del personaje). Entonces pensé: ¿por qué no escribirla en verso? A partir de esa instancia, la cosa funcionó. No sé si funcionará para el crítico o para el lector, pero sí funcionó para mí, como autor. Fue todo un desafío, y realmente enfrenté grandes dificultades: el problema mayor consistía en que si bien la peripecia tenía que ser fiel a leyes narrativas, el lenguaje en cambio tenía que ser fiel a leyes poéticas. La obra apareció en México y no ha llegado aún al Río de la Plata, así como la reacción del lector todavía sigue siendo un misterio para mí. A fines de julio aparecerá en Montevideo. De modo que por ahora sólo puedo decir que este libro es tal vez, de los treinta o más que llevo escritos, el que me ha resultado más estimulante durante la etapa de creación." (De un reportaje publicado en Buenos Aires.)

Distribuye: AMÉRICA LATINA — 18 de Julio 2089 — Teléfono: 41 51 27

Fidel Castro, en su discurso del 3 de junio de 1969, afirmó que los pueblos saben, después de la experiencia de Vietnam, "que se puede no sólo luchar hasta morir, sino que se puede resistir y luchar hasta vencer". Ésa es la lección vietnamita para la historia contemporánea. Los sacrificios de los vietnamitas han servido no sólo a su patria: han sido de utilidad a todos los pueblos del mundo.

LISANDRO OTERO, UN GRAN ESCRITOR CUBANO, ANALIZA EN FORMA MAGISTRAL LA EPOPEYA VIETNAMITA:

EN BUSCA DE VIETNAM

Editorial NUESTRA AMÉRICA / Distribuye AMÉRICA LATINA, 18 de Julio 2089